

# VIDA MODERNA

AÑO XI

DICIEMBRE, 1910

Núm 3

## LA REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN (1)

La situación de la República es sumamente difícil y los efectos del malestar reinante se hacen sentir,

(1) El doctor don MARTÍN ARIAS nació en Montevideo en 1848 y falleció en abril de 1909. Jurisconsulto, magistrado, diputado, senador y jefe de partido fué además uno de los caracteres mejor templados y uno de las inteligencias más robustas y penetrantes de su tiempo. Pocos pueden disputarle la supremacía representativa dentro de su generación y de su época. Hijo de patriotas, nació entre las ansiedades del sitio tal vez en los mismos momentos en que su padre se batía bajo las banderas de Oribe. Como aquellos niños engendrados entre dos campañas durante las guerras del imperio que formaron luego la generación romántica de 1830 éste trajo á la vida la inquietud del ideal, el instinto de la aventura generosa, el culto del honor, la sed de lucha y el sentimiento de justicia que dieron fondo moral á su carácter templado en ásperas andanzas. A los veinte años en aquella sombría tarde de 1868 en que el general Flores cayó asonado en las calles de Montevideo y don Bernardo Berro desapareció también para siempre este adolescente al frente de veinte hombres asaltó y tomó el Fuerte de Gobierno. Más tarde ya con algunas canas, cayó herido en el campo de batalla, siguiendo el destino de su vida oscilando entre las dos márgenes del Plata á merced de los vientos políticos ora en el destierro, ora en el parlamento ó en los consejos de gobierno. Pero en este espíritu inquieto, hecho para la lucha, había una fuerza mental poderosa, que exigía reposo y calma para desarrollar su acción. La vida intelectual concluyó por apagar la efervescencia rebelde y el hombre de bufete sustituyó al revolucionario y al héroe de barricada. Su acción se hizo entonces más intensa aún á costa de la eficacia. Este pensador encerrado en su gabinete de estudio no fué sólo un jurisconsulto y un político intermitente. Tomó de «El Príncipe» de Machiavelo ese libro pérfido y tentador lo que podía tomar sin desdoro de su alto sentido moral y de su carácter y trató de adaptarlo al ambiente en que vivía. Su acción política se presentó más que se sintió. Era una influencia invisible que todos veían sin embargo. Estaba solo y aislado y no obstante se lo temía. Es evidente que así logró crear una fuerza poderosa que en un momento dado cuando todos lo creían abandonado y débil le dió una victoria fácil y resonante. Además del político y del pensador, había en él un hombre de gusto delicado. Tenía una vasta cultura literaria y artística, era un admirable crítico de círculo y un catador de bellos versos y frases melódicas. Escribió poco pero en ello dejó la superioridad de su estilo grave y sobrio de retórica. Habló más y nos ha dejado discursos concisos y profundos de ideas como los de Macaulay. El discurso que publicamos el cual constituye una admirable pieza de síntesis que resume los profundos estudios y meditaciones del ilustre pensador sobre el tema, fué pronunciado en la convención popular reunida en 1908 para discutir la reforma constitucional.

con más ó menos intensidad, en todas las clases sociales.

Las causas de esa enfermedad no son todas recientes ni de carácter exclusivamente político, pero no cabe duda que se han agravado por los acontecimientos de los últimos tiempos hasta asumir un estado agudo que reclama remedios enérgicos y prontos.

No me engolfaré en el estudio retrospectivo de los orígenes de nuestros males.



MARTÍN AGUIRRE

Para ello sería necesario tiempo más largo que la duración de esta reunión, á la que no quiero tampoco impedirle que escuche las opiniones autorizadas de tantos ciudadanos distinguidos y bien inspirados que pueden aportar valiosos elementos para la solución de los arduos problemas que á todos nos preocupan.

Expresaré, pues, en forma compendiosa el resultado de mis constantes meditaciones sobre los males de este amado país en que hemos nacido casi todos los presentes y que todos sin excepción deseamos ver feliz, discrepando solamente en los medios de alcanzar el anhelado fin.

A mi juicio, es una verdad que no necesita demostración prolija, que el instinto popular presiente peligros cuyo momento inicial ó punto de partida no puede

precisar, pero que conceptúa inevitable por los medios usuales, ya ensayados con escasa fortuna.

Esa intuición maravillosa que en ocasiones comunica á los pueblos mayor clarividencia que á sus entidades dirigentes, advierte al nuestro que la solución de sus problemas no se encontrará en los caminos trillados de la rutina tradicional, y cierta ansia latente de algo nuevo trabaja los espíritus con persistencia, aunque quizá sea por el momento sin vigor.

Timbre de bien saneada gloria adquiriría esta selecta asamblea de la intelectualidad nacional, si acertara á precisar en una fórmula concreta, perceptible y auspiciosa, el medio seguro de realizar las aspiraciones generales de libertad en el orden y de progreso pacífico, fértiles generadores de la felicidad pública que la naturaleza nos brinda con sus dones y que desdichadamente no hemos sabido alcanzar.

Un movimiento espontáneo nos congrega ahora alrededor de la idea de la reforma constitucional, que bien puede ser, y yo lo creo, beneficiosa y fecunda, pero que ha menester para ser viable y acordarnos los favores que de ella esperamos, un cuidadoso trabajo de burilado y pulimento que le dé formas definidas y contornos armónicos.

La reforma será buena ó será mala, según como la realicemos y en qué haya de consistir.

Ahora bien ¿cómo vamos á acometer la obra y cual es el resultado final que nos proponemos al iniciarla?

El pensamiento abstracto de la reforma no es nuevo como que según mis datos, se aproxima al medio siglo; y sin embargo no ha avanzado prácticamente un solo paso.

Propósito reformista fué el que hizo elegir en 1854 una doble asamblea que tuvo vida efímera y nada supo producir.

Nueve años más tarde la recomendó á la meditación de los representantes del país, en su mensaje



nal, y me apresuro á contestar que ese medio existe, y se cifra en solicitar una autorización especial al verdadero soberano, cuyo derecho á darla ó á negarla es permanente é inenagenable.

Voy á precisar mi pensamiento, dando lectura al proyecto de ley que tengo preparado para presentarlo á la Cámara de que formo parte y que he demorado expresamente á espera de un ambiente popular favorable que le dé el prestigio necesario para convertirse en una realidad provechosa.

El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, considerando:

1.º Que el interés nacional reclama imperiosamente la reforma de la Constitución vigente.

2.º Que la experiencia ha demostrado la suma dificultad que opone á esa exigencia de interés público la laboriosa tramitación establecida en los artículos 153 á 158 de ella.

3.º Que además, la intervención sucesiva de tres legislaturas preceptuada en los referidos artículos constitucionales es de todo punto incompatible, por su extrema lentitud, con la urgencia y premura de emplear la reforma institucional como seguro medio de extirpación de males políticos que reclaman un remedio inmediato.

4.º Que no obstante esa premiosa urgencia no es lícito á los poderes públicos, que sólo tienen la delegación restricta del ejercicio de la soberanía, apartarse de las formas y términos establecidos para la revisión constitucional por el mismo código supremo á que deben su existencia.

5.º Que afortunadamente esas limitaciones no alcanzan ni pueden obstaculizar la acción libre y consciente del pueblo de la nación, en quién radica la plenitud de la soberanía.

6.º Que si la unanimidad de los ciudadanos debidamente consultada autoriza la reforma de la Constitución por una convención ó asamblea especialmente electa

al efecto, no cabría poner en duda la perfecta legitimidad de esa resolución y su carácter imperativo y obligatorio para todos los habitantes de la República,

DECRETAN:

Artículo 1.º Todos los ciudadanos hábiles concurrirán el próximo 25 de Agosto á expresar ante las mesas receptoras de votos del respectivo distrito, si están conformes en que se proceda por una convención ó asamblea especial, popularmente electa, á la reforma de la Constitución sancionada el 10 de Setiembre de 1829 y jurada el 18 de Julio de 1830 en la inteligencia y bajo la expresa condición de que en caso de mantenerse la forma actual del poder ejecutivo no podrá prolongarse su duración ni autorizarse la reelección del ciudadano que lo ejerza con cualquier nombre ó designación.

Art. 2.º La votación se verificará por medio de papeletas firmadas, concebidas en los siguientes términos:

a—Las papeletas de voto afirmativo dirán: Estoy conforme en autorizar la revisión constitucional en la forma expresada en el artículo 1.º de la ley de...

b—Las papeletas de voto negativo dirán: No estoy conforme en autorizar la revisión constitucional.

Art. 3.º Las mesas receptoras de votos serán especialmente designadas y constituidas con arreglo á la ley general de elecciones.

Art. 4.º Los escrutinios parciales serán practicados en el mismo día de la votación, haciéndose público el número de sufragios dados por sí ó por no.

Art. 5.º Las actas de escrutinio serán remitidas á la Honorable Comisión Permanente.

En caso de haber protesta se remitirán también las papeletas de votación.

Art. 6.º Una vez llegados todos los escrutinios parciales, la Honorable Comisión Permanente convocará á los seis miembros de los tribunales de apelaciones y al ministro secretario de estado en el departamento

de gobierno, para proceder al escrutinio general. El presidente de la Comisión Permanente lo será de la junta escrutadora y el ministro de gobierno actuará como secretario.

Art. 7.º Practicado el escrutinio, si tres quintos de los sufragantes hubiesen votado afirmativamente, se proclamará autorizada la revisión constitucional, labrándose acta detallada suscripta por todos los escrutadores, á la que se dará la más amplia publicidad.

Art. 8.º En tal caso, la Comisión Permanente convocará á la Honorable Asamblea General á sesiones extraordinarias para que mande proceder á la elección de la asamblea ó convención constituyente dentro de un plazo prudencial, fijando á la vez las condiciones de elegibilidad de los convencionales.

Art. 9.º Las funciones de éstos serán completamente gratuitas.

Art. 10. Comúnquese, etc.

No creo que se levanten objeciones á la consulta al pueblo que propongo como único medio de habilitarnos á la reforma, no precipitada pero sí cercana, de la venerable Constitución que nos legaron nuestros padres.

Sin embargo, en previsión de que alguna vacilación ó escrúpulo pudiera suscitarse, me adelanto á disiparlos con la autoridad de un notable escritor, no por cierto de índole demagógica ni aún radical, en una de cuyas obras encuentro las siguientes palabras, que parecen redactadas expresamente para nuestro caso:

«Allí donde el pueblo no contrata sino consigo mismo, ó mejor dicho, donde no contrata, donde hay tan solo una organización de poderes hecha unicamente en su interés, nos parece una locura que se le pueda decir: Tú no te encuentras bien, pero sin embargo no cambiarás tu constitución. ¿Porqué? Porque tus mandatorios decidieron hace cierto número de años que no se modificaría más que de cierta manera. Es nece-

sario estar ciego para no ver que esto es una usurpación flagrante de la soberanía.»

Como ya he dicho que deseo ser breve y creo además que esta reunión tiene en cierto modo la condición de preparatoria, no quiero agregar una sola palabra más á las de la cita precedente y voy á explicar cuales deben ser en mi sentir los temas de la reforma salvadora que mi mente concibe.

Me limitaré á enunciarlos en concepto de bases para la discusión que debe preceder á la reunión de la convención constituyente, si se quiere evitar una esterilidad caótica ó una indeliberación peligrosa.

Mi corazón, de consuno con mi espíritu, hace veinticinco años que considera la primera de las reformas reclamadas la modificación radical del artículo 11, para instituir como un acto de tardía justicia el sufragio universal, haciéndolo extensivo á los hombres humildes que vienen desde los albores de la independencia prodigando sus sacrificios á la causa pública.

A la verdad es absurdo y es infuico el que el jornalero, el sirviente y el que no sabe leer y escribir, no tengan el ejercicio de la ciudadanía en nuestra joven democracia, cuando lo tienen en las viejas monarquías, donde el voto obrero gravita con peso considerable en la balanza de los destinos nacionales, y cuando, por sensible aditamento, esos analfabetos y esos jornaleros son entre nosotros la carne de cañón de todas nuestras tiendas domésticas.

Por deber de justicia y por exigencia de verdad institucional, tiempo es ya de que se les restituya á los desheredados de la suerte, la dignidad de ciudadanos de que ningún código pudo válidamente despojarlos; tiempo es ya de que no pueda decirse más de nuestros compatriotas menesterosos; si vosotros, no para vosotros conquistáis los derechos políticos.

La segunda en importancia y en urgencia de las reformas reclamadas por nuestro estado social y polí-

tico, es adoptar un sistema municipal que lleve el gobierno propio á todas las poblaciones de cierta importancia, para que sus vecinos, nacionales y extranjeros, provean como mejor lo entiendan á los servicios locales.

Es una vergüenza nacional que no exista entre nosotros, en este albor del siglo XX, el régimen municipal reclamado por altísimas razones de palpitante interés público, cuando ciento cincuenta años antes había sido erijido por los españoles conquistadores hasta en las poblaciones incipientes de Soriano y Yapeyú.

La tercera de las reformas capitales requeridas, es el cambio en la forma de elección y constitución del Poder Ejecutivo, para exonerar á la asamblea legislativa de un cometido que influye perniciosamente en su composición y funcionamiento y para aminorar, en obsequio á la libertad de los ciudadanos y la independencia de los otros poderes constitucionales, las facultades excesivas del Poder Ejecutivo.

Esta elección, ya sea que se mantenga el sistema del Poder Ejecutivo unipersonal ó se opte por el sistema suizo de un consejo de varias personas que vayan ejerciendo la presidencia por turno anual, en uno ú otro caso debe practicarse por un colegio de compromisarios designados *ad hoc* directamente por los ciudadanos, que tendrán también el derecho de indicar en la misma papeleta el nombre ó nombres de su preferencia, los que no podrán ser preferidos por los compromisarios en primer votación, salvo su derecho á votar por otros candidatos si no se hubiera alcanzado la mayoría prevista en la constitución reformada.

Los romanos primitivos, que eran un pueblo conquistador y guerrero por excelencia, cuando expulsaron á sus reyes, para asegurar los beneficios de la libertad instituyeron dos cónsules, que ejercían simultáneamente y por un solo año sus funciones bajo la inspección de un senado independiente por la posición y el carácter de sus miembros.

Ni la dualidad del poder ni su corta duración fueron impedimento á que la república de Valerio y de Escipión realizara grandes empresas vigorosa y prestamente consumadas.

Si la opinión dominante optara por conservar el ejecutivo unipersonal después de concluido el término constitucional del ciudadano que ahora lo ejerce, creo que sería indispensable que diéramos franca entrada en nuestros hábitos políticos al método parlamentario, que no es en realidad un sistema sino una aplicación progresiva del sistema de gobierno representativo.

No debo ocultar que mis preferencias son por la constitución de un consejo ejecutivo elegido por el voto incompleto, que á ese respecto no sería tan objetable como puede serlo en su aplicación á las elecciones legislativas.

En mi concepto, otra de las reformas convenientes es quitar á los senadores y representantes toda remuneración del tesoro público.

Esta cuestión fué tema de animados debates en el primer parlamento del imperio alemán, y cuando el sistema de la gratuidad hubo triunfado por pocos votos, al gran Bismarck exclamó: «se ha salvado el porvenir del imperio».

Tal frase vale un libro entero para los que saben apreciar las opiniones de los grandes hombres, que ven sintéticamente con la rapidez del relámpago lo que el común de los mortales no alcanza á percibir en años enteros de paciente estudio analítico.

Considero inoficioso dar razones de detalle,—aunque las hay abundantes,—para confirmar la sentencia de tan alta autoridad, pero no puedo menos de recordar que el sistema de la gratuidad impera en la grande y sabia Inglaterra, en Chile, España, Italia y otras naciones dignas de servir de ejemplo.

Aquí termino la exposición suscitada de las opiniones sobre reforma institucional, que he formado en largas

meditaciones y que entrego al juicio clarovidente de esta reunión de hombres de inteligencia y de corazón, persuadido de que les dispensará benévola acogida en gracia de la intención patriótica que ha inspirado al autor.

MARTÍN AGUIRRE

## EL DIÁLOGO DE LAS QUIMERAS <sup>(1)</sup>

La alta galería sobre las ojivas sutilmente treboladas de «Nuestra Señora de París».

Es casi de noche.

Apenas si se vé más de la ciudad enorme, que la silueta de sus torres proyectada sobre la luminosidad del cielo.

Aquí, la Sainte-Chapelle, enseguida la Tour de Saint Jacques, luego—como una mancha oscura—el Louvre; más lejos, la cúpula de los Inválidos y en el fondo—queriendo perforar las nubes—la torre Eiffel.

Una vieja más que centenaria cuida de la galería con su hijo y su nieto.

Hace ya largos años que la vieja no baja á donde están los hombres.

De hacerlo, no podría subir más la escalera inacabable.

El padre ha salido de esa prisión.

(1) El doctor don DANIEL CASTELLANOS nació en Montevideo en 1882. Lleva un apolido histórico inculcado desde 1818 á los ensayos de organización nacional é ilustrado por juriconsultos y hombres de estado de alto relieve. En 1908 se graduó de doctor en jurisprudencia en la Universidad de la República y ese mismo año fué designado para integrar la Comisión Departamental de Instrucción Primaria. La historia, la literatura, el arte y la filosofía, han nutrido este espíritu grave y delicado y han nutrido su vibrante sensibilidad. Esquire á la publicidad, apenas si algunas páginas de noble prensa, recogidas por la prensa, han revelado la existencia de este ático escritor, cuya literatura, por la erudita autenticidad de gusto plateresco y la riqueza de formas, sugiere la físa de una reuocación que busca coexistirse dentro de la fórmula de un vigoroso neorromanticismo.

La vieja y el niño platican junto á las quimeras—cavilosas y adustas—que contemplan á los hombres desde los tiempos del rey Felipe Augusto.

EL NIÑO (que está en el regazo de la vieja)

...¿Decías abuela que los hombres se habían dado muerte en la batalla?..

LA VIEJA (arrullándole)

¡Duerme mi niño, duerme!

EL NIÑO

...¿Y que la sangre había corrido por las laderas de la colina hasta teñir de rojo las aguas del río.?

LA VIEJA

Duerme, que el viento de la noche bate ya sus alas invisibles y los últimos pájaros buscan sus nidos.

EL NIÑO (obsesionado con su idea)

¿... Y que una negra bandada de cuervos.?

(La vieja sin escucharle sigue arrullándolo).

¿Y cuándo me dirás esa historia, abuela?

LA VIEJA

Otro día, algún día; antes que la muerte me sorprenda.

EL NIÑO

¿Y me explicarás abuela, cómo los hombres marcharon á la guerra abandonando sus hogares, cómo sembraron los campos de desolación y de ruina, cómo arrasaron las ciudades y las villas y cómo tifieron con su sangre la tierra.

LA VIEJA

Todo te lo diré..

Yo era como tú—muy niña y de labios de la abuela, of la historia.

Ella á su vez, lo sabía de otra abuela.

Después pasaron los años y yo—pecadora—pude verlo con estos ojos que hoy casi están sin luz. (El niño queda dormido en el regazo de la vieja que prosigue su cuita con voz plañidera y monótona).

Las generaciones que venfan no eran mejores que las otras; la violencia reinaba por doquiera y todos los motivos eran buenos para darse muerte.

¡Los hombres no se aman! ¡Y así seguirá, sabe Dios por cuantos años, por cuantos siglos!

(La vieja calla pensativa).

Es ya noche y todo ha enmudecido. Un viento húmedo y otoñal, lame los vitrales de las ojivas, é impalpable se insinúa por entre las rendijas de la vieja puerta que franquea la torre.

¡Esa vieja puerta de pesado cerrojo y rechinantes goznes!

En la obscuridad, las quimeras,—sibilinas como los santos y los reyes de piedra que ornán as viejas catedrales góticas—entablan el siguiente diálogo):

LE PENSEUR <sup>(1)</sup>

¿Has escuchado lo que la abuela decía al niño?

LE GUETEUR

Sí he escuchado.

LE PENSEUR

La abuela tiene razón, ¡los hombres no se aman!

(1) Estas denominaciones no son arbitrarias.

Desde no sé qué tiempo inmemorial las quimeras de Notre Dame llevan los nombres con que la imaginación popular—capaz como nadie de descubrir el signo más característico y gráfico de las cosas—las ha bautizado.

Así, sea quizás adusta, que con la cabeza entre las manos contempla pensativa lo que pasa debajo de la torre es «Le Penseur», sea otra que—inclinando su cuerpo fabe-

## LE GUETEUR

Sí, tiene razón hace ya muchos siglos que acecho desde aquí á los hombres y mis ojos de piedra se han cansado de ver sus crímenes.

## LE PENSEUR

Todos los motivos eran buenos para darse muerte, decía la abuela...

## LE GUETEUR

Sí, todos los motivos son buenos. Las palabras de la abuela son proféticas.

Por distintas causas y en distintos siglos, siempre ha reinado entre ellos la discordia.

## LE PENSEUR

Entre los hombres hoy un odio obscuro, un odio inextinguible que se trasmite de padres á hijos, y los hijos de los hijos llevan aún en sus venas ese odio fraterno que está en el fondo mismo de la estirpe.

(Le Penseur calla con misterio.)

## LE GUETEUR

Cuando el buen rey Juan cayó prisionero de los Ingleses, ví por vez primera la guerra civil. Los hermanos se volvieron contra los hermanos y el Delfín tuvo que sufrir la tiranía de Esteban Marcel.

Su audacia fué tanta que—ante los ojos del Príncipe, el Preboste de los Mercaderes—hizo degollar á los Mariscales de Champagna y Normandía. Luego le pro-

loto por sobre el rosedón del parapeño caído—parece atisbar los moneros movimientos de la calle es «Le Gueteur» aquella que aullando mira á las casillas y estira una cadena de forma vendada con un pañuelo, monstruo indecristible de aquejarle, creado por la imaginación febril de algún Tudez de Montreuil, Guillermo de Sena ó otro «Magister viris lapidibus» es «Le Chien au Mouchon».

Y así: «le pelicans», «le mangeur d'os de la pín» y todas las demás gárgolas y qu-

tegió de sus bandas cubriéndole con la caperuza azul y roja, que son los colores de París.

El Delfín pudo huir de la Villa, pero la Jacquiere se había extendido por todas las comarcas como un incendio inmenso.

Por los días de fiesta de Nuestro Señor San Johan, sin embargo—y gracias á terribles represalias—los movimientos sediciosos fueron reprimidos; solo quedaba la Capital donde el Preboste Marcel era el nervio de la resistencia.

París, entonces, fué como un grande campamento.

El pueblo se ejercitaba en las armas y tres mil obreros trabajaban día á día en las obras de fortificación.

Los combates que se libraban eran muchos y encarnizados, porque es más fácil tener misericordia en las guerras contra los extranjeros que en las guerras intestinas.

Al fin, la muerte del Preboste de los Mercaderes, dió al Príncipe su ciudad.

## LE PENSEUR

Yo ví—en efecto—cómo entre las sombras—el hacha del burgués Maillard cortó el nudo de la vida á Esteban Marcel, cerca de la Puerta de San Antonio.

## LE GUETEUR

Después las represalias fueron terribles.  
¡Es tan dulce para los hombres hacer correr sangre de hermanos!

## LE PENSEUR

Por muchos días nos heridos—revolviéndose entre el fango—gimieron lamentablemente.

## LE GUETEUR

¡Los buitres revoloteaban en negras bandadas alrededor de sus cuerpos!

## LE PENSEUR

Y la atmósfera—poco á poco—se impregnaba de emanaciones infectas.

## LE GUETEUR

Cuando á las ocho de la noche la campana de Notre Dame anunciaba el toque de queda y en todos los hogares se apagaban los fuegos y las luces, la blanca procesión pedía venganza.

## LE PENSEUR

Sus clamores llegaban á esta altura, convocados por el misterio del viento y de la noche.

## LE GUETEUR

Y la ciudad por—largo tiempo—fué assolada por la peste y por el hambre.

## LE PENSEUR

Las mujeres con rostros famélicos y escuálidos cuerpos hacían rogativas

Por tres veces salieron de la villa hasta los campos salmodiando sus rezos é invocando á Nuestra Señora y al hijo de Dios; pero muchas caían exánimes antes de recibir la protección del cielo.

## LE GUETEUR

¡Tal fué la Guerra Civil!

¡Ciudades fuertes y florecientes convertidas en ruinas, manos fraternas siempre dispuestas al crimen y la furia de los hombres esparcida sobre la tierra, como la furia de los vientos!

(Las quimeras callan. El chirrido de una lechura hace que el niño despierte asustado.)

## EL NIÑO

¿No prosigues la historia abuela?

## LA VIEJA (arrullándole.)

¡Duerme mi niño duerme!

## LE GUETEUR

Yo imaginaba, sin embargo, que después de aquello, la paz reinaría para siempre,

No obstante no fué así.

Pasaron los años y los siglos y los furores de los tiempos pretéritos, no se habían aplacado en sus almas.

¡Y así vino la guerra de Religión!

## LE PENSEUR

Muchos dicen que fué un monje de aquel lado del Rhin—quién encendió la discordia.

## LE GUETEUR

Otros dicen, en cambio, que fué el Pontífice.

Yo jamás he podido averiguar lo cierto, ni me interesa mayormente.

Solo sé que la sangre corrió á torrentes, como en los tiempos de Esteban Marcel.

## LE PENSEUR

En un instante, un hymen generoso, hizo pensar en mejores días.

## LE GUETEUR

No fué más que un bello miraje, sin embargo.

¡Hay tanta perfidia entre los hombres!

Estaba á la sazón la reina italiana que había traído de la patria de Macchiavello un arte sutil para engañar.

Ella juzgaba necesario cortar las cien cabezas—siempre renacientes—de la hidra calvinista, y por eso el enlace del Príncipe de Bearn con la hermana del Rey, equivalía á llevar el cordero á la guarida del lobo.

## LE PENSEUR

¡Era una noche tibia, y París dormía sin sospechas!  
De pronto, la campana de San Germán de l'Auxerrois tocó á rebato y un populacho desenfrenado—en nombre del Dios de los Amores—dió comienzo á la más espantosa matanza.

¡Diez mil Hugonotes perecieron aquella noche!

## LE PENSEUR

Yo ví á la reina madre presenciar el crimen desde los balcones del Louvre.

## LE GUETEUR

Y yo á los Hugonotes fugitivos, que pasaban el Sena, para comenzar de nuevo una guerra inexpiable.

## LE PENSEUR

Razón tenía la abuela en hablar así á su nieto.

## LE GUETEUR

Razón tenía; porque los hombres no concluyeron las iniquidades cuando se hubieron entendido sobre sus creencias, cuando—con manos sacrílegas—derribaron los altares adversos, cuando en las ciudades, vieron las piedras de los muros calcinadas por las llamas terribles de un incendio asaz devorador.

¡Pasaron los siglos y quisieron la Guerra Social!

## LE PENSEUR

¡Y la guerra social vino nuevamente!

## LE GUETEUR

Nosotros vimos subir al cadalso á Luis XVI, en la Plaza de la Revolución y pasar la cabeza de la Princesa de Lamballe, en una pica

## LE PENSEUR

El pueblo anarquizado, quería hacerse justicia por su mano; pero el Terror ahogó á París nuevamente en sangre.

(Hay una larga pausa en que solo se escucha el viento que llega sigiloso y lame los cristales de las ojivas. ¡Esos viejos vitrales plomados de calientes tonos y vivos de color!

## Luego LE GUETEUR:

¡Y después de la Guerra Civil, de las Guerras de Religión y de la Guerra Social?... ¡Acaso los hombres no encontrarán nuevos motivos para derramar su sangre? ¡Yo presiento en las masas del pueblo, sueños rojos!

Acarician sabe Dios qué reivindicaciones, sabe Dios qué nuevos crímenes.

(Las quimeras callan, como la noche).

La luna menguante ha tramontado las torres de la ciudad y pone tintes rojizos en cada piedra centenaria.

El tañido de una campana desciende grave, lento y solemne; como aquél que en los días de Esteban Marcel anunciaba la queda, que en tiempos de Carlos IX, dió la señal de la «San Bartolomé» y cuando la Revolución, profetizó que «la Patria estaba en peligro»

Una lechuza revolotea asustada y va á posarse, siniestra junto á la Vieja.

El niño despierta con sobresalto y llora con lloro agorero.

Ha oído—en sueños—el diálogo de las quimeras y en su mente solo hay ideas medrosas.

La abuela—cuya vida se ha apagado como la llama de un cirio—llevó á la tumba también esas ideas.

¡Las quimeras, en tanto, que verán el porvenir indescifrable, frías, hieráticas en su eterna inmovilidad, siguen contemplando á los hombres y á las cosas—sibilinamente—como desde los tiempos de su buen rey Felipe Augusto!

DANIEL CASTELLANOS

Paris, 1908.

## LIBRO DE MÉRITO <sup>(1)</sup>

Con el título de «Proyecto de Contribución Inmobiliaria» y de acuerdo con el artículo 30 de la Ley actual

(1) El señor don MELITON GONZALEZ, nació en Montevideo el 8 de Diciembre de 1837, cursó estudios universitarios y abandonó la facultad de derecho antes de completar su jurisdicción. La mara política lo llevó á la República Argentina donde llenó su primera Jornada de Vida pública é inició su labor científica. Con su modesto de agrimensor, recorrió la provincia de Entre Ríos, de la cual levantó una carta, aun hoy muy apreciada y se aventuró en los territorios del Chaco, los que exploró y midió en parte. Nominado Director de Obras Públicas de la provincia de Entre Ríos, resignó el cargo para regresar á la patria. El periodismo y la política exigieron su concurso, y poco después de su regreso, el gobierno lo confió la Dirección de Obras Públicas. En 1879 ingresó al Parlamento como Diputado por el Salto y terminado su mandato, partió para Europa con el cargo de Secretario de la legación en Londres. La denuncia de uno de los grandes escándalos de la época, le valió la separación del cargo y una resolución legislativa impuesta por el general Santos, que lo declaró traidor á la patria. En el destierro le alcanzó la derogación de la absurda ley y la vindicación oficial mas completa. Consagrado á sus trabajos literarios, realizó un nuevo viaje de exploración al Chaco, donde permaneció cinco años, los que empleó en medir y estudiar grandes extensiones de aquel territorio. Los resultados de esta exploración los consignó en su obra "El gran Chaco argentino". En 1896 el gobierno de su país lo llamó para confiarle la Dirección de los trabajos del catastro nacional, obra que había constituido su constante aspiración, concretada en su obra «El catastro uruguayo». Asares políticos malograron en 1897 la obra recién iniciada y la obligaron á volver al retiro donde Enriqueció su caudal científico y lo aplicó á diversas obras. Fruto de esos años de silenciosa labor es el plano del departamento de Montevideo, plano cartográfico de alto valor. En 1903 fué nombrado Director de la sección topográfica del Departamento Nacional de Ingenieros, cargo que ocupó en la actualidad. En su desempeño lo ha tocado iniciar y presidir las obras de triangulación y monumentos de la República sobre las que se levantará el plano catastral del territorio. El gobierno le nombra de desgracia para preside la delegación que ha de integrar la comisión mixta encargada de fijar las fronteras fluviales con el Brasil, en cumplimiento del tratado celebrado ultimamente. Hombre de ciencia y hombre de pensamiento, en quién la vasta cultura científica se une al sentido creador y al espíritu de empresa, su iniciativa y su labor han influido sobre el progreso de ambos países del Plata. Es autor de una carta geográfica de la República, y de diversos estudios acerca de la cuestión de límites entre la Argentina y Chile, y Entre Oriental de Misiones. A sus investigaciones se debe el descubrimiento del manuscrito de Cabrer, el que publicó extensamente anotado y comentado. Por lo demás es escritor fácil y correcto, é quién no es extraño cierta noble elegancia de estilo.

de dicho impuesto, el estudioso é ilustrado jefe de la Dirección General de Avaluaciones ha presentado el fruto de su paciente labor en un libro que no titubeamos en calificar como el primero que se escribe para que sirva de base al estudio del impuesto territorial entre nosotros y fundamento sólido para su distribución atinada y justa.

Es un paso avanzadísimo dado también en el arreglo de la propiedad territorial, para la fijación de su valor efectivo y conocimiento de la riqueza en bienes raíces de la República.

Para la avaluación de esa propiedad el autor del trabajo abandona el campo de la suposición, para colocarse en el de la verdad.

Hasta hoy, puede decirse, fué esa avaluación hija del capricho, dato singular que daban el pesimista ó el optimista para apoyar su opinión según la teoría que respectivamente sustentase.

El señor Senén Rodríguez que es el autor del libro de que hablamos, ha salido del camino trillado y con la perseverancia y competencia que le caracterizan, ha tomado como ciclo de estudio para su trabajo el quinquenio de 1905 á la fecha, y ha efectuado inspecciones en los Departamentos, para clasificar después en un mapa, las operaciones de venta y arrendamiento de campos que han servido para el cálculo de los aforos. Hizo luego la selección de sus datos, sobre una revisión de más de ochenta mil inscripciones, consultando además á agrimensores, escribanos, Inspecciones Técnicas, Administraciones de Renta, Jefes Políticos y hacendados. Con todo ese bagaje emprendió su obra, cuyos resultados comparados, agrupados, corregidos y uniformados, lo llevaron á obtener los promedios de precio y á establecer zonas de terreno de igual aforo que figuran en sus planillas y en sus planos departamentales relacionados con aquéllos que indican, por medio de números los precios de las ventas y los del

arrendamiento en cada parage,—realizados durante el quinquenio que ha estudiado.

Compara luego el precio por que en dicha zona se paga el impuesto, con el que resulta de su estudio como precio para el campo y muestra la gran valorización que se ha operado en la tierra y que exige que con ella se armonice el aforo llevándolo, sino hasta el precio real medio, obtenido en las compra-ventas del último quinquenio, á lo menos á uno que siendo mucho menor (á los efectos del pago del impuesto inmobiliario) aumente el valor de cada predio con la mitad de la diferencia que exista entre el que le asigna el aforo actual y el que resulta del promedio de las ventas realizadas en el último quinquenio estudiado por el señor Rodríguez.

La introducción al proyecto formada por la nota con que lo presenta al Ministerio de Hacienda, patentiza la gran labor realizada por él, y con sobriedad de estilo, sin frases ampulosas ni conceptos exagerados, analiza los elementos de que se ha servido, muestra el sistema que ha seguido para su estudio y compilaciones que acompaña y con claridad presenta las deducciones obtenidas y las deficiencias ó irregularidades de que adolece la manera actual de subdivisión de la tierra en zonas para aforo uniforme á los efectos de la fijación de los impuestos que á ella le corresponden.

El libro del señor Rodríguez, es el cimiento de la gran obra que debe realizarse hasta llegar al avalúo aislado de cada propiedad territorial.

En un trabajo que corre publicado, hicimos la exposición respecto á la manera más acertada como, en nuestra opinión, debería procederse cuando ese momento llegue para establecer el precio verdadero de cada terreno, fundándose en lo que el inmueble puede producir y teniendo presente su calidad, su ubicación, los medios de comunicación hasta el puerto de embarque ó mercado de consumo y los gasto de producción y de transporte de los productos.

Ese valor neto es el que debe considerarse como *renta de la tierra*; y como toda propiedad vale según lo que ella produce, aquella renta es la que debe servir de base cierta para calcular el precio del bien de que se trata.

Somos de opinión que un caso aislado de exagerado ó de bajísimo precio obtenido en la enagenación de un terreno, no debe servir de tipo para tasar el con-tiguo ó cercano. Ni aunque la venta haya sido en remate público debe tenerse como fundamento para todos los casos.

En ocasiones sucede que por capricho ó necesidad de un vecino pudiente que quiere obtener una fracción de tierra ó impedir que la compre el lindero, la hace suya á precio fabuloso; y en otras, la apremiante situación de un propietario ó las crueles exigencias de un acreedor ayudado por circunstancias fatales para el dueño, obligan á éste á enagenarlo por vilísimo precio.

En uno ú otro caso, el obtenido no puede servir de norma para todos. El remate, como dice Avellaneda, no es la manera tranquila y meditada, como debe efectuarse el acto de una compra-venta.

Queda triunfante la doctrina que sostiene que para la fijación del precio de la tierra debe procederse al aforo, *previo* exámen pericial de *prédio por prédio*, teniendo presente sus condiciones singulares, como antes se ha dicho.

Es el proyecto del señor Rodríguez una obra meritoria que recomienda el autor, que al demostrar con ella su laboriosidad y alta competencia en la materia, presta un señalado servicio á su patria.

Los raciocinios basados en sus estudios á que entra en su obra el Director General de Avaluaciones, son en abstracto favorables al aumento de los aforos; sin que por esto se deba entender que tal cosa pueda hacerse de inmediato, sino aprovechando el momento propicio.

Si se pretendiera introducir la reforma en el momento actual, tropezaría con grandes resistencias por que la falta de lluvias que por largo tiempo ha castigado al país, trajo como consecuencia, unida á la plaga de la langosta que ya azotaba los campos, la carencia absoluta de pastos, el enflaquecimiento y la pérdida inmensa de ganados de toda clase, la forzosa venta á bajo precio de los que quedan ó la traslación de ellos á mejores parages, pagando fuertes arrendamientos, en una palabra, la amenaza de un gran derrumbe en lo que llamamos generalmente la *principal industria* del país.

No podría pues en medio de tales circunstancias aumentarse el aforo de la tierra en la parte rural, y por consiguiente exigir mayor suma como contribución, aunque no se aumentara el impuesto.

Aguárdese, pues, para acometer la reforma á momentos de mayor holgura para los ganaderos y propietarios de campo á la vez; pero mientras el momento llega, prepárese la reforma y estúdiense los datos y observaciones que encierra el precioso libro del Jefe de la Dirección General de Avaluaciones.

Quando esto se haga, podrá también discutirse lo que sobre algunos puntos que en él se establecen y que, á nuestro juicio, necesitaría ser corregido, sin que eso amengüe en nada el mérito de la obra en general.

MELITÓN GONZÁLEZ

## EL HADA VERDE <sup>(1)</sup>

El hada verde lo llaman  
los simbólicos poetas  
que tienen gestos de estetas  
y el arte sumo proclaman,  
y los exóticos, que aman  
con rarezas exquisitas,  
presos de ansias infinitas  
en un mundo que los pierde,  
quieren, con él hada verde,  
refrescar flores marchitas.

(1) El señor don RICARDO SANLITZA es poeta y escritor que ha cimentado su personalidad literaria en más de treinta años de intensa labor intelectual. Nació en Montevideo en 1862 cursó varios años en la facultad de enseñanza secundaria y abandonó los claustros universitarios para consagrarse á una labor febril en que el periodista, el escritor y el poeta, tallaron simultáneamente artículos políticos, páginas literarias y versos de elevada inspiración. Adolescente aún obtuvo los primeros lauros en el concurso literario del Ateneo, con su «Canto al Arte». Recopiló enseguida sus primeras poesías en un tomo y fundó «El Industria- discreto» el primer periódico de su género editado en el país. Los azares políticos lo llevaron á Buenos Aires donde periodizó é hizo literatura en diarios, publicaciones y revistas. De regreso á la patria la vida administrativa lo confinó á su bufete de Director de la Oficina de Patentes de Invención y Marcas de Fábrica y de Comercio donde el pronto expedienteo lo ha ahogado la vocación del poeta. Su inspiración fácil y fecunda sigue dispersando en las publicaciones literarias del Río de la Plata versos nobles de formas y ricas de ideas y sentimientos. Además dirige el «Amanaque Ilustrado del Uruguay», florilegio anual de la literatura del país. Escritor gentil, su prosa es elegante y rica; poeta tradicionalista, cultiva con igual éxito el género lírico y el festivo; su obra dispersa en las hojas periódicas del continente formaría varios volúmenes de alto interés literario.

El hada verde es hermosa  
pero hipócrita y artera,  
como pérfida hechicera  
con una cara de diosa;  
y camino de la fosa  
ván á paso agigantado  
el incauto y el osado  
que al peligro dán la espalda,  
y en la copa de esmeralda  
miran su lago encantado.

Ese lago, en vez de ondinas  
atrayentes, fascinantes,  
de ojos negros y brillantes  
y de formas peregrinas,  
tiene faunas asesinas  
en el fondo de su lecho,  
y á la muerte vá derecho  
quién, en busca de frescura,  
llega al ojo, que fulgura,  
del tigre siempre en acecho.

El hada verde es patraña,  
es el hierro que penetra  
para dejar una letra  
marcada á fuego en la entraña;  
es la garra que se ensaña  
y al herir en carne viva,  
el pobre cerebro activa  
con ficticia lucidez,  
para volverlo otra vez  
á su condición pasiva.

¡Juventud, que te despiertas  
 llena el alma de ilusiones,  
 y escuchas dulces canciones  
 entonadas á tus puertas;  
 oye también los alertas  
 del cerebro al corazón,  
 el hada verde es ficción,  
 es ignominia, es locura;  
 es eterna noche oscura  
 para la humana razón!

RICARDO SÁNCHEZ.

## FISICA Y METAFÍSICA (1)

El objeto del estudio de las ciencias morales y políticas, nació con aquel ser, que en la indefinida evolución de los organismos, apareció sobre la faz de la tierra con inteligencia suficiente para conocer la ley de su destino, con el deber de cumplirla y la libertad de violarla.

El hombre es libre por naturaleza—tiene deberes, porque es libre, y como tal responsable de sus actos y tiene derechos, porque tiene deberes.

Pero ese ser, que comprende la ley de su destino,

(1) Como tributo á la memoria del nuestro hombre público doctor don GONZALO RAMÍREZ, fallecido el 9 de Enero de 1911 en Montevideo, insertamos la parte doctrinaria de la introducción oral con que inauguró el aula de derecho natural y penal en el Ateneo de Montevideo en Enero de 1908. Permean estas páginas á una época muy característica del desarrollo de esta poderosa inteligencia; La lectura de Darwin y Spencer, autores desconocidos hasta entonces en Montevideo habia conquistado á este discípulo de Julio Simón y Comín cuyo eclecticismo trataba de adaptarse á la dogmatización científica del autor de «La evolución de las especies» y el filósofo de «Los primeros principios». Este deslumbramiento filosófico que tuvo su cuarto de hora de celebridad en las agitaciones intelectuales de la época pronto fué rectificado por la serena meditación de este espiritualista impenitente nacido en mitad del siglo pasado nutrido de literatura romántica y de ciencia positiva. Su biografía esta vinculada á la historia intelectual y política del país. Jurista consultor magistrado maestro de derecho penal Rector de la Universidad autor de un código penal, iniciador y miembro conspicuo del Congreso Jurídico Internacional reunido en Montevideo en 1889 ocupó, con algunos paréntesis revolucionarios vazio caudal científico que luego dió base á su personalidad de internacionalista. Ministro plenipotenciario y enviado extraordinario del Uruguay en la Argentina, definió su indivi- dualidad y conquistó para ella prestigio continental. Sus libros y su opiniones fueron citados por congresos y reuniones del derecho y su actuación en las asambleas internacionales tuvo el relieve que dá la personalidad consagrada. Coronó su vida con la celebración del protocolo que estableció el statu quo en las relaciones de los dos países del Plata y las declaraciones de la Conferencia Internacional de Buenos Aires de 1910 acerca del sobre de deudas por la vía diplomática, cuyo humilde informe redactó y asintió.

que se reconoce sujeto de deberes y armado con todos los derechos necesarios para el cumplimiento de esos mismos deberes, ha ido ensanchando la esfera de sus relaciones jurídicas, á medida que el espíritu ha avanzado en la serie de sus no interrumpidos progresos, y se presenta hoy al estudio del filósofo y del moralista, vinculado á una familia, ciudadano de un pueblo libre, con aspiraciones humanitarias en el alma, y consagrado íntimamente al culto ferviente de la patria.

Derechos y deberes exigibles del hombre, derechos y deberes exigibles del ciudadano, derechos y deberes del funcionario público, he ahí el ilimitado campo que abre esta cátedra á nuestras libres y pacientes investigaciones, y solo habremos cumplido satisfactoriamente la tarea que echamos sobre nuestros hombros, cuando hayamos hecho pasar por el crisol de la ciencia moderna, depurándolos de todas las preocupaciones de escuela, los principios fundamentales

(CONZALO RAMIREZ)

sobre que reposa toda institución, sea pública ó privada, desde la constitución de la familia, hasta la libre constitución de las nacionalidades.

Y cuando hablo de la ciencia moderna no me refiero especialmente á las ciencias morales y políticas.

El hombre como sujeto de deberes y objeto especial del estudio de las ciencias morales y políticas, no ha sido aún estudiado armónicamente bajo su triple faz, anatómica, fisiológica y moral, y considero con un sabio naturalista, que es por haberse abordado aisladamente ese estudio, y bajo la influencia de ideas preconcebidas, que tanto el fisiólogo como el metafísico



han incurrido en extremos igualmente erróneos—llegando el primero como término de sus investigaciones, á las conclusiones del más grosero materialismo, mientras que el metafísico ha esterilizado las fuerzas mas vivas del espíritu, en la vana pretensión de resolver problemas que han de estar eternamente en estado de completa nebulosa en el espíritu humano.

Cuando oigo hablar á un materialista, decía Edgar Quinet, el horizonte se estrecha, el Universo se extirpiza,—cuando escucho á un espiritualista, la realidad desaparece por completo. No quiero, agrega, encerrarme ni en uno, ni en otro de estos dos círculos—quiero la naturaleza entera—abridme un Universo—el que me ofrecéis no es más que una cáscara.

No pretendo, que el metafísico se convierta en fisiólogo y el fisiólogo en moralista. La ciencia moderna ha extendido demasiado las fronteras del saber humano, para que sea dable á una sola inteligencia, por vigorosa que sea, abarcar, como el filósofo antiguo, el conocimiento de todas las cosas divinas y humanas.

Pero sí, rechazo como absurdo, como indigno sobre todo de una sociedad de librepensadores, el tremendo anatema, que una metafísica un tanto atrasada, fulmina desde sus alturas olímpicas, contra los modernos y pasmosos descubrimientos de las ciencias naturales.

Las verdades físicas no pueden hallarse en oposición con las verdades metafísicas, morales y religiosas. Si esa oposición existe tiene que ser aparente y no real. Si algo acusa es nuestra ignorancia, y á lo único que nos obliga, dado el caso que la conciliación no sea posible, después que no una sinó muchas generaciones hayan tentado en vano la solución del problema, es á reconocer, sin necio orgullo, que hay todavía para la edad moderna, para el hombre de la época cuaternaria, muchas páginas en blanco en el gran libro de la creación.

Háse dicho por más de un metafísico que el estudio de las ciencias naturales, tiende en el presente siglo á minar por su base la reyecía del espíritu humano y á aniquilar por completo el orden moral del universo.

Mientras todas las ciencias físicas y naturales, desde la geología hasta la anatomía comparada, suministran todos los días con su caudal inmenso de experiencias, pruebas irrecusables que deponen en favor de la grandiosa concepción del sabio naturalista inglés Carlos Darwin, el moralista y el filósofo moderno proclaman resueltamente el cisma de la ciencia con la ciencia; y siguiendo el ejemplo del filósofo católico, nos sentencian á renegar de la ciencia ó á ser ateos.

En cuanto á mí, preferiría que se partiese en dos el eje de la tierra, antes de verme obligado á abjurar de los eternos principios sobre que reposa el orden moral del universo. Creo firmemente que la luz se ha de hacer en todos los espíritus, y que no está lejano el día en que vivan en santa hermandad todos los librepensadores de la tierra. En el curso de los estudios que vamos á emprender acompañadme á rendir homenaje á la verdad en la naturaleza entera, allí donde la ciencia nos la enseña con la luz que lleva el geólogo á las entrañas del planeta y el psicólogo á las profundidades del espíritu.

Mi profesión de fé queda aquí consignada, y sellándola con un recuerdo íntimo de ultratumba, os declaro con toda sinceridad, que sin dejar de ser un humilde sectario de las doctrinas de Carlos Darwin, he podido estrechar por última vez la mano helada de un ser querido, sintiendo palpar en mi cerebro, la idea de un ser supremo y vivificando mi corazón el sueño hermoso de la inmortalidad.

GONZALO RAMÍREZ

## IMPRESIÓN DE MONTEVIDEO <sup>1)</sup>

### I.

La Plaza de la Constitución me sale al encuentro, alegre y sencilla como los niños que juegan en ella. Esta plaza es el núcleo del Montevideo clásico y tradicional, cuya fisonomía conserva, y cuyas antiguas familias, con Zabala á la cabeza, cabrían en su perímetro cuadrado; lo que queda en pié de la ciudad que llamamos vieja con ser tan nueva y tan fresca; es la patria antigua nacida ayer nomás, y que vá desapareciendo arrebatada por el aluvión, para transformarse en patria nueva.

Nada más gracioso y elegante en su ingenuidad que esta pequeña plaza, que es, para los montevideanos, como el centro del mundo: líneas nítidas y esbeltas en los edificios que la recuadran; una fuente de mármol muy linda, muy ligera y proporcionada, en el centro, en la intersección de las dos aceras que la cruzan en diagonal, y la dividen en cuatro triángulos enarenados; arbolillos de troncos negros y ramas retorcidas, verdes, de copas redondas muy agujereadas por luz, que no ocultan los edificios, y corren á ambos lados de aquellas aceras, y de las que recuadran la plaza; aire, luz diáfana, cielo azul en que se proyectan los pretilos y balaustres rectos de las azoteas; el edificio colonial del Cabildo, sereno y noble, que ofre-

(1) Capítulo del libro inédito «Mi tierra».

ce su frontón y su escudo de colores allá en una esquina; una gran bandera nacional que ondea airosa sobre él, fundiendo su azul con el del cielo, y como



Plaza de la Concepción en su estado actual

diluyéndolo en él; un edificio de hondas arcadas, que me hace el efecto de un blanco viaducto que desentona entre las líneas rectas del conjunto de la plaza; y, allá en un extremo, en el ángulo recto formado por dos calles que se cruzan, las dos bellísimas torres de la antigua Iglesia Matriz, finas, esbeltas, que parecen modeladas en arcilla por un escultor; el aereo frontón circular del templo, apoyado en sus columnas corintias; sus tres estatuas que se destacan sobre la gloria del cielo transparente.

Todo eso es de una belleza sana y fresca; me envía á la cara una ráfaga de juventud. Es esa la decoración ingénuo é instintiva de una plaza pública, en la que no se vé el plano del ingeniero de jardines, como no se vé el maniquí ni el modelo bajo las telas de Velázquez.

Miro largo rato el frente de la antigua Iglesia Matriz.

hoy catedral, que se me ofrece en toda su gracia; me parece que la veo por primera vez: es una joya de arquitectura. Yo he visto por el mundo mucho que es más rico, más grandioso, más venerable y sugestivo. Nada más bello, si belleza es aquello que produce el deleite en los sentidos al reposar en su objeto propio.

Al mirarla después de mis viajes por Europa, en los que he procurado aprender á deletrear siquiera en los monumentos arquitectónicos, leo en ella una página de historia, tanto más interesante cuanto que es la historia de mi país; reconozco con precisión el origen de sus líneas, sigo con gran interés su genealogía artística.

Esta pequeña iglesia es nuestro monumento clásico; brotó de nuestra tierra como un árbol que se planta cuando nace un niño; marca y caracteriza la época histórica en que nuestro Uruguay nació á la vida de las naciones.



La Matriz en 1850 (litografía anónima)

## II

Montevideo es el Benjamín de la familia de grandes ciudades hispano-americanas. Vino al mundo bastante tarde para que que no lo tocara el mal gusto arquitectónico que predominó en España durante los siglos XVII y XVIII, y que inficionó las demás capitales coloniales. Estas heredan de la metrópoli construcciones de relativa importancia, catedrales, casas consistoriales, palacios de virreyes; pero todo ello de estilo renacimiento español de la época decadente. No les tocó en

herencia, por desgracia, ni un solo monumento del arte ojival.

Y se explica. La América nació en la edad moderna, y el arte ojival es la edad media de piedra. El bosque de catedrales y de feudales castillos románicos y góticos que cubre la Europa Occidental, brotó de la tierra al calor de la vida, y para dar asilo á tres siglos que oraban y guerreaban; á su sombra se formaron en la oración y en la lucha las naciones del Occidente. Pero una vez constituidas estas por el predominio de la monarquía sobre el feudalismo, el mundo cambia de

aspecto: salen los hombres del bosque secular de piedra en que se agrupaban, y comienzan á esparcirse y á formar nuevos núcleos humanos.



La pisa Matriz en 1824 (L. Lauerer)

La vida social es entonces incompatible con las curvas ojivales, propias de las grandes construcciones, y exige los planos horizontales. Italia que, aferrada á sus tradiciones clásicas de líneas rectas y arcos de medio punto, rechazó durante la edad media el estilo ojival, que acaso ella llamó gótico para calificarlo de bárbaro, ve triunfar su espíritu y su tradición con la arquitectura del Renacimiento que nace en su seno como la pintura y la literatura, y que es la base de la arquitectura moderna.

Penetra ésta en España, y se apodera del gusto

público, hasta el punto de incrustarse en los grandes edificios góticos y aún árabes, desfigurándolos, como sucede en la Alhambra, en la mezquita de Córdoba, en la Catedral de Toledo. Yo he visto en la iglesia de Durango, por ejemplo, á donde fui expresamente á visitar la cuna de don Bruno Mauricio de Zabala, grupos de columnas de piedra de un templo ojival, recubiertos de argamasa para ser redondeados y recibir despues un chapitel corintio, quedando, sin embargo, la bóveda ojival apoyada sobre esas gruesas columnas. Es un interesantísimo adefesio, que proclama el triunfo, transitorio pero pleno, del arte antiguo sobre el medioeval.

Pero el renacimiento, que provoca esas profanaciones, hace en cambio nacer en España el estilo plateresco, tan rico y tan gracioso: en él se funden las reminiscencias del ojival florido con los vestigios árabes, que dan carácter á los bajorrelieves de las jambas, pilastras y archivoltas: es una graciosa orfebrería de piedra, mezcla de lo árabe, lo ojival y lo italiano. Este estilo duró poco sin embargo; solo alcanzó hasta mediados del siglo XVI, cuando la metrópoli española no había empezado aún á construir grandes edificios en el Nuevo Mundo que conquistaba; era aún la época de enviar á América guerreros y aventureros y no artistas.

Cuando estos llegaron, ya el Renacimiento, que en Italia había caído en los desvarios del barroco, había pasado en España por la imitación demasiado fría



Interior de la Matriz  
(L. Lauerer de 1874)

del greco-romano, que creó el Escorial, y cayó al fin, por reacción, en la decadencia | abigarrada del churrigüesco.

Y es en esa época cuando España edifica en sus principales metrópolis coloniales los monumentos que nos ha legado. Véanse la catedral de Méjico consagrada en 1667; la de Lima del mismo siglo; los retablos de las Iglesias coloniales de Buenos Aires: frisos, arcadas y balconajes retorcidos, columnas torsas llenas de flores y hojas y frutos en los abigarrados retablos, de figuras humanas y animales dorados, que se trepan ó se agazapan en los rebordes de los cornisamentos ó debajo de los altares y consolas, arbotantes ó aletas para terminar sin gracia los cuerpos superiores del



Las torres de la Matriz en 1804 (D. Griffla de D. H. H. H.)

edificio, absorción completa, en una palabra, de la línea arquitectónica por la inextricable decoración plástica.

Montevideo nace (1726) cuando se inicia en España la arquitectura de la Restauración, (reacción contra el estilo churrigüesco) con la construcción del noble palacio real de Madrid. (1737). Créase en seguida en la capital de España la Academia de Bellas Artes de San Fernando, (1752) y en ella el gusto se depura, las líneas de la madre Grecia recobran su prestigio, los órdenes clásicos aparecen entonces vencedores, y la serena columna dórica, los chapiteles jónico y corintio, las bases áticas, el arco nítido de medio punto, los

entablamientos de líneas rectas surgen como resucitados, de entre el follaje disparatado que amontonó la decadencia sobre sus líneas retorcidas. De esa escuela sale el Maestro Mayor de las Reales Obras, que ha de construir la Matriz de Montevideo (1790-1804) y el edificio del Cabildo (1804).

### III

Es, pues, en el momento más propicio cuando se traza el plano y se echan los cimientos de nuestra Iglesia Matriz. No hay más que mirarla, como yo la estoy mirando, para convencerse de ello. No tiene este templo pretensiones de gran catedral ni mucho menos: lo que se construía era la iglesia de una pequeña villa colonial de cinco ó seis mil habitantes. Pero sus líneas son de una pureza tal, que puede ofrecerse como modelo de arquitectura greco-romana en su restauración moderna. Su frontón, no triangular, puesto que el techo del templo no lo es, sino circular y determinado por la forma de la bóveda de la nave central, gravita sobre sus cuatro columnas corintias acanaladas, constituyendo con estas la pieza protagonista de la construcción, de una nitidez y de una gracia encantadoras. Los grandes vanos de su segundo cuerpo, con sólo tres sencillas aberturas, se apoyan en los tres arcos de medio punto de elegantes archivoltas que constituyen el primer cuerpo, y que dan acceso al átrio y corresponden á las tres puertas del templo. Una serie de figurillas verticales unidas por guirnaldas que corren sobre el arquitrabe á lo largo del friso, y un bajo relieve en el tímpano del frontón forman toda la decoración de esa fachada, sobre la que se elevan la estatua de la Virgen y las de los apóstoles Felipe y Santiago, patronos de la ciudad. La belleza de todo eso, que se impone á los sentidos, está sólo en la pureza de sus líneas arquitectónicas, en sus graciosas propor-

ciones, en el reposo propio de la línea griega que está en la médula del edificio. Las dos torrecillas, que se elevan á ambos costados, se lanzan al aire con ingenuidad absoluta: parecen dos cirios. Nada de ostentación en ellas, nada de decoraciones retorcidas: una base rectangular; cuatro columnillas corintias en las aristas de su cuerpo principal; cuatro frontones y un cupulín que descansa sobre estos. Pero todo ello en sus proporciones razonables, todo quieto y reposado, todo con su objeto propio.

Acaso al mirar largo rato con deleite este frente, se desea dar algo más claro-oscuro y vigorizar algo más los bajorrelieves del frontón y del friso; pero esa impresión aparece y desaparece; las líneas generales de la construcción, triunfan sin reserva alguna.

#### IV

Penetro en el templo y miro el dominio de la belleza sigue sin solución de continuidad. Como el que se sorprendía al darse cuenta de que siempre había hablado en prosa, yo me admiro al convencerme de que, desde niño, he estado viendo un templo greco-romano de lo más noble que existe. Este es el triunfo de la línea arquitectónica por sí sola, sin el auxilio de las otras artes sus hermanas; ni una pintura, ni una estatua, ni un bajorrelieve, ni un casetón, ni una hornacina vienen á turbar aquí el reposo de los sentidos: esto es perfecto en su género.

Como sucede en la basílica de San Pedro, aunque por una razón inversa, se pierde en esta pequeña iglesia la idea de dimensión: podría tener doble ó triple capacidad, y no ganaría lo más mínimo en grandeza. El Partenón no era materialmente más grande que ella, y era el Partenón. Privilegio de las proporciones, de la armonía, *alma mater* de la creación estética.

Es claro que la iglesia de Montevideo no tiene la pretensión de innovar ni de rebelarse contra el dogma arquitectónico, que, iniciado allá en Santa Sofía de Constantinopla y en San Marcos de Venecia y en el Duomo de Pisa, fué desarrollado por Brunelleschi en Florencia, consagrado por Bramante, y promulgado por el genio de Miguel Angel en Roma; es claro que no reniega de sus progenitores, el Escorial, San Pablo de Londres, los Inválidos de París; pero acaso más aún que esos sus espléndidos abuelos, puede representar el triunfo de la línea, y la belleza de la sinceridad.

Una serie de vigorosas pilastras dóricas y de arcos de medio punto, con su entablamiento también dórico, determina el plano en forma de cruz latina del templo, y sirve de apoyo á la bóveda cilíndrica de la nave central, que abre sus brazos para formar el crucero, y se extiende hasta el ábside del templo. Sobre el entablamiento, y gravitando en los arcos inferiores, se abren los arcos rebajados de las tribunas situadas sobre las naves laterales, y cuyos lunetos, al penetrar en la bóveda central, derraman sobre ésta la luz de las ventanas exteriores ocultas, é interrumpen con sus bovedillas cónicas y sus aristas salientes la monotonía de la bóveda. Sobre los cuatro arcos torales del crucero y los cuatro ángulos curvilíneos de las pechinas, decoradas con una simple estrella de oro en fondo azul, reposa el anillo de la cúpula, que se lanza desde él al aire, dejando espacio en su tambor á los ventanales de vidrios de colores, y buscando la convergencia de las líneas de su bóveda esférica en el cupulino que la corona. Las naves laterales, que antes llegaban sólo hasta el crucero y han sido prolongadas recientemente, con perjuicio quizá de la arquitectura, están cerradas por bóvedas por aristas ó en ricón de claustro, alternadas con bóvedas circulares, é iluminadas por ventanas practicadas en el muro exterior sobre los altares laterales.

Eso es todo: la forma elemental del templo católico que el renacimiento italiano difundió por todas partes en un semi-eclipse del gusto ojival. Pero en esta iglesia no se ven los resabios de las épocas de transición; no existe la vacilación, la falta de fé en el poder de la línea clásica, que se advierte muchas veces en construcciones de mayor fuste y riqueza. El arquitecto no ha pensado, al trazar sus líneas, en el escultor ni en el decorador; toda la vida y la expresión han sido pedidas sólo á la línea arquitectónica. La bóveda no recurre aquí al casetón ni al color para ser hermosa; el arco no apoya su belleza en la riqueza de su archivolta ni en las figuras de sus rebordes; las pilastras y los chapiteles sólo tienen las líneas madres de la arquitectura humana, y toda la decoración del entablamiento se limita y las líneas rectas del arquitrabe y la cornisa, y á los triglifos del friso, que son los rasgos característicos del orden dórico. Ellos bastan para imprimirle esa nobleza de raza que persiste hasta en su esqueleto, cuando el tiempo y los hombres han despojado sus ruinas.

Los sentidos recorren los ámbitos de este templo, experimentando un bienestar que nada perturba: el reposo en su objeto propio, que es la verdadera noción de belleza plástica; el espíritu se desprende fácil é instintivamente de ellos, los abandona en su reposo, y él se siente en libertad, en la verdadera libertad que excluye la opción entre el error y la verdad, entre el bien y el mal, é impone necesariamente la verdad y el bien. Eso es fe funcionamiento de la misteriosa facultad sobrenatural, infinitamente superior á la razón, que nos ofrece evidencias intuitivas, que no son consecuencia de raciocinios humanos.

## V

Se me ocurre, al escribir esto, que no es imposible

que haya alguno de los que me lean, que me impute olvido del simple carácter de viajero que, al escribir, me impuse. Más que describiendo, estoy acariciando en mi memoria las líneas de la iglesia de mi ciudad natal.

¡Que le hemos de hacer! No es posible prescindir del alma de las cosas.

Lo confieso: esta catedral tiene un alma para mí; es indudable que tiene algo más que todas las otras iglesias que he visitado por el mundo. Yo he mirado á las otras; pero ésta ¿quien puede dudarlo? ésta me mira á mí, me devuelve mi mirada.

Y yo la reconozco, como pudiera reconocer el color y la expresión de los ojos de alguien que nos quiere, y que no nos mira solo para vernos.

Ella me queda aún en mi tierra, donde todo va pasando, donde todo se va deshaciendo ó renovando, hogar paterno, hogar propio, desvanecido por el tiempo, que, viejo y todo, sopla hinchando los carrillos como un joven huracán.

En mi vida azarosa, yo he salido varias veces de mi tierra; algunas veces he vuelto, y he encontrado en ella abierta la casa paterna, con sus muebles, con su ambiente propio, con la grave sonrisa de los viejos, que esperaban siempre el retorno de los ausentes.

Hoy los viejos faltan, y los jóvenes han nacido. Sin darnos cuenta, hemos quedado en un extremo; miramos hacia atrás, y no encontramos á nadie. Pero nosotros todavía somos viejos demasiado novicios; necesitamos hacer el aprendizaje; no podemos acostumbarnos á no mirar alguna vez hacia atrás, buscando á alguien que nos hace falta, aunque sea para regañarnos sin ofendernos.

Cuando me ausenté la última vez, todo lo mío quedó deshecho; no dejé ni casa propia, ni casa paterna á que volver: será pues necesario recomenzar. Es esa la vida normal de nuestros países: no tenemos muy

á menudo lo que tiene el aldeano de las viejas sociedades en su valle paterno: un techo viejo que nos espere con paciencia. En nuestra ciudad, las casas paternas no resisten dos generaciones; somos nómades, pájaros que vuelan y anidan donde los toma la noche.

Vuelvo, pues, hoy á mi tierra, después de algunos años de ausencia, y me doy cuenta de los vacíos. Encuentro extrañas las casas que se calentaron con el calor de mi cuerpo y de mi alma, y por el de las de los míos; las casas en que yo consumí mucha vida que, como el incienso de las iglesias, debe haber dejado algo en ellas; las en que nacieron mis hijos, las en que murieron mis padres. He entrado en ellas, y ellas no me han reconocido; he tenido que llamar á la puerta, invocar un motivo para entrar, una visita, un asunto prosaico, saludar ceremoniosamente á los nuevos dueños, y ocultar el verdadero objeto de mi visita, que era solo el de ver una vez más aquella casa, y encontrar alguna huella siquiera de los míos que pasaron.

Todo se ha borrado en unos cuantos años; todo lo mío ha desaparecido en mi tierra. Pero nó, todo nó: aquí está mi catedral que aún me queda; la misma en que fui bautizado y en que rezaba de niño, con sus arcos, y sus pilastras, y sus altares dorados, y sus imágenes cariñosas que me parecen vivas, más vivas que las obras de arte más perfectas. Esta es la casa del Padre que no se muere, que espera siempre á los ausentes, y que sabe que el hombre es un niño de unos cuantos miles de años.

JUAN ZORRILLA SAN MARTÍN

Diciembre de 1898.

## EL RECUERDO <sup>(1)</sup>

¡Que guardes mi recuerdo, solo ansío!  
 Pero el recuerdo de un amor sin llanto...  
 En el cofre de plata de mi canto  
 Eres mi joya, mi ideal rubí...  
 Mi alma es caja de sándalo de Oriente,  
 La que al par que te guarda, te perfuma...  
 ¡Oh, yo soy el oleaje y tú la espuma,  
 La blanca espuma que se mece en mí!

¡Ah! sé el Angel Custodio del Recuerdo,  
 ¡Oh! tú que aromas del Edén exhalas...  
 Haz dos valvas del cielo con tus alas  
 Y entre ellas pon la perla de tu amor;  
 De aquel amor á puro ensueño y gozo;  
 De aquel amor de donosura castá,  
 Cuya nostalgia sideral me basta  
 Para llenar de estrellas mi interior.

(1) El señor don GRANILY PARRA, nació en Montevideo. Perteneció á la generación literaria que se inició en 1895 en la «Revista Nacional de literatura y ciencias sociales» y desde aquella época, su individualidad poética se definió con rasgos muy característicos. La pompa imaginativa es la virtud madre de este poeta que está más cerca de Víctor Hugo que de la estética modernista. Temperamento rico y vigoroso, ama la luz, el brillo y el movimiento, sus poesías recuerdan los suntuosos colores de la escuela del Ticiano y la imaginación un poco desenfrenada de las fantasías de Goya. Es dueño de la inspiración más fácil y espontánea, y su obra poética es acaso la más extensa del parnaso uruguayo contemporáneo. Laureado en dos certámenes nacionales y poeta representativo de su generación, ha formado escuela y ha influido eficazmente en la dirección de las tendencias literarias que se disputan la supremacía dentro de nuestro ambiente. Ha recogido en diversos folletos sus poesías, el último de los cuales «Canto á la Surcouf» forma un volumen de más de 100 páginas. Es autor de un libro que ha hecho ya buenas jornadas de vida pública, escritor de estilo personal, y figura prestigiosa dentro de su partido político. Actualmente desempeña el cargo de Secretario General de Correos y Telégrafos.

En mí el recuerdo es como un hilo de oro  
 Donde, cual cuentas de un collar, enhebro  
 Los ensueños que arranco á mi cerebro,  
 Las penas que me da mi corazón . . .  
 En mí el recuerdo es la ilusión divina  
 Donde á tu pelo que la luz enflora,  
 Le digo: ¡pelo rubio! ¡sol! ¡tu aurora  
 En rizos ilumine mi balcón!

¡Oh, no me olvidéis! . . . Y el recuerdo mío,  
 Cuando abra sobre tí su noble puño,  
 Como medallas de un antiguo cuño  
 En tu regazo dejará caer.  
 Medallas donde radiará tu imagen  
 Como la de una Emperatriz pasada,  
 ¡Con la leyenda de la fe guardada  
 Por mi hidalga manera de querer!

¿Recordar es sufrir? ¿Es el Recuerdo  
 La tórtola gimiente de mi sauce?  
 ¿El agua nueva, que en mi viejo cauce  
 Llora de la onda la eternal canción?  
 Como lluvia que baja de una nube,  
 O como río, de una azul montaña,  
 ¿En nosotros sus lágrimas encaña  
 Y nos llena de llanto el corazón?

¡Oh, no! ¡No puede ser! Mi dulce amiga,  
 El que un pasado de ilusión remembra,  
 Es como aquel que de una añosa siembra  
 Ve aparecer una tardía flor.  
 Es como aquel que ante el pompón de púrpura  
 Que el adalid en plena paz ostenta,  
 Ve clarines de oro y la sangrienta  
 Rosa de los romances del valor.

El Recuerdo es como hoja de un Otoño,  
 Que se desprende del ayer marchito;

Es el rumor que hace un Clarín bendito  
 Que en un cielo abre puertas de zafir.  
 Un rumor que redime una fragancia  
 De antigua santidad — porque el Pasado  
 Para el alma es como un Huerto Cerrado  
 ¡Al que el Recuerdo solo puede abrir!

Por él toco la noche del Pretérito,  
 En tanto irradio matinales huellas.  
 Por él en una mano tengo estrellas  
 Y en la otra tengo, por tesoro, el sol.  
 Por él creo espejarme en tus pupilas,  
 Cuando me quemó en los morenos ojos  
 De la andaluza, cuyos labios rojos  
 Dan á mi alma el clavel más español.

Por él en la mantilla sevillana  
 De la Querida cálida y vibrante,  
 Creo que tu cabello fulgurante  
 Vuelca todos los besos que le di.  
 Y tu mano, cual lirio de la luna,  
 Blanca y casta, por él también la veo,  
 Si en otra mano de mujer recreo  
 ¡Aquel amor de amarte que sentí!

GUZMÁN PAPINI.

## PSYQUIS (1)

## COMEDIA DE COSTUMBRES MONTEVIDEANAS

A Raúl Montero Bustamante, crítico sagaz y conuime que tanto se ha señalado por glorificar en la propia patria y fuera de ella, la literatura nacional, expresio la más genuina de nuestra civilización.

## REPARTO

DON JAIME ELZAURDIA — (Hombre de unos 50 años de edad, negligente retirado que vive de las rentas de su gran fortuna).  
DOÑA MARÍA ETCHEVEST DE ELZAURDIA — (Su esposa, de unos 45 años de edad).

PSYQUIS — (Su hija menor).

GABRIEL — (Su hijo)

AQUILES — (Hijo menor).

MARUJA — (Su hija casada).

HÉCTOR RAMÍREZ — (Su esposo)

NENE — (Hijito de Ramírez y Maruja).

JORGE ELZAURDIA — (Sobrino de D. Jaime).

LEONEL TOWERS —

JUANA ETCHEVEST DE GONZÁLEZ — (Hermana de D.<sup>a</sup> María (viuda).

MARÍA ANTONIETA QUINTANA ALBA — (Bella y elegante mujer de unos 40 años).

ANTUCA — (Su hija, novia de Gabriel).

ELINA — (Joven sirvienta de los Elzaurdia).

Sirviente de lo de Towers.

Idem de lo de Etchevest González

Empleado del Juzgado.

## Época actual

Los tres primeros actos pasan en una gran ciudad de sud-América.

(1) El señor don ALBERTO NIV FRÍAS nació en Montevideo en 1879 y se formó en Inglaterra y Suiza en cuyos liceos nutrió su inteligencia y formó su carácter. La rigida disciplina del norte no ahogó su sensibilidad de latino ni su fantasía sutil y un poco melancó-

## ACTO 1.º

Sala de conversación en la casa de don Jaime. En el fondo una puerta con cortinado de un lado y ventanas del otro una puerta. Entre las ventanas un pequeño escritorio coquetamente arreglado. A un lado un solá y sillones, del otro mesa costurero, profusión de jarrones con flores, en general, el aspecto es el de un cuarto de una casa de lujo sin ostentación.

## ESCENA I

## PSYQUIS Y DOÑA MARÍA

(En un traje negligé estilo *princesse* bordando está sentada frente á la ventana, al lado de su madre, en su fisonomía se nota languidez y preocupación.)

P.—Confieso que fui contrariada al baile. Incomodé al pobre papá que, apesar de tener horror á esas cosas, me acompañó ; Tan bueno él!—Estaba Juan (suspira y se le nubla el semblante) loco atrás mío; me mandó á cuanto amigo tenía para ver si quería volver á comprometerme con él, pero yo no quiero saber más de él.

(Tentativa de llorar pero se domina)

D.<sup>a</sup> M.—No pienses más en él, hija querida. tienes toda la vida por delante como un campo en flor. El destino de las personas es tan singular; todas, quiéramos ó no, vamos derecho hacia él. Tu padre fué el último de los jóvenes con quien yo hubiese pensado en casarme, sin embargo, fué una cuestión facilísima nuestro compromiso y casamiento.

colica, en cambio le dio energías para el estudio y amplió su capacidad receptiva. Trasplantado á Montevideo, aquí llenó su vida literaria con breves páginas suspiradas que acogió «La Razón». Dio seguimiento á sus folletos «Tanto reposos» (en francés) y «Cervantes. Ensayo de una sociedad internacional» á los que siguió el volumen de «Ensayos de crítica é historia» y «Nuevos ensayos». Simultáneamente prodigó su labor literaria, filosófica é histórica en diarios y revistas del continente. La crítica internacional acogió con aplauso la obra de este escritor en quien el espíritu filosófico, el sentido crítico, la vasta percepción, la delicada sensibilidad y la amplia cultura integran una interesante personalidad literaria cuyas especulaciones han preocupado á diversos pensadores de América y Europa. Sus estudios sobre moral y religión, orientados hacia el libre examen, forman ya un interesante repertorio al que pertenecen «La vida del cristianismo desde el punto de vista intelectual» y «Estudios religiosos». La comedia que publicamos revela un nuevo aspecto de este escritor que en la actualidad ocupa el cargo de Secretario de la Legación del Uruguay en Rio de Janeiro después de haber desempeñado la misma misión diplomática en Washington.

P.—(Como despertando y siguiendo el curso de sus meditaciones) Mamita, sólo pensar en él, me apena. No quiero seguir, porque me emocionó mucho.

D.<sup>a</sup> M.—¿Con quienes estuvistes, Psyquis? Los diarios dicen maravillas del baile de lo de Derma-Monroe.

P.—Estuve con casi todos los amigos de Juan. Vuelvo á nombrarle, á pesar mío. (tristemente).

D.<sup>a</sup> M.—Fué tu primer sueño Psiquis y el primer amor es como el primer beso: una fuente de felices recuerdos; un sueño único al que retrospectivamente miramos siempre con dulzura. Olvida lo amargo, sueña Psyquis, por más que tu pobre padre no quiera saber de sentimentalismos. Tu bien sabes como se subleva ante todo lo que no es positivo, real, factible. El sólo vive para los negocios, sólo ha existido para ellos. Él nos quiere á su manera ruda, pero ...

P.—(Agitada ante la perspectiva de continuar el relato) La única novedad que me ocurrió anoche fué la presentación de un jóven, Leonel Towers; mi primo fué quién me lo presentó, á su pedido. Es muy simpático. No quería desprenderse de mí en el baile. Lo primero que hizo fué preguntarme por mi nombre: cuando le contesté Psyquis, su fisonomía abierta y franca se iluminó de alegría. Visiblemente contento me preguntó á continuación, si le concedía mi permiso para remitirme unas postales y sus escritos. Quería explicarme mi nombre de un sonido tan puro, de una significación tan elevada, sin querer, estoy empleando sus palabras. En ese momento, mamá, un señor de aspecto maligno, antipático, me vino á sacar. Accedí no muy gustosa. Iba á inscribir mi nombre cuando me di cuenta de haber perdido el carnet. Towers desapareció. Se alejó contrariado. Se oía un lindo vals; las parejas circulaban conversando sobre las mil frivolidades de siempre, cuando nos detuvo de pronto el joven Towers. En aquel tumulto, en aquel gentío había encontrado mi carnet. Así me acordé mamá: ahora que la galantería está

tan pasada de moda; este acto me llamó la atención.

Volví á ser su compañera y no se porque misterioso hilo me sentí arrastrada-hacia este joven al parecer ingénuo y de noble aspecto. Tu sabes, mamá, que sólo ustedes me dirigen. Tu ves lo que quería Juan, aún después del hecho que motivara nuestro rompimiento; Papá me habló al corazón; él dice mucho en pocas palabras, más supo despertar en mí esa altivez, ese orgullo que nos viene de raza.

D.<sup>a</sup> M.—Te comprendo Psyquis. Mis abuelos atribuyen á la vista de las altas montañas y en otros casos al mar, esa energía celtíbera firme, tenaz, terca si se quiere, pero con todo superior á la volubilidad de estas generaciones inquietas de América.

Tú, si hubieses escuchado solamente tus tendencias de enamorada, hubieras sido suya á pesar de la afrenta, pero antes de seguir ese ímpetu, atendiste al buen sentido y al consejo de tus padres; casarte con voluntad, consintiendo en perder la voluntad de soltera, más nunca, jamás, como esclava conquistada. La lucha de tu padre en este asunto, ha sido uno de los mejores rasgos de su vida. Sus abuelos, los montañeses y los pastores hablaron en él.

P.—Tú siempre me adivinas, mamita, ustedes las madres tienen algo de profetas.

D.<sup>a</sup> M.—Me parece que oigo á tu padre que baja la escalera. Callemos. Me seguirás contando lo demás en otra ocasión.

## ESCENA II

DON JAIME, DOÑA MARÍA Y PSYQUIS

D. J.—Psyquis, Psyquis ¿No corres á besarme, querida? Te noto muy preocupada. ¿Sería aquel tonto de Juan? ¿Te molestó el muy estúpido? Para que no lo hiciera te acompañé.

P.—(Muy suspirando). No papasito. Estoy cansada solamente. ¿Cuánto tengo que agradecerte por haberme llevado!

D. J.—¿Te divertiste?

P.—Sí, papá. Conocié á un joven muy simpático y caballero; me prometió acompañarme al coche; pero como me perdió de vista, no pudo hacerlo.

D. J.—¿Y quién es él?

P.—Leonel Towers.

P.—¡Hum!... ¿Towers? ¿Towers?

P.—¿No será el hijo de ese amigo tuyo, el doctor Towers, el médico?

D. J.—Ese mismo ha de ser, pues lleva el mismo apellido. ¿Espero no te haya hecho la corte? Su padre es un idealista, un iluso que vive más para el prójimo que para sí mismo. Ha podido ser rico muchas veces, pero siempre pierde la ocasión. ¿Valdrá gran cosa el hijo?

P.—Papá...

D. D.—No te enamores Psyquis; deja pasar algún tiempo aún. Yo te tengo reservado un buen mozo con casa de comercio y una sólida fortuna. El día que lo conozcas, te gustará y te casarás con él.

P.—Nunca me casaría por el dinero.

D. J.—Todos hemos dicho lo mismo, querida. El amor es como tolas las cosas: se gasta, envejece, aburre y entonces, pasadas las primeras novedades de la vida matrimonial, queda lo real, lo sólido, lo positivo y eso, tú bien sabes lo que significa: el dinero y el bienestar. Ve lo que pasa con tu madre.

D.<sup>a</sup> M.—Jaime... (mirada significativa)

D. J.—Cállate... Hemos pasado la edad del primer amor, la belleza de esa vida está lejos, muy lejos... (pensativa). Ya estamos, señora mía, en el límite del amor; en el punto en que converge con la más cariñosa amistad. Tu lo ves: la buena vida nos compensa, la perdida dicha. ¿No piensas tú seguir el mismo camino? (mirándola tiernamente)

P.—¡Nuestra vida es tan distinta! No soy tan fuerte como ustedes... He aquí á Gabriel.

### ESCENA III

DICHOS Y GABRIEL

G.—(Buen muchacho estulto apuroso, bota efusivamente á todos) Buen día Psyquis, ¿cómo te fué de jolgorio? Yo recién amaneczo.

P.—¿Estuviste tú también?

G.—(Haciéndose el distraído) No, mi hijita. Eso me aburre. ¡Qué lindo día! (Psyquis y la madre se juntan á hablar en voz baja. (señal se acerca a Psyquis á don Jaime.) VÍ á la rubia señora.

D. J.—(Atristado) ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Qué te dijo?

G.—(Indolentemente) Necesito cien pesos.

D. J.—Pasa por el escritorio; Rafael te los dará... ¿La encontraré hoy?

G.—Callemos, se acerca mamá.

D. J.—Ven, hijo; tenemos que conversar; los negocios; el pícaro de Andrés me parece que no hace cosa buena por el «Paraíso»; allá en «El Sauce» reclaman mi presencia; «Pobres de los hombres con fortuna!» Ni descansan ni placeres! ¡Ay del dinero que trae tanta intranquilidad! Y decir que las huelgas tienden á que el dinero se reparta más y más; los obreros no abren la pena que se economizan al no sufrir las continuas agitaciones del capital. Cuanto más se posee más se sufre, hijo; después; los deseos insaciables... (señal á Gabriel y salen)

P.—¿Vendrá lo que espero?

### ESCENA IV

CELADA, PSYQUIS Y DOÑA MARÍA

C.—Una carta para la señorita.

P.—¿Es posible? Tan pronto. ¿Será de Margarita?

D.<sup>a</sup> M.—No tiene tiempo de haberte contestado; será

de ese joven... Empieza demasiado pronto tu novela de amor. Tengo un extraño presentimiento. No soy supersticiosa, más anoche oíste que tú, hija querida, te separabas de nosotros para ir á un país lejano, tan lejano, que tu madrecita desesperaba de volverte á ver.

P.—A la señorita Psyquis Elzaurdia. Al llamarle Psyquis, sus padres pensaron en la armonía mas resonante de nuestro ser misterioso y vago como los sueños: el alma. Psyquis es el sonido mágico de eso que conocemos tan bien como la luz del sol esplendente, y sin embargo no hemos visto jamás. Psyquis se llamó la hija de un heleno rey, austero y probo, que más que á su país, fértil en belleza y juventud, amaba. Era tan bella la perfecta adolescente: sus gracias como el agua de un cántaro, volcaban sobre su persona encantos tan sutiles que parecía el simul de Venus. El griego comprendió su belleza, se penetraron de ella los habitantes todos de tan feliz comarca y le elevaron á la par de una diosa, altares de mármol y perfumes de oriente. El orbe parecía olvidar el Olimpo, cuando Afrodita irritada mandó á Eros, su hijo predilecto, asestar á la joven divinizada una de sus flechas venenosa. Perdido ante lo bello, débil frente á las sugestiones de la núbil belleza, el picaresco diocesito hirióse el corazón con la flecha fatal. La cólera de la madre hizo temblar los boscajes de Chipres y los celajes de Apolo. Sugirió á los oráculos dijese que Psyquis había de ser entregada á un monstruo que azotaba por entonces la comarca, para aplacar su ira. Resignada la virgen, fué depositada entre rocas y torrentes. No tardó la princesa en hallarse instalada en un palacio de indescriptible hermosura. Un rumor leve, notas cristalinas que se hacían cada vez más llenos de embelesos, hirieron su oído. Oyó la voz de su prometido esposo. Se hizo la oscuridad. Sus nupcias se celebraron en la intimidad sutil, vaporosa, soñadora,

con un esposo invisible. Antes de amanecer Psyquis estaba rendida por dulce sueño; entonces Eros se retiraba con la suavidad de pliegues de seda que se juntan. La rubia princesa feliz, quiso compartir su ventura con sus otras hermanas. La visitaron pasmándose de sorpresa y envidia; hiciéronle preguntas sin fin sobre el esposo, hasta que vencida por tantos lazos, confesó que aún no le había visto. Las hermanas quisieron morirse de goce; sabían harto bien que la extrema curiosidad conduce á pérdida de la dicha. Psyquis aguardó como siempre el hermoso enlace con el ático mancebo, espío su sueño, sereno como la muerte. Cuando le creyó más ensimismado, encendió la lumbre y tal fué su sorpresa al verle un primor de belleza, toda la primavera de las cosas con vida detenida en su marcha triunfal hacia lo eterno bello... que cayó de sus manos, la pequeña lámpara de aceite. Eros desapareció, y el palacio, con él. Psyquis descansó de nuevo sobre un páramo á la merced de las fieras y de los elementos. Había sufrido y su belleza era ahora más humana, en sus entrañas llevaba el fruto de sus noches de ensueño. Uno por uno conoció todos los sufrimientos y todos los engaños. Finalmente Eros se enterneció á la vista de su esposa, desolada y triste. Acudió á ella la envolvió entre sus ágiles brazos que conocían todos los enlaces apasionados y voló con ella hacia el paterno hogar. Fué á implorar la clemencia del gran Jove que sabe ser clemente cuando contempla juventud, belleza y amores. No resistió á la fresca sonrisa de la figura anhelante de la pura Psyquis. «Abrazos», gritó estridente, «congrego todos los dioses para festejar vuestro hymeneo y tú, hija de ese planeta, que es mi obra más perfecta, beberás la ambrosía que te volverá semejante á los dioses, los eternos jóvenes, los perennes bellos...»

D. M.—Largo, pero bonito el cuento. Se vé que Towers tiene alma poética. Pero, ¿porqué tiembles y te

pones tan nerviosa? ¿Será el lenguaje un poco libre? No debía de haberte escrito así; es casi una inconveniencia ¿Quieres que le devolvamos su escrito?

P.—(Como acerca á su madre que sorprendida la sigue escuchando). Hay aún más... Sabía que no se iba á fijar en la belleza material de esta fábula; escucha mamá. Me siento tan feliz: me parece que oigo esas melodías de Mendelsohn que parecen traídas en alas de la imaginación de países lejanos que solo existen para los que son soñadores y poetas. Escúchame mamita. (Doña María hace movimientos como para retirarse, pero Psyquis la detiene del brazo). Escucha: «El alma humana como la princesa de esta fábula debe esposarse con el ideal al cual aspira continuamente. Oímos los más míseros entre nosotros como los más elevados, una voz interna que nos incita sin cesar á percibir lo más bello y sentir lo más noble; esta voz es como un amigo fiel, como una novia llena de ternura, como una madre cariñosa. No vemos de donde viene ni quien es, pero nos sentimos arrastrados por ella, más interviene el cuerpo con su cortejo de pasiones que apagan con su bullicio esa melodía divinamente bella. Y el alma entónces, una vez que la ha oído, no pudiendo pasarse de ella, queda triste y sin objeto en la vida... la vida.» (Repite la última frase y permanece pensativa)

D.<sup>a</sup> M.—Ten cuidado, Psyquis: ese jóven tiene imaginación apasionada; hoy es este cuento que mucho tiene que decirte. Medita antes de agradecer su fineza... Tu eres ingénua, hija; no conoces todos los matices del mal. No tienes recelos de nadie... No convienen esos apasionamientos súbitos.

P.—Déjame sola, mamá. Es tan lindo ver esperanza tras esperanza seguirse unas tras otras como nubes que pasan... Aquiles ha de haber vuelto ya de la Universidad ¿quién sabe lo que estará haciendo en el comedor?

D.<sup>a</sup> M.—No te enojos, querida. El rol de las madres es un poco el de los predicadores de oficio. Los sermones

hacen dormir y me parecen que mis consejos tienen el mismo efecto sobre tí... Hasta un momento... (se aleja después de darle un beso)

P.—(Permanece enstupidada en la ventana, monologando consigo misma, en actitud mental de evocar alguna imagen visiva) Alto, fornido, ojos azules, linda cabeza, bien redondeada, frente ancha como de persona altamente despejada, mirada franca, ojos que revelan extraordinaria profundidad de pensamiento; se parece si no mucho á esos bustos de jóvenes romanos que ví en el museo de Nápoles... ¿Como se acordó de mí? Lo sabía. Cuando un hombre me habla de la primavera tratando con palabra fácil y giro poético de hacerme comprender que esa es la estación que vuelve triunfante, hermosa con la agilidad novedosa de quien está durmiendo y desea despertar entonces se positivamente que estoy frente á quien deveras me ama. Esto me sucedió otra vez, pero no fijé mi atención en ello. El destino, el misterio vuelve á acercarme á un alma, á una verdadera alma, acaso en esos ojos profundos y buenos no haya solo bondad, buen humor y pasión por el deber; quizá sea muy imperfecto su carácter y vacilante su voluntad, pero yo sé que quien escribió esto (señalando el cuento) es un ser, uno de esos predilectos, jóvenes siempre apesar de reflexionar tomo ancianos, por quienes eso algo superior, la palabra es pobre para definirlo, asoma por momentos y habla... (Dirigiéndose al piano). ¿Porqué no me habrá buscado anoche? ¿Será tímido? Entónces me ama verdaderamente. (Sacando su reloj) Son ya las once y no me he puesto á tocar el piano; hoy tengo clase en el Liceo. (Con o volviendo en sí y buscando matices) ¡Que tonta soy! He estado como enagenada unos momentos; pensando en cosas que quizá ni yo me de cuenta. Como el amor ayuda á comprender hondamente: las almas se prestan su luz. ¿No debo yo á Towers todo esto? Apenas me conozco yo misma.

D.<sup>a</sup> M.—(Aparose por la puerta) Psyquis deja de soñar; trabaja que eso te aprovechará más. (Sale).

## ESCENA V

PSYQUIS Y JORGE (luego)

P. — (Psyquis empieza á tocar el Gondolero de Mendelssohn. No toca muchos compases cuando entra Jorge. Elizabeth precipitadamente muy agitado y haciendo señas para que ponga atención á una carta que tiene en la mano) ¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? ¿Qué te pasa?

J. — (Se curre agitado) Lee esto...

P. — Dime primero de lo que se trata. Quizá sea algo que yo no pueda leer, si es algo triste, comunfícaselo de ante mano á mamá, tú sabes que ella es fuerte, tranquila y resignada

J. — ¡Diantre! ¡Caramba! Todas las mujeres son las mismas: aparentan no ser curiosas. ¡Ojalá no te quisiera yo tanto! ¡Si hubiese sabido?

P. — Pero, Jorge, Jorgesito, (tiernamente) ¿se trata de Juan? ¿Te ha vuelto á incomodar con sus insistencias?

J. — Ya sabía que lo adivinarías. ¡Oh! ¡la perspicacia femenina! Pero no se trata solo de él ahora; ha surgido otro personaje, un rival. Adivina pícara muy muy pícara (dándole una palmadita en la mejilla)

P. — Tú eres á quien mas quiero en casa. tu me comprendes como nadie. Yo estoy entre los mfos como una extraña, pero jamás se lo he hecho conocer; desde anoche lo comienzo á sentir mas que nunca. (llorando)

J. — Pobrecita mía; no llores. así que me case, pasarás el día en casa y harás tu gusto en todo.

P. — No hablemos mas... yo estoy triste, siento un gran vacío en mí pequeña insignificante vida. No sabría decir si es el pesar de haber dejado á Juan con la amargura de una ilusión que tejí desde la infancia con la paciencia de las príncezas cautivas. Lo quiero, lo quise mucho, lo quiero menos, mucho menos, pero aún queda algo por destruir (golpeándose trágicamente el pecho).

J. — Sí, querida, hada de esta casa. Tu eres lo único puro aquí; no te pongas neurasténica, te lo pido por Dios.

P. — (Secundando las lágrimas) ¡Coraje y paciencia! (Sale).

## ESCENA V

JORGE, DON JAIME

(Jorge se pasa solo por un momento deteniéndose los sesos sin saber empezar lo que ha de decir á su tío)  
(Don Jaime entra entretanto y no aparebiéndose de Jorge dice)

D. J. — Gabriel me va á arruinar. El muy lince especula hablándome de una de las pasiones de mi juventud. Aunque llegado á viejo, esa llama no se ha extinguido aún. Cierto que no tengo ni una cana. Todavía puedo pretender. Este chico tiene su doble juego: no hace nada, es un apasionado de la cerveza y á hacer el dandy vistiendo como el mejor, es buen mozo. Su pereza le llenará de vicios... En fin, es jóven y aprovecha. ¡Es tarde para mostrarme virtuoso! Para mí sé que hace lo que debe, pero ¿porqué no corteja á la heredera que yo no me canso de señalarle? Jóven como él haría otro tanto, pero á buen seguro que Isabel no se me escaparía. Esta enamorado el muchacho y con una real moza. ¡Que formas, que ojos, que donaire! Mas sus padres son pobres y poco honestos. Ella es una criatura frívola, ligera, derrochará cuanto yo deje á este tarambana en vestidos, alhajas y coche. Conozco á mi Gabriel, lo sé vivo, pero con una mujercita encantadora pierde la cabeza. Lo conozco, mas bien, nos conocemos. (Se dirijo al escritorio á revolver algunos papeles cuando Jorge le sale al encuentro)

J. — ¡Hola, tío! ¡Que bien, que rejuvenecido estabas en el baile! Me alegré tanto verte. Es necesario que Psyquis se distraiga, sinó, se enfermará; está tan abatida.

D. J. — Sí, pobrecita; ha sufrido, pero por su culpa. Yo se lo venía diciendo: no me opuse por oponerme. La llevaré á Buenos Aires; pasaremos allí unas semanas. El tiempo todo lo borra; después tengo mi plan trazado: llega pronto de Europa el hijo de mi compadre Etchebarne. Ya veré de arreglar el asunto; dos

cientos cincuenta mil y trescientos mil son quientos mil. ¿Que te parece á Psyquis en ese tren?

J.—Pero, tío: Psyquis no es una muchacha como la prometida de Gabriel; tiene mucho corazón y mucha cabeza. Es humilde, es razonable, pero tiene una gran fuerza de carácter. No es una muñeca.

D. J.—¿Como se conoce que has cursado estudios universitarios! Hubieras hecho un bonito abogado. Con esas ideas no hubieses acumulado tú lo que here-daste de mi pobre hermano.

J.—¿Tío!

D. J.—Psyquis quiere á su padre y sabe que su voz es la de Dios. En cuanto á Gabriel es un muchacho, no se casará mientras yo viva, está enamorado debido á manejos de esa gente; al muchacho le gusta lo bueno, mas hay que consultar también las conveniencias sociales; lleva un nombre honesto y no se unirá á otro que no ofrezca la misma garantía. Es gastador y un viajecito á Europa con dinero á discreción lo volverá á su sano juicio, te lo garantizo. (Como queriendo cambiar de tema) A propósito, no dejes de pasar por lo de Rodríguez y Palma: hay dos casas desalquiladas; ten cuidado con el capataz de la «Santa Isabel»; debes hacer una gira con tu hermano por esos campos. Creo que es ya hora de almorzar. Vamos á la mesa. (Se oye una campanilla).

## ESCENA VII

SIRVIENTE, DON JAIME, JORGE Y PSYQUIS

S.—Está el almuerzo servido. (Sale)

(Psyquis aparece por entre las cortinas de la puerta principal, hace señas á Jorge para que entere á D. Jaime de la carta. Durante el resto del acto se queda ahí, escuchando. En su honoraria el público debe ir viendo todos los sentimientos que le sugiere la acción y las palabras de su padre, respecto á Leonel Towers.)

J.—Tío, tenía que comunicarle algo antes de separarnos.

D. J.—Entérame pronto; deseo ir á mi escritorio.

J.—Recibí esta carta de un buen amigo; quiere serte presentado.

D. J.—Avísale que estoy de 9 á 5 en el escritorio.

J.—Los negocios. Siempre el mismo, tío viejo. Se trata de Psyquis.

D. S.—¿De Psyquis? No quiero oír nada, ya le dije mis planes.

J.—Pero tío, cuando un caballero nos hace el honor de considerarnos tales y nos pide lo presentemos....

D. J.—Basta. Habla con tu tía: esas cosas son de su resorte.

J.—Vd. siempre se apura en salir de estos asuntos sociales. Se trata del hijo del doctor Towers, ciudadano distinguido é inteligente; desea conocernos porque tiene mucha simpatía por Psyquis. Tengo de él la más alta idea; es muy europeo en sus costumbres y desea conducirse como tal.

D. J.—Entiéndete con María y he dado mi parecer á mi hija; ella sabrá opinar como su padre. No me gustan los letrados; son la ruina de la gente con fortuna. Bástame con haber sufrido en mi casa al doctorcito Carlevaro que festejó á Maruja como un imbécil. Detesto á esa gente. La aborrezco. El mundo es de los que no piensan profundamente.

J.—¿Que le digo?

D. J.—No le contestes. Se cansará de esperar.

J.—Se trata, vuelvo á repetirlo, de un caballero.

D. J.—En fin, dile que si quiere á mi hija haga lo que yo hice: pasearme bajo su balcón de sol á lluvia; privarme de mis amigos, de fiestas por seguirla. ¡Que luche como yo luché! ¿Donde se ha visto hacer las cosas tan aprisa? (Estareciéndose por momentos). Será ese Towers un liberal canalla con ribetes de socialista; algún buen día con la imaginación ardiente de su padre irá á parar en el anarquismo. No. Dile que no redondamente. No le contestes, déjalo que rabie solo. Los libros le consolarán. No, mil veces no: mi hija

solo se casará con un comerciante honrado como yo  
 (Agitado de go para sí) Mi Psyquis esposa de un intelectual  
 No, yo no la defendí contra la miseria, la enfer-  
 medad y el mundo para eso Su vida será regala-  
 da, será tranquila, (sentándose como cansado de agitarse) será como  
 ia mía como la de esas moles de hielo que bajando  
 la pendiente de las montañas, donde vivieron mis  
 antepasados, descenden la ladera arrastrando todo  
 consigo Esa es la imagen de mi vida crecer, cre-  
 cer, crecer materialmente

(Jorge entre tanto con expresión de dolor anhelando con gestos su decepción á Psyquis que  
 se loiza)

TELÓN

ALBERTO NIN FRÍAS

(Continuad)

## PAGINAS FUGITIVAS (1)

(DE MI DIETARIO)

El don del orador es la sinceridad El hombre que  
 se dirige á las multitudes debe dar á su palabra la  
 nativa frescura de lo espontáneo Habla mejor el que  
 mejor conmueve Las muchedumbres adoran, en el orden  
 de los sentidos, la claridad, en el orden de las emo-  
 ciones la energía, que es la suprema persuasión El  
 orador que más cumplidamente se aviene con la ma-  
 jestad que Quintiliano confería á su ministerio, es el  
 que se siente capaz de convertir á sus ideas al pueblo  
 Es necesario que represente una época en la tribuna,  
 ó una convicción en el púlpito, ó un axioma en la cá-  
 tedra, ó una protesta en el motin Dejad la gracia  
 fina, el culto ateniense de la forma, el rasgo escultó-

[1] El señor don FRANCISCO ALBERTO SCHINCA en breves años de actuación universi-  
 taria ha definido uno de las más interesantes personalidades literarias de su generación  
 El acilismo de su lenguaje la crudeza de su estilo y la riqueza de su léxico integran  
 un raro modelo de prosa. Es cincelador fácil y paciente de la frase y no le son descono-  
 cidas las más nobles arquitecturas literarias del siglo XVI. Hácia cuyas líneas se dirije la  
 polaridad de su espíritu Estas formas ostentosas que oran siempre conceptos rigurosos é  
 ideas bien decantadas en la meditación y el estudio liaz además en este escritor original  
 un intenso poseo de la vida interior dado al ensueño y esturdo de pantelismo En la  
 Universidad donde termina su jurisprudencia ha conquistado prestigio representativo Es  
 presidente de la Federación de los Estudiantes y catedrático de Literatura y en diversas  
 ocasiones solemnes dentro y fuera del país ha llevado la palabra de los estudiantes uru-  
 guayos Actualmente distribuye sus actividades entre la vida universitaria y el periodismo,  
 sin rebajar las breves excursiones políticas que acaban de llevarlo á ocupar una banca en  
 el Parlamento

rico, la cinceladura impecable, el giro original, la maestría retórica, todo lo que es meditación ó pulimento, para el gabinete én que el artista esculpe sus iconos, ó talla sus ánforas, ó prepara sus esencias. El orador debe arrojar vivo y ardiente su corazón á las masas. Debe otorgarse entero y sin reserva. Su naturaleza, según la felicísima expresión de un pensador que es también un poeta, ha de ser «más fresca que el rocío, más estable que las montañas, amiga íntima de las flores, de las olas y del nacer y ponerse de las estrellas de Otoño...»

---

Los más magníficos creadores de imágenes, aquéllos más próximos á nuestra exasperada sensibilidad, aquéllos cuya musa ha dicho más hondas añoranzas en los silencios de nuestro corazón, aquéllos que han ido por el mundo platicando de cosas eternas y hablando palabras inmortales, aquéllos que han condensado en sus cantos los viejos dolores de toda la estirpe, son, nó los estoicos sino los sensitivos, nó los diamantinamente puros, los angélicamente irreprochables, sinó los que se han sentido más hombres, vale decir, más débiles, más irresolutos, más inermes frente á las fatalidades interiores y exteriores, potencias extrañas y vertiginosas, casi siempre más fuertes que las más fuertes voluntades.

El personaje de la epopeya esquiliana, aquel épico Prometeo cuyo gesto rebelde parece abatirse todavía sobre el mundo — ¡á despecho de tantos siglos! — es sobrehumano, pero está lleno de formidables pasiones humanas. Por eso fué digno de los seculares y resplandecientes bronceos de Esquilo. Si Prometeo hubiera sido perfecto, sólo mereciera ser celebrado por el poeta de las teogonías, de aquellas teogonías milenarias y maravillosas á cuyo desfile por las cimas de la historia y de la leyenda, asistimos impasibles y fríos, porque las luchas de los dioses, fecundas en emoción para otras ya feneci-

das edades de exaltada religiosidad, no nos conmueven ni preocupan. Por fidelidad á esas ideas, pláceme descubrir, en los protagonistas de las novelas contemporáneas, la innata predisposición al conflicto moral, de donde extrae nuestro espíritu lecciones de perseverancia y ejemplos de fortaleza. Sublime es la Ifigenia goetheana, augustamente serena bajo sus velos, mayestática y pura; pero aquella Olga de Sudermann, avasallada por el deseo, que sonrió al dolor y á la muerte, se me antoja también de una suma y veneranda grandeza, digna del himno glorificador...

---

Renán reprochaba á los espíritus de su tiempo la demasiada subjetividad de sus ideaciones; les enrostraba el «no dejarse arrastrar, absorber por el objeto, es decir, por lo que está ante nosotros, el mundo, la naturaleza y la historia». Hoy la tendencia es otra: se inquiere la verdad como quien busca un horizonte para la visión. Desde las célicas novelas pastoriles á las novelas naturalistas de Zola, ¡qué enorme dilatación de lo humano dentro de lo ideal! ¿No es acaso el poeta de nuestro tiempo el que, en la oda soberbia del mejicano Díaz Mirón, — rima profética, lírica de combate — «debe elevar su acento soberano y consagrar con la canción del cielo, nó su dolor sino el dolor humano?»

---

Nadie glorificó á la primavera como la Grecia antigua y genialísima, madre de todas las maravillas: el coro de sus doncellas saludaba el retorno del sol con himnicas y apasionadas palabras; sobre las aras de los dioses ardía la llama de los sacrificios propiciatorios; á la llegada de la dulce estación, se celebraba en alados peanes al infinito firmamento azul que cobijó los sueños de Homero; y ninguna ciudad fué tampoco más grande que

aquella Atenas predestinada que no se glorió nunca de haber uncido á los pueblos al carro de sangrientas victorias, sino que hizo consistir sus omniseculares prestigios en que se dijese de ella, por la boca armoniosa de sus poetas inmortales, que estaba toda coronada de violetas, bajo la espléndida pompa de los cielos del Atica. Y cuando Sófocles de Colonna, el viejo y sobrehumano cantor de Antígona, quiere loar las excelencias de la nativa ciudad, no dice de ella que era cuna de sabios ó de conquistadores — ni siquiera la patria de aquel ciego y trágico Edipo cuyo formidable dolor es como la expiación de toda una raza en el alma eminente de un solo hombre — sino la tierra fecunda en corceles y en ruiseñores, adonde jamás se ha desdeñado de bajar, como el rocío de la noche sobre las diademas de Ceres, el coro risueño de las musas!

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

## EL RETRATO DE CATALINA STROZZI (CUENTO)

En el Museo de Pinturas de X... hay un retrato señalado en el catálogo con el número 1013, que se titula «El hechizo». Es una pensativa cabeza de mujer, atribuida á Van Dyck, que sonríe con melancolía á través de la pátina. Dice el catálogo que aquella dama, cuya belleza misteriosa y marchita perturba un poco, es Catalina Strozzi, y que en su tiempo, el retrato, figuró en la galería del palacio que Benedetto de Medici construyó para la poderosa familia florentina.

Como yo manifestara interés hacia aquella pintura desconocida, cuya impresión produce un raro efecto de lejanía, mi cicerone me hizo su historia más ó menos así:

—«Un Van Dyck muy característico. Observe Vd. la nota un poco sombría que predomina en el cuadro; el aire que envuelve la cabeza y la manera como están tratados los encajes del cuello. Fíjese Vd. en el primor de las manos y como *salen* de adentro de las mangas de terciopelo.»

En tanto él hablaba con fastidiosa volubilidad, yo observaba los ojos del retrato encendidos por una mirada lejana y atormentada, y la enigmática expresión con que aquella hermosa mujer sonreía hacía siglos dentro del marco florentino desvencijado por el tiempo.

—«El maestro flamenco,—segua el cicerone,—lo pintó para Catalina Strozzi, en Florencia, cuando ya había sentido el prestigio de las suntuosas escuelas italianas. Las últimas pinceladas del retrato se mezclaron con palabras de amor. Ya conoce Vd. los salvajes celos de aquellos señores florentinos del Renacimiento. Catalina Strozzi fué apuñaleada por su dueño frente al caballete donde descansaba el retrato recién terminado por el pintor. Esas manchas oscuras del fondo son la sangre de la enamorada patricia.

Este cuadro ingresó en el Museo en forma bastante extraña. Había sido adquirido en Florencia por Capental, un caballero que cierta mañana se presentó aquí y pidió hablar con nuestro conservador. Traía el cuadro consigo y lo que propuso aquel caballero fué bastante singular, pero á la institución le convino el negocio desde que se trataba de un Van Dick, como usted vé.

Aquel caballero, que aquí entre nosotros, creo que tenía sobido el seso, pidió que el cuadro fuera conservado en el museo en este mismo sitio que ahora ocupa, con la sola condición de que se le permitiera diariamente visitarlo. Agregó, además, que á su muerte lo legaría al establecimiento.

Pero debo declararles que el retrato aquel traía desgracia y que el propio Capental había sido víctima del peligroso hechizo. Sin embargo, el extraño contrato fué aceptado y cumplido religiosamente. Capental venía todas las tardes al museo, sentábase frente al Van Dyck y permanecía en muda contemplación frente á esa dama que al fin y al cabo no creo sea para tanto. La cosa duró mucho tiempo, y aquel buen señor no olvidó un solo día su visita. Después de todo era una manía inofensiva. Le aseguro á usted que á veces nos conmovía lo ternura con que Capental miraba el retrato, pero por lo general, habituados como estábamos á verle en el museo no nos preocu-

pábamos de observarle. Todos aquí le llamábamos el 'hechizado' y el nombre prosperó pues ahora lo ha heredado el cuadro.

Le confesaré que la expresión del Van Dyck alguna vez me ha preocupado más de lo conveniente, y que al principio, sobre todo, me era muy difícil permanecer en esta sala sin volver involuntariamente á cada instante los ojos hacia el retrato; pero, aparte de que creo que esas son niñerías ó nerviosidades, la costumbre de verlo á diario me lo ha hecho indiferente. Sin embargo, no me sería grato pasar una noche á solas con él.

Como usted puede observar, la incómoda mirada de esa noble señora es implacable y no hay medio de evitarla. Donde quiera que usted se coloque, el retrato girará hacia usted los ojos, y puedo asegurarle que al cabo de algún tiempo de soportar esa mirada que acecha, usted se sentiría mal. Nuestro conservador, que tenía su pupitre en la sala del fondo del corredor, tuvo que trasladarlo pues cada vez que se abría la puerta se encontraba con la mirada del retrato fija sobre él.

Además, y esto se lo digo á usted con algún temor, pues nunca hablamos de ello, desde que el cuadro ingresó en el museo pasaron aquí cosas muy raras. Gaskin, la verdad es que Gaskin tenía 62 años, murió repentinamente en esta sala; Burget enfermó de melancolía y todos los compañeros padecemos durante algún tiempo un inexplicable azoramiento.

Aquí todos estuvimos algo hechizados por el retrato. Por otra parte, será coincidencia, pero la mañana que encontramos al Van Dyck caído en el suelo, nos trajeron la noticia de la muerte de Capental, producida esa noche en la fonda. Al levantar el cuadro para volver á colgarlo del muro, creo que á todos nos latía el corazón más de lo natural. Pero desde entonces, y hace ya varios años que pasaron estas his-

torias, nada nos ha sucedido, ni nada tenemos que reprochar á esta tela, que es el orgullo de nuestra galería.»

Calló el cicerone, y yo, que me sentía invadido por un vago malestar, me alejé sin volverme, temeroso á pesar de mi escepticismo, de experimentar la influencia del peligroso hechizo de Catalina Strozzi.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

## LITERATURA AMERICANA<sup>(1)</sup>

### LA POESÍA EN EL PARAGUAY<sup>(2)</sup>

PRÓLOGO DEL LIBRO «ANTOLOGÍA PARAGUAYA»

Alguien dijo que en el Paraguay no tenemos poesía escrita porque tenemos poesía viva. La frase pudo explicar bien ó mal nuestra pobreza en poetas, pero si así fuese, si se excluyesen la poesía de la naturaleza y la poesía escrita, no habrían tenido poetas ni Grecia ni Italia, no habrían existido Anacreonte ni Virgilio. Y por lo demás—¿dónde no hay poesía en la naturaleza? Tanto como en los floridos paisajes de la lujuriosa vegetación de los trópicos, la hay en los tempanos del polo y en las movedizas arenas del desierto.

No florecen quizá más poetas allí donde hay más

(1) En esta sección nos proponemos publicar producciones de autores americanos que ofrezcan un interés especial, bien por su mérito literario ó bien por el carácter documental ó investigativo que puedan tener. En esa forma creemos ser propensos á publicar obras que han de servir como se conviene al estudio de la literatura del continente.

(2) El autor don José Bonifacio Alcalá, es miembro de la Academia del Paraguay. Perteneció á la nueva generación literaria que surgió por el movimiento intelectual de su patria y en pocos años los resultados de su labor que en crítico describe así: «Escritor digno de una sencilla enumeración, á él se deben la primera novela paraguaya «Eugenia», las dos primeras novelas obituar de Paraguaya y la primera «Antología» del país.

poesía en la naturaleza, pero tampoco donde hay menos. Y donde más abundan los porta lirás, es sencillamente en los pueblos más cultos. Todos los de la América latina los tienen. Salvador Díaz Mirón y Olegario Andrade en sus dos extremos son como dos astros magníficos entre los cuales hay tendida una inmensa constelación, sin más espacio vacío que el que debiera ocupar el Paraguay.

¿Por qué?

El ambiente del despotismo no fué ni podía ser propicio al cultivo de la gaya ciencia, y si hubo poetas en aquel tiempo, no pudieron menos de enmudecer en el vasto claustro sombrío que era entonces el país.

La guerra del 65, exaltando el sentimiento patriótico, llevó la mano crispada de Natalicio Talavera á empuñar la lira de las estrofas heroicas, que luego los soldados repetían junto al vivac en las noches de campamento ó al pié de las trincheras en los días de batalla. Y á la vez que los versos vibrantes de Natalicio Talavera inflamaban el entusiasmo de los guerreros, innumerables canciones populares, compuestas por bardos ignorados, ensalzaban la bravura de los héroes en labios de los hombres que guerreaban ó de las mujeres que en los ranchos esperaban helénicamente nó el retorno del amado sino la noticia del triunfo de la patria.

Esta poesía popular no es desgraciadamente, el diamante en bruto susceptible de ser pulido para adquirir tersas y radiantes facetas, como lo fué, por ejemplo, la poesía popular argentina, madre de la filigrana de Estanislao del Campo, que hizo decir á un literato: «el genio del Norte ha permitido al payador argentino pasear á la rubia Margarita por la pampa incommensurable y detenerse un instante á la orilla del gran río:

á ver sus olas quebrarse  
como al fin viene á estrellarse  
el hombre con su destino.»

Tosca en sumo grado, la musa popular paraguaya, que tomó su ritmo de los redobles de tambor y de los disparos de fusiles y cañones en los sangrientos combates del lustro terrible, se compone de cantos bilingües que se entonan con voz gangosa y acompañamiento de arpas y rabeles de fabricación indígena. Cuando con el régimen constitucional se iniciaron las luchas políticas en 1879, aquellos cantos patrióticos cayeron en una lamentable confusión y desde entonces andan mezclados en ellos los héroes de la gran epopeya del 65, con los cabecillas de las guerras civiles; los colores de la patria con las divisas partidarias; las proezas heroicas y las hazañas caudillescas. La lujuria del pueblo confunde también sus proccidades con la ternura de la mujer paraguaya de la edad épica que tejiendo tranduntfes y pisando maiz piensa en el hijo ó en el esposo ausente.

Muerto Talavera, con él se apagaron las primeras luces que alumbraron el Helicón paraguayo, cuando todo se apagó en el país, hasta la llama de los hogares. Y pasaron muchos años sin que volviera á sonar la lira. El esfuerzo por la reconstrucción de la nacionalidad no dejó márgen alguno donde detenerse á quemar el incienso de la poesía ante el altar de las glorias y de las tristezas patrias.

Los primeros cantos que, más tarde, entonan los poetas, se inspiran en un profundo amor á la patria que surgía de sus propias cenizas desangrada y débil, pero gloriosa. Enrique Parodi y Venancio V. López, son los primeros que hacen vibrar la lira y en pos de ellos pasan deshojando las flores de su inspiración Delfin Camorro y Liberato Rojas, Fulgencio R. Moreno y Alejandro Guanes, O'Leary y Pane, Barreiro y Giménez Espinosa, Marrero Merengo y Velázquez, Pérez Francisco y Freire Estévez.

De estos, muchos, la mayoría, ya no cantan más desde hace tiempo, y para encontrar sus versos hemos

tenido que revolver viejos papeles amarillentos, evocadores de juvenil edad.

Otros se hacen oír solo de cuando en cuando, escudándose en la falta de ambiente para producir y en las sollicitaciones que otras tareas hacen de sus actividades en la lucha por la vida. Entre los de este grupo destaca Alejandro Guanes, el más inspirado de los poetas nacionales, el poeta nacional por excelencia, el que más intensa y armoniosamente hizo sonar las cuerdas de la lira.

Como huellas dejadas en la arena de un camino, estos primeros pasos de la naciente poesía paraguaya habfan de perderse con las efímeras hojas de revistas y periódicos en que esta hoy se conservan felizmente. Y esta es la razón primordial que nos ha movido á recojer cariñosamente los trabajos contenidos en el presente tomo á fin de que cuando con el andar del tiempo la musa paraguaya adquiriera mediante un inteligente y activo cultivo la importancia que le auguramos, viva el recuerdo de los primeros trovadores.

Las composiciones que coleccionamos en estas páginas son como el amanecer de un día: no brilla en todas ellas el resplandor magnífico de la inspiración, como en aquél apenas se presiente la claridad del sol; pero una estrofa aquí y un acento allá, anuncian inequívocamente el pronto advenimiento de una musa robusta y gallarda. Lo esperamos, ansiosos de que el Paraguay tenga su puesto en las antologías americanas.

JOSÉ RODRÍGUEZ ALCALÁ.

## EL REGRESO

Me acosté llorando por mi hogar desierto,  
por mi infancia ida, por mi padre muerto.  
Días, meses, años, han pasado ya  
y en la casa en ruinas, desde los cimientos  
hasta las cornisas de los aposentos,  
todo, ¡qué distinto, qué cambiado está!

Me acosté llorando por las viejas horas...  
(mañanas alegres, tardes soñadoras,  
perezosas siestas). Me dormí, y soñé  
que «él» había vuelto de un viaje lejano,  
curvas las espaldas y el cabello cano...  
¡también muy distinto de cuando se fué!

Aguardando siempre ¡siempre! su regreso,  
no nos sorprendimos. Sentimos su beso  
sobre nuestras frentes, tibio y familiar.  
Mi madre suspira. Los viejos sirvientes  
tienen á su vista gestos reverentes  
y el can favorito se pone á brincar.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!  
Durante su ausencia, ¡qué rachas de hastío,  
qué sombras de pena, qué nieblas de horror!  
Él calla. Parece que lee en nosotros:  
la tristeza en unos, el cansancio en otros,  
y en todos un mundo de ensueño y dolor.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!  
 Ante las cenizas del hogar ya frío,  
 rodeado de todos, nos pregunta: — «Y bien:  
 ¿muy viejo me encuentran? Hablen sin cuidado...»  
 — «Sí, padre (decimos). Estás muy cambiado.»  
 Y él — «¡Pobres muchachos, ustedes también!»

VÍCTOR DOMINGO SILVA, (1)

(1) Poeta chileno de la nueva generación

## LITERATURA EXTRANJERA

### EL DÍA DE GLORIA

Tenfa la palabra el joven pintor.

— La gloria?... ¡oh la gloria! Cuestión de nervios, como la felicidad... Hay personas que nunca podrán ser felices: para ellos la gloria es algo así como aurora boreal, bajo la que se hielan como perros vagabundos... ¿Quieres que bebamos otro grog?

— Estoy á tus órdenes.

— Mozo... dos grogs... Oyes como castañetean mis dientes?... Tengo frío como un pobre pajarillo... Lo único que me consuela es que aquí, en Venecia, también llueve.

— ¿Quieres que nos vayamos más al sud, á Nápoles, á Sicilia?

— Es lo mismo... ¿Crees, acaso, que sentiría menos esta horrible temperatura? No te digo que siempre estoy helado? Por la mañana, cuando mis espantosas cefaleas me despiertan, tiemblo y me oculto, como un niño friolento, entre las almohadas... Después del baño, casi pegado á la estufa que me abrasa la piel, tiemblo como azogado, hasta el punto de que mis rodillas se doblan. Siempre frío!.. Frío en todas partes y en todo momento!

— Había pasado, recién, el *vernissage* de invierno. La media noche se acercaba: como ahora, precisamente. Tú deambulabas, no sé por donde. Me habías dejado

solo en aquel café maldito... Para matar el tiempo me puse á leer los diarios. Todos hablaban elogiosamente del salón.

—Y de tus éxitos.

—Sí, y de mis éxitos también: lo recuerdo con alegría... Tú, mi buen amigo, en tu trabajo de ennegrecer cuartillas para la imprenta, no aprecias—estoy seguro!—el interés de las noticias. Eres como el panadero que acaba de dejar repleto su horno, perfecto sabedor de lo que saldrá de sus antros caldeantes...

—En una palabra: la cosa te agradó bastante.

—Sí, en verdad, me causó placer. La diminutas letras negras bailaban una fándola ante mis ojos; después se enderezaban murmurando á mis oídos: «Nosotros somos la fama... venimos á celebrar la gloria de tu nombre!...» ¿Por qué endiosarían tanto mi cuadro? Alguien llegó á decir que yo «prometí mucho». Bien hubiera podido tragarse semejante manifestación.

—Lo de la promesa?

—Claro, hombre! Yo sé, porque conozco á casi todos, que mis encomiadores son personas muy distinguidas, selectas, de cultivadísimo talento y que pasan, algunos, por espíritus superiores... Sé que no todos sufren de daltonismo y que hay algunos—hasta eso!—capaces de apreciar el valor de un artista. Sus elogios me causan placer, te repito; pero hubiera preferido otra cosa...

—A fé que eres muy ingrato.

—No, absolutamente. Yo no querría que me tomaras por un tonto, ni que me creyeras el más ingénuo admirador de mi fama... ¿Quieres que te hable con franqueza? Yo no creo en esa fama y nadie tiene el derecho de aventurarse, mejor dicho de atreverse á llegar hasta lo que será de mí.

—¿Y entonces por qué pintas?

—Por debilidad. Ya sabes que no tengo voluntad

ninguna. No soy dueño del más ínfimo coraje de pugnar por la conquista de un diploma que me inicie en una carrera liberal, cualquiera que sea. Sin embargo, tengo que vivir; pero la vida me gustaría mucho más si estuviera más alejado de la zalamería humana, que me revienta...

Escúchame, si no te fatigas. Cuando llegué á esta ciudad, una vez concluído mi bachillerato, entré como escribiente en un estudio de abogado. ¡Oh qué placer inmenso no pensar en nada de importancia, no tener ninguna responsabilidad!.. No te imaginas la dulce alegría, la alegría tranquila con que trazaba hasta el aburrimiento, aquello: «Sociedad Cooperativa de...» Pero no todo lo que reluce es oro: el final de tanto contento se acercaba. El cuarto día á mi señor jefe se le ocurre decirme: «Mi querido amigo, usted es demasiado inteligente para una ocupación tan vulgar. Nació usted para una tarea más elevada. Después de medio día saldrá usted á trabar un embargo.» Saif en efecto, sintiendo mucha hambre y mucho frío. Pero no trabé el embargo ni volví al estudio. Poco tiempo después encontré disponible una plaza de traductor en cierto diarucho ¡Oh vida deliciosa! Aquello era una borrachera de entusiasmo. Traducía sin descanso, á todas horas, repitiendo cientos de veces la elegida frasecita: «Se nos anuncia de fuente insospechable»... El cuarto día me hace llamar el jefe de redacción «Mi querido amigo—me dice—es usted un espíritu finísimo y tiene demasiado talento para ocuparse en tan vulgar tarea... Nació usted para algo más elevado... Luego irá usted á hacer un reportaje al Príncipe de Bengala.» A la hora fijada saif á la calle, perseguido por mis dos enemigos crueles: el hambre y el frío. Pero no reporté á nadie ni aparecí más por la imprenta. Me acordé entonces de mis pequeñas aficiones pictóricas y entré, como oficial, en casa de un pintor de carteles. ¡Si supieras cuán encantador me resultaba

trazar letras con la ayuda de una regla y de un compas, y después, de la mañana á la noche, pasar el pincel todo el largo de los contornos para llenar los vacíos de una hermosa pintura negra, espesa y reluciente!... El cuarto día mi patrón se me acerca. «Querido amigo—me dice—acabo de observar detenidamente sus acuarelas y sus dibujos. Es usted un verdadero artista que no está hecho para el vulgar trabajo de jornalero... Nació usted para una tarea mucho más elevada. Esta tarde empezará á pintar el león verde encomendado por el vecino negociante.»

—Conste que no te daré el gusto de burlarme...

—¡Bah! sería inútil. Sé perfectamente que tengo sobrada razón. No conozco nada peor en este mundo que la responsabilidad. Jamás he podido comprender á esos benditos ingenieros que construyen un puente sobre el papel y que no se espeluznan al pensar que, con tanto cálculo abstracto se llegará á construir un verdadero puente, y que ese puente será transitado por vehículos de peso, mientras que los buques, silenciosamente, pasan bajo sus amplias arcadas... Yo?... Mira: te juro por mi nombre que en un último minuto me pondría de rodillas ante la Supersoidad y le suplicaría que me fusilase, pero que me permitiera hacer volar el puente... No tengo confianza ninguna en lo que hago. ¿Por qué se inventó la acción? Nuestros actos no deberían tener consecuencias. Nunca! Cada uno de los pasos que damos tritura nuestra decantada independencia!

—Pero vamos á cuentas: hasta el día, nada has hecho que te haya salido mal. Por el contrario, la fortuna te acompaña ó te persigue, si prefieres el verbo.

—La fortuna? Que el diablo se la lleve! Yo no sabría qué hacer de la fortuna. Para mí no hay más que una sola y única felicidad: no trabajar, y una sola dicha: dormir. Cada vez que la fortuna llama á mi puerta es para quitarme el sueño con nuevos y múl-

tiples trabajos... Pero yo debería callar: tú no puedes comprenderme.

—Dios te guarde, vanidoso! Eres por ventura, un genio para que no se te alcance á comprender?... Sin embargo, los diarios hacen como si te comprendieran. Difícilmente encontrarás en ellos un concepto desfavorable para tu cuadro.

—Y eso me sirve para algo? Jamás penetrará á los altares de mi alma la más energullecadora de las alabanzas, mientras que siempre estoy pronto á creer en la sinceridad del más injusto y bestial vapuleo crítico. Se puede, es cierto, ensalzar mi cuadro, hasta lo increíble. Pues á mí me parece que los elogios no valen para maldita la cosa. Como me consta que es un verdadero milagro que haya llegado á hacerlo como lo hice, siento algo así como el anuncio de que no volveré á pintar en la vida... Desde que es un fruto de mi trabajo, salido de estas manos, aunque fuera mil veces mejor yo no podría encontrarlo bueno... Pero, te soy franco: si se hablara mal de mi cuadro, sufriría. Todo en él me es querido la tela, el aceite, los colores, cada pincelada. Lo quiero como una madre quiere á un hijo enfermo... ¡Tantos recuerdos amargos, tantos sacrificios, tantos esfuerzos tristes y estériles me aferran á cada una de mis jornadas de trabajo!

—Y qué piensas de tus envidiosos y de su despecho?

—Mis envidiosos!.. Es necesario tener muy poca valía para envidiar mis flacos éxitos! Sin embargo sé que los hay y á todos conozco: pobres diablos que se figuran que les obstruye el camino; viejos asnos temerosos de que les haga perder el alimento para sus hambres... Entre todos no encuentro uno con quien deseara entrar en liza. Vencerlos no me resultaría ni un átomo de gloria...

—Y tus amigos, tus padres, tu querida?

—Mis amigos... Mis padres... Mi querida!.. ¡En

fn!.. La noche de que te hablo tú no estabas conmigo. Víme obligado á entrar solo á mí casa. Cuando salí del café, el frío me helaba... Un viento glacial se metía, sañudamente, por mi pescuezo. El sombrero, echado sobre los ojos, me oprimía como un círculo de hierro. Mi casa estaba cerca... Me puse á correr, jadeante mi pecho, para llegar más pronto. Pero no lo quisieron mis piernas: tuve que pararme.. ¡Que situación terrible!.. En un radio de cuarenta pasos ni un alma... Estaba solo, completamente abandonado... Mis dientes castañeteaban. El maldito frío gozaba en introducirme su acerada punta. ¿Sabes qué hice entonces? Llamé mis recuerdos. Acudí primero el de mis éxitos sonados del día... Evocaba...

«Mi cuadro, lo sé muy bien' está expuesto en uno de los muros del Salón. Por lo menos cien personas lo están contemplando... Cien personas y diez críticos. Su reproducción figura en dos mil catálogos y el cliché, cuidadosamente empaquetado, está allí, dentro de una vitrina... Mi nombre está impreso en negro en cien mil periódicos, lo mismo que en la alcaldía, en los registros del ejército, en la lista de contribuyentes y en casa de muchos proveedores.. Muchos individuos me deben dinero; á otros les debo yo... Seguro estoy de que, en este crítico momento, hay algunos que sueñan conmigo y otros que velan, esperando mi regreso.. Puede ser que ahora mismo estén hablando de mí mis amigos, como los eternos envidiosos — aunque en otro tono — esos vampiros á quienes causo continuos insomnios... Mi blusa de trabajo está colgada en el perchero del taller y mi revolver descansa sobre una mesa... Tengo, allí también, un cuadro empezado que no acabaré nunca... En un cajón secreto, mi retrato vive entre muchas cartas, con un rulo de mis cabellos, cortado por una amiga sentimental... ¡Oh mi día de triunfo!... Millares de lazos me atan á las cosas y á las personas; y yo, el centro de todos esos

lazos, estoy aquí, *el día de gloria*, temblando en mitad de la calle, desamparado en esta negra y triste noche, bajo una lluvia de nieve, helado por un frío siberiano, como un pobre perro vagabundo...

IGNOTUS.

(Traducción del francés de A. Yarsí).

## LA «CASA DE LOS ESCRITORES»

No fué seguramente una de los menores curiosidades de la Exposición de Bruselas, el salón de la literatura belga, por medio del cual el gobierno manifestó la alta importancia que reconoce á las letras nacionales y la benevolencia que le anima respecto de los escritores del país.

Esta consagración oficial resume, si ella no los clausura, treinta años de historia literaria. Este es el resultado de un esfuerzo, al principio conocido á medias, que llamó enseguida la atención y provocó luego la admiración de los elegidos. Ya no estamos en la época en que los belgas cultos, osaban gloriarse en voz alta de no conocer á nuestros novelistas y poetas. Continúa apreciándose entre nosotros «la buena comida» pero se ha dejado de desdeñar el bello lenguaje. La conciencia nacional ya despierta, se reconoce por fin en la obra de nuestros artistas; se comienza á advertir que ellos trabajan también por la engrandecimiento de la patria y que al lado del vasto esfuerzo comercial é industrial que ha elevado nuestro pequeño país al primer rango de las naciones, el trabajo de la inteligencia, por desinteresado que sea, enriquece igualmente el común patrimonio y eleva nuestro valor á los ojos del extranjero.

El beneficio de este asentimiento lo han conquistado hace tiempo nuestros músicos y pintores: un salón de

pinturas, un concierto, son solemnidades mundanas que la elegante multitud se obliga á frecuentar y sobre los cuales es necesario estar ilustrado, siquiera sea superficialmente. Muy distinta era la suerte reservada á nuestros escritores: parecía de buen tono no ocuparse de tal cosa, y aún el premio quincenal, dicho en medio de la indiferencia, no modificaba ese desdén, apenas si obtenía la venta de un centenar de ejemplares del libro laureado. Para hacudir esa indiferencia fué necesario que el *snobismo* anglo sajón se sintiera tocado por Maeterlinck y que Verhaeren fuera consagrado gran poeta por Paris y Berlin. Nuestra manía denigratoria no respetó tampoco en sus comienzos á esos dos artistas, cuyos obras demasiado originales asustaban á nuestro estrecho buen sentido. Aún cuando encontró poetas fué para burlarse y renegar de ellos. Y si Maeterlinck dió el primero de sus dramas en Moscou ó en Londres y si Verhaeren publicó también en Alemania su *Helena de Esparta* sería ilógico quejarnos ahora.

Antes, el gobierno, procediendo con *parti-pris*, desconocía á nuestros novelistas y poetas. Hoy les da empleos, subsidios y los condecora. Organiza en su honor, — digamos mejor en su beneficio, — cursos de conferencias que se siguen con atención; acuerda á los escritores, en medio de sus preocupaciones, un sitio que no es el último. El Rey, el mismo Rey, — cosa increíble entre nosotros — procura no ocultar ante el público belga, el interés que le inspira nuestra literatura y la sincera simpatía con que honra á nuestros escritores. Se acuerda, tal vez, que siendo príncipe heredero, se complacía en leer sus libros, escuchar sus conferencias y conversar con ellos. Hoy que es Rey, considera conveniente mantenerles su gracia.

¡Vive Dios! Se diría que hemos vuelto á los bellos tiempos de Luis XIV.

Il est vrai que du roi la bonté secourable  
 Sotte enfin sur la Muse un regard favorable  
 Et, réparant du sort l'aveuglement fatal,  
 Va tirer desormais Phébus de l'hôpitalé.

Así decía Boileau en su primera sátira. Por lo demás, su cuadro pronto se vuelve negro:

Mais, sans un Mécénas, á quoi sert un Auguste?

Esas y otras cosas agregaba Boileau, ese amargo ironista que experimentaba una feroz alegría en vaciar su bolsa de hiel. El dejó sucesores entre nosotros, que piensan que nada ha cambiado desde los tiempos de Despréaux; pero su número cada día disminuye. Solo algunos espíritus echan de menos la época heroica, la fiera independencia, la bravura caballeresca, el hermoso y altivo desprecio por las cruces y los favores, la era del puro desinterés en que los poetas hacían, por el placer de hacerlos, versos que valían más que los actuales.—La intervención oficial, profieren esos censores retrasados, no ha favorecido jamás en parte alguna la aparición de las obras maestras. Por el contrario, al colocar á los artistas en estado de dependencia, limita la emisión del pensamiento y enerva las mejores fuerzas de una literatura todavía joven. lo mismo que al disciplinar el desarrollo de un árbol salvaje, el jardinero retarda ó contraría el crecimiento espontáneo de las ramas.

Pero nada prueba por el momento que nuestro gobierno alimente el tenebroso designio de domesticar las letras belgas. También es cierto que una tentativa de esa índole correría gran riesgo de fracasar, en este país acostumbrado, por su historia variada, á todos los particularismos y á todas las independencias. Se podrá amansar á los escritores belgas; no se podrá domarlos jamás. Perderán algo de su salvajismo, eso es todo,—y los árboles cultivados producen mejores frutos que los salvajes. De todos modos, se verá dentro de diez años, los efectos del nuevo régimen.

Mientras tanto, ese salón organizado por el gobierno en honor de las letras nacionales, constituye por parte de él, no una tentativa de anexión oficial, sino una especie de gesto caballeresco de cortesía agradecida, que honra á la vez á aquellos de quienes partió tanto como á los beneficiados. En esta vasta exposición belga, en que se atestigua para nuestra gloria común, á la vista del universo entero, nuestros progresos en todas las materias, era justo que nuestra literatura, una de nuestras mayores fuerzas intelectuales, ocupara el rango y el sitio que una feliz iniciativa le asigna, por primera vez, en el *hall* de la enseñanza donde se agrupan, se concentran y se sostienen una en otra las diversas manifestaciones de la inteligencia nacional. Por tardío que sea, ese agradecimiento, no es menos valioso, y vayan nuestros más vivos elogios á aquellos que lo emprendieron.

Entremos, pues, sin prejuicios en el pequeño salón de las letras belgas, y dejémonos impresionar desde el comienzo por las lagunas ó las imperfecciones inseparables, de una tentativa tan inédita como lo es esta. Es encantador este pequeño salón. Colocado en el mismo centro de la hermosa sección destinada á la enseñanza superior, viene á ser como el corazón vivo y resplandeciente, su aspecto es de lo más agradable, por lo que atrae y retiene—y es eso lo que se ha buscado—al visitante menos letrado. Encantadores frisos corriendo á lo largo de los muros de donde penden los retratos al óleo de nuestros escritores más notorios, desarrollan á todo alrededor de la sala motivos característicos de la Wallonia y de Flandes; viejas calles de cornisas dentadas, verdes ribazos de dunas blancas dibujándose sobre un mar velado—paisajes esfumados por negras chimeneas y altos hornos,—toda la múltiple belleza de la tierra patria...

En los tímpanos de las tres puertas, versos de Verhaeren, de Gezelle y de Vrimdts, hacen saber á todos que allí nuestras tres lenguas nacionales se hallan igualmente honradas.

Eso se nota enseguida, también, al recorrer la galería de retratos que cubre los muros de la sala: escritores franceses, flamencos y wallones, — los excelentes, los buenos, los mediocres y los malos, — se codean en ese pequeño Panteon en una familiaridad fraterna, imagen, sin duda, de la perfecta concordia de que se jactan nuestros hombres de letras. Todos nuestros poetas, nuestros críticos y nuestros novelistas, están allí, — y eso dá por resultado, al fin de cuentas muchos grandes hombres pintados al óleo.

Algunos de esos retratos, que son francamente detestables, harían mejor en no estar allí. En nuestro país, de contactos y de camaraderías fáciles, en que todas las Artes se aproximan y charlan de puerta á puerta como en una gran aldea, la pluma y el pincel se entienden como ladrones en día de feria, y todo hombre de letras tiene su pintor. Toma y daca; en cambio de las olas de pintura que vierte sobre su tela el retratista pródigo, el modelo se extiende en olas de tinta con el fin de proclamar la gloria del que lega sus rasgos á la más lejana posteridad: porque casi todos nuestros escritores se le atreven á la crítica artística sin que haya nadie que conteste á su magistral incompetencia.

El único engañado en ese negocio es el buen público, que mal advertido, toma por grandes pintores ó grandes poetas á todos esos virtuosos de baja estofa.

En verdad, se ilustra mal á la multitud acerca del mérito de los escritores que no conoce, cuando en vez de leerle sus obras, se le muestra sus retratos pintados al óleo. El visitante simplista trata de establecer muchas veces una proporción matemática entre las dimensiones del cuadro y la presunta gloria del «maes-

tro» que representa, cosa que naturalmente induce á grandes y enojosos errores. Por lo demás es necesario que un hombre sea singularmente glorioso para que la línea de su nariz ó el tinte de su cabellera interese otros curiosidades que la de las vaporosas muchachuelas, preocupadas de elegir el objeto de una *flirt* imaginario.

Como yo no soy crítico de arte — la excepción confirma la regla — solo juzgaré estos retratos bajo el punto del parecido, el único de que me juzgo capaz.

Y aún debo renunciar eso respecto á los antiguos de entre ellos; pues este salón reserva un gran sitio á los poetas belgas anteriores á 1880 y no es ese su menor mérito. La *Joven Bélgica* se dió una prisa exagerada para ejecutarlas en masa. En esa *masacre* á la cual se dedicó con frenesí, no salvó de la matanza más que á De Coster, Van Hasselt y Octavio Pirmez, — y eso reduciéndolos á la misión de «precursores», ellos anunciaban los verdaderos Mesías que resucitarían nuestras letras, — es decir aquellos mismos que escribirían así la historia de aquella Redención del arte. Tengamos la franqueza de confesar que semejante lenguaje demostraba conjuntamente una singular ingratitud y una ultrajante suficiencia.

Sería necesario revisar algunos de los juicios sumarios pronunciados por la *Joven Bélgica*. Si se hallan maestros que es necesario matar, se hallan también algunos que es forzoso resucitar. Sería ingrato de nuestra parte desconocer el esfuerzo de esos dignos antecesores que, en un país tan hostil al arte, trabajaron penosamente, con valor, con heroísmo. ¿Que su sintaxis cojea algunas veces? Estamos de acuerdo. Pero también la de Lamartine, de Musset, de Balzac no siempre marchaba derecha: en aquellos tiempos, no se miraba de tan cerca... Por lo tanto una obra de reparación se impone á aquellos de nuestros críticos, cuyas ideas no contienen un juicio hecho. Por de pronto ya veo yo uno que pone el cascabel: Yervando Savarin, estu-

dia en este momento la obra de Wuestenrank, y descubre en ella grandes bellezas. Mañana, algún otro audaz, rehabilitará la memoria de Wacken y quizás se halle también alguno que nos demuestre que Potvin no fué poeta tan malo...

Junto á Pirmez pintado por Van Lerius con demasia de cosméticos, y de Van Haselt muy derecho en su corbata — y corbata de comendador, pues las decoraciones presentes renuevan una antigua tradición— saludamos á Carlos Potvin, algo tupido dentro de un abrigo, y al honesto Enrique Conscience, y al vibrante Ledeganck, y al jovial Antonio Clesse, y al bueno de Benoit Quinet, que ostenta bigotes de lobo sobre mejillas color rosa de muñeca. Saludemos también á Simonon, Werote, Pacifico Suars, y otros de quienes esta galería nos revela la existencia. No sabemos nada de ellos, ni lo que han hecho, ni siquiera si han tenido talento; Que importa! han soñado, como nosotros, con las caricias embriagadoras de la gloria; sus madres creyeron en ellos, como las nuestras creen en nosotros; han escrito quizás, como nosotros, páginas exquisitas, que pasaron, como pasarán las nuestras... No soplemos pues con demasiado desprecio sobre sus cenizas tranquilas y melancólicas. Polvo de muertos, polvo de libros... *Memento quia pulvis es!* seamos indulgentes, —seamos humildes.

Perfilados sobre fondos diversos que pretenden colocarlos en su atmósfera personal, nuestros escritores modernos, de frente ó de perfil, sonrien en sus marcos y es bien visibles que están contentos de hallarse allí. Tomemos nota: un Haulleville muy tierno, en cuyos ojos no brilla aquella llama chocarrera y maliciosa que nos entretuvo tantas veces; un Gregorio Leroy de Lemmen; un Rodembach al pastel, travieso, pen-

sativo y delicado, otra de Mlle. d'Atnehan; un Verhaeren de Montald, cansado, con ojos tirantes, pintado, al parecer después del trabajo; un tremonnier de Claus, rutilante y recocado; el impresionante Picard de ojos cerrados de Levêque; un Fernando Severin pero algo duro, de Cels; un hermoso Gilkin, de Gustavo Max Stevens, que prefiero con mucho á la gran tela expuesta en la sala próxima; un Fernin Van den Bosch provocador y demasiado rojo; un Adolfo Hardy pintado con gran verdad, debido al pincel de Juan Laudy; un Verriest vivo y nervioso y está hablando; y un pintoresco Ramaekers.

En el corredor, anotemos un excelente Ombiaux dibujado por Rassenfösse, un expresivo Virres de Beauck, un hermoso Glesener, de Franz Gailliard, y otros admirables retratos grabados por Augusto Danse. Pero las ligeras siluetas de Théo Van Rysselberghe vibrantes de vida y de carácter, merecen una mención especial: ved ahí al flemático Mockel, al alucinado Verhaeren, al jovial y redondo Demolder, todos ellos creaciones maravillosas. También las caricaturas de Ochs se recomiendan por la espontaneidad y la franqueza del dibujo.

En cuanto á las fotografías más vale no hablar porque verdaderamente abundan en demasia se dirían los miembros de una charanga: todos los Balzacs de Etterbeeck y todos los Mussets de Ixelles se han dado allí *rendez vous*, sin contar las ilustraciones de Cronfestu y de Steenockerzeel... Y entretanto, grave y sereno, Maeterlinck sonríe en medio de esa reunión provincial, con aire extrañado de encontrarse allí. El autor del «Tesoro de los Humildes» está representado aquí solo por un pequeño retrato, pero una gloria deslumbradora surge de ese pequeño retrato y hace palidecer todas las «pequeñas glorias» vecinas.

Para concluir, hay en las vitrinas manuscritos de nuestros poetas más notorios y de nuestros mejores

novelistas. Citemos una versión de *Brujes la Morte*, dos piezas inéditas de Carlos de Coster; un dibujo de Van Lerberghe, representando un estudio; del mismo, una carta á Mockel singularmente sugestiva; de Edmundo Picard, los manuscritos de *Trimoullat* y *Meliodon* y del *Juré* de Octavio Pirmez una de las cartas á José la única firmada por completo; pruebas de imprenta corregidas por Conscience; una pieza de versos inédita de Verhaeren, la *Belle Lille*; el *Prometeo* de Gilkin; un manuscrito inédito de Jorge Eckhoud: *Crónica de libertinos de Amberes*; el manuscrito de la *Daisy* de Max Waller que anteriormente llevaba este título: *La Pequeña Marquesa* (no se habrá olvidado que esta encantadora novela fué premiada en el concurso de la *Revue Generale*); *Guirlanda de los dioses* de Giraud; la *Bélgica* de Lemonnier; y, en una vitrina separada, como una reliquia preciosa conservada en una urna el Uylenspiegel de De Coster.

Pero lo que me parece más propicio á realzar en la opinión pública el prestigio de nuestros escritores, es la colección, reunida allí, de las obras belgas traducidas al extranjero: su importancia es tal como para sorprender á los menos escépticos. El fecundo Enrique Conscience abre la marcha con su bibliografía completa, obra de Chauvin y Goffin, que nos hace saber que ha sido traducido al alemán, al italiano, al inglés, al sueco, al húngaro, al turco, etc. Nuestro escritores modernos son admirados sobre todo en los países del Norte y esto no extrañará á nadie.

Rusia adopta con entusiasmo á Verhaeren, Eckhoud, Maeterlinck, Gilkin, y también á Rodenbach que fué el primero que penetró en ella; la Yindlandia se entusiasma con el *Carillonneur* que nosotros ya no leemos! Alemania y Holanda consideran á Verhaeren como á

uno de los grandes clásicos: una antología de poetas franceses, destinada á las escuelas de los Países Bajos — se intitula *De Lesage á Verhaeren*. Un crítico del alto-Rhin, Mr. Otto Hauser, estudia y traduce las obras de los líricos belgas (entre los cuales coloca á Huysmans, lo que alegrará sin duda al abate Moeller). Gregorio Leroy, Fernando Severin, Van Lerberghe y Alberto Mockel ocupan un sitio importante en las autologías rusas, alemanas é inglesas. ¿Sabíamos acaso que el *Pierrot Narcisse* de Alberto Giraud que nunca ha sido para nosotros sinó un espíritu conversador, en quién se nota demasiado la sombra de Banville y Gautier, no deja de influenciar, algunos jóvenes poetas alemanes? ¡Oh ingenuidades de la rubia Germania!.. En cuanto á Inglaterra, es naturalmente á Maeterlinck á quién acuerda sus preferencias: ella viste sus dramas y sus ensayos con una forma sobria y distinguida que les sienta tan bien, que uno se pregunta si, al emigrar á la tierra de Shakespeare, no vuelven á su verdadera patria... .

Sobre los estantes en que se hayan arrojadas todas estas traducciones, otras vitrinas nos muestran la colección completa de nuestras revistas literarias desde 1880. Son numerosas como las hojas de los bosques,—hojas muertas, marchitas, ¡ay! por otoños precoces. Pobres revistas difuntas, que abrigaron un día nuestros ensueños, nuestras ambiciones, nuestros ensayos contrahechos! Con que temblor en las manos, las abríamos, para ver, al fin impresos, nuestros primeros versos de colegial!.. No nos burlemos de estas viejas hojas marchitas si fueron efímeras, á lo menos no fueron inútiles por que debido á su sombra crecieron esos talentos que van hoy día, heroes con casco glorioso, á conquistar al pensamiento belga espléndidos y lejanos reinados.

A aquellos cuyos primeros versos balbuceaban hace ya tiempo en esas pequeñas revistas de vanguardia,

que fueron batalladoras y sencillas, se les levantan, ahora, cuando mueren, monumentos en que nuestras admiraciones suspenden coronas de laureles; y la colección de bustos reunidos en el salón de las letras demuestra que el escapelo de los escultores en Wallona y en Flandes, se halla muy ocupado en inmortalizar la gloria de nuestros literatos,—mientras una pila de partituras nos demuestra también que en el mundo entero, músicos de gran talento se inspiran en las novelas, en los poemas y en los dramas nacidos en Bélgica.

Todo esto hace, seguramente, que se sienta halagado el orgullo nacional, es decir, esa virtud fecunda, pero, desgraciadamente, poco propicia á desarrollarse en este país aún demasiado joven, en el cual el espíritu público no ha tenido tiempo de echar raíces profundas. Al ponernos visibles, en esta exposición, las conquistas de nuestros escritores, el salón de las letras belgas ha hecho una obra útil, patriótica y necesaria. Y ya que se piensa en asegurarle una existencia definitiva, en conservar esas colecciones en una «Casa de escritores» que sería un museo popular, digamos inmediatamente que esa idea merece ser alentada por todos los amigos de la literatura,—con la condición, sin embargo, que no se inunde ese museo de un montón de inutilidades, y que una rigurosa selección le dé el carácter serio sin el cual faltaría á su objeto.

FRANZ ANSEL  
BELGA

## LOS POETAS JÓVENES DE AMÉRICA

La poesía en América se halla hoy, iba decir en embrión, pero ni á eso llega, que el embrión ya encierra en sí lo que será el organismo, y la poesía americana todavía no sabemos lo que será, ni ofrece siquiera muestras de organización distinta y caracterizada. Mejor diremos que se están echando en el crisol toda suerte de metales, estilos de todas las escuelas, y que la fusión va á empezar. Tampoco ha empezado. Las Repúblicas americanas están en la cuna, todavía no han desplegado del todo los labios; balbucean, pero no se entiende muy claro lo que dicen. Tras el amaramiento de la época del coloniaje surgió la revolución literaria, poco bullanguera, á la verdad, en algunas partes, porque la señora poesía pide otro sosiego y otra brillantez de cultura de la que podían tener políticos improvisados que les faltaba el tiempo para echarse cada día los trastos á la cabeza, convertirse en guerreros de lastimosas lides civiles y en legisladores sin norma, instrucción ni práctica. Todo andaba manga por hombro, y los versos ni más ni menos. Dadas las espaldas á España, cuyas menguas tampoco eran para llamarles la atención, las miras de cuantos anhelaban emprender algo se pusieron Francia é Inglaterra. Con esto el modernismo pasó los mares. Sus tres precursores fueron un bogotano, José Asunción Silva; un mejicano, Manuel Gutiérrez Nájera; un cubano,

Julián del Casal. Los tres son ya muertos. Silva fué el más original, alzando una verdadera enseña con su *Nocturno*, que tenemos todos á mano en *La Corte de los Poetas*. Gutiérrez Nájera es el Catulle Mendes de Ultramar, preciosista con dejos de Copée y, por supuesto, menos aristocrático y menos terso. Casal, parnasiano de largos y clásicos arpegios, no abandona los antiguas moldes, moderniza el endecasílabo castellano sin jugar con ritmos, rimas y demás zarandajas de la escuela, sólo trata de barnizar con lo que de Francia le llega halagándole el oído lo que él tiene por ideal de la poesía castellana. No hubiera jamás trocado su alteza de pensamiento y su galanura musical espontánea por ciertas rarezas modernistas.

Viniendo ya á los vivos, de Rubén Darío nada habrá que añadir á lo que todos saben. Portaestandarte del modernismo en América y en España, es un Schumann en poesía, tras una melodía de gasa azul, que ondula sin rozar los aires, salta un desacorde que hiela el timpano, transición inconsciente para el autor, pero que hiergue los nervios del oyente para dejarlos después descansar adormecidos más suavemente con otra sonata todavía más muelle y cadenciosa. Golpes estrafalarios acá y allá, rarezas inesperadas, destructoras de una justa condena que se apaga en la mente del crítico tan pronto como estuvo á punto de estallar. No tiene pentágono, es, ya violín que juega encaramado sobre él, ya violón que se sume á lo bajo. Ni quiere compases, porque el ritmo ha de nacer de la misma imperiosidad de los golpes, y ha de ser la cláusula poética un período prosaico, cadencioso y versificado en líneas de desigual largura, algo así como el período métrico del poeta tebano, aunque sin repetición de estancias. Nombres y vocablos traídos de todos los climas, ideas barajadas de todas las doctrinas las más opuestas, plegarias y reniegos, orientalismos vagos y convencionalismos cortados occidentales.

Pero siempre nuevo como los variados paisajes que cruzan á la vista del viajero en un tren, y siempre como este mismo tren en continuo movimiento. Es un Hugo más humano, menos tetánico, más preciosista, más musical, aunque á las veces no menos borroco y engravedado. ¡Y eso que quería pasarlo por alto! «Las montañas del oro» del argentino Leopoldo Lugones entrañan pepitas de muy reconcentrada poesía. Remeda á Edgard Poe y al portugués Eugenio de Castro con buena fortuna. Menor la tuvo al imitar á D'Anunzio y Laforgue en «Los Crepúsculos del jardín». Con toda esta descaminada tendencia hacia lo ingenioso y deslumbrador, es Lugones, según dicen, el más alto representante del simbolismo en castellano.

Del neomisticismo lo es el mejicano Amado Nervo, alma contemplativa y melancólica, pero sin norte fijo. Sabe soñar, pero como quien sueña fuera de su hogar, en una casa de huéspedes. Hace á veces un pisto, tan extravagante como sabroso, de ideas católicas y pantásticas, rebujándolo después con cierta melancolía religiosa de las razas indígenas de América. «Mística» es lo mejor que ha escrito. Anda entre Luis Cardonnel y Baubille, sin ser místico francés del todo, pero mucho menos místico español.

El primer parnasiano en América es el bogotano Guillermo Valencia, muy clásico en la cultura y muy modernista en la forma, como puede verse en su libro intitulado «Ritos».

También es el bogotano Julio Flores, poeta repentista á cuyos labios acuden acentos melancólicos al son de las cantatas populares, con espontaneidad y frescura. Pero su gran facilidad lo hace indomeñable, que ni quiere cultura ni modernismos ni ataduras de ningún género. Es, pues, poeta popular que ni siquiera se ha cuidado de recoger los versos que deja volar á los cuatro vientos como el ruiseñor suelta y no recoge sus notas. Claro está que todo ello da bien á entender lo

mucho que tendrían que retocar sus poesías, y los altibajos y desigualdades de su entonación.

Para que ningún género falte en esta galería tan abigarrada, el mejicano Salvador Díaz Mirón es el poeta encrespado y melenudo á lo Víctor Hugo y Castelar, «Oruga enamorada de una chispa, ó águila seducida por un astro». Aunque esa es la gloria para él, él y sus maestros ideales también tienen algo de eso, bien que el mejicano no trompeta tan alto y sonoro como el francés y el español. No es, ciertamente, «la Sibila de oro», pero en otros tiempos hubiera sido puesto en el pináculo del templo de la fama, porque á verbosidad y soltura y á riqueza de metáforas pocos le llegan. Es la liana de América que se enreda á todos los árboles de la selva tropical y no se detiene en ninguno. Para él la poesía es, entre otra infinidad de cosas:

«Flor que en la eumbre brilla y perfuma;  
copo de nieve; gasa de espuma;  
zarza encendida do el cielo está;  
nube de oro, vistosa y rauda;  
fugaz cometa de ímpensa cauda;  
onda de gloria que viene y va.  
Nébulas vana de que gotea,  
como una perla de luz, la ídea;  
espiga herida por la segur;  
brasa de incienso; vapor de plata;  
fulgor de aurora que se dilata  
de Oriente á Ocaso, de Norte á Sur.»

Todo, menos humilde violeta que exige nos abajemos á recogerla, que se nos ofrece vestida de melancolía, pero que en su aroma lleva un mundo de suaves y delicados sentimientos.

Este poeta es ave que pasó. Otra acaba de llegar aleteando; y digo acaba, porque José Santos Chocano, de quien hablo, desea que se rompan, como desgraciados ensayos, todos sus versos anteriores, comenzando vida nueva, armado de una estética personal y

bien definida y la mirada fija en un ideal alto y noble. Chocano ha declamado sus versos en el Ateneo y en el Conservatorio, y los «ha declamado muy bien. Son versos precisamente para declamar. Al quererlos leer se le hiergue á uno instintivamente la cabeza y se le escapan los brazos. El timbre poético de Chocano es el del clarín; por eso el ritmo y las ideas de su composición «Lo que dicen los clarines» es lo más característico y suyo de todo el libro *Alma América*. El mismo metro ha empleado en otras composiciones. Es metro oratorio y esencialmente declamador. Nótese, sobre todo, las repeticiones:

*Los clarines suenan trémulos...  
Los clarines suenan lánguidos...  
.....  
Se dijera que las notas de los épicos clarines  
son los ayes de la raza, son las voces del pasado;  
se dijera que las notas de los épicos clarines  
vienen, llenas de penumbras y misterios y milagros,  
de países muy distantes  
y de tiempos muy lejanos...  
Tales fueron los clarines españoles,  
tales fueron los clarines españoles que sonaron  
en las cumbres luminosas  
y en los lóbregos barrancos,  
.....  
¡ya pasaron... ya pasaron... ya pasaron...  
.....  
ya pasaron para siempre...  
ya pasaron para siempre... ya pasaron!...  
Los clarines suenan trémulos...  
Los clarines suenan lánguidos...*

«Confieso que este refír y tornar á refír el mismo refír y retintín es un dejo simbolista muy bien expresado, que da sonido de cobre á toda la composición. La misma largura de los versos, sus cortes, su mezcla con otros breves, remedan maravillosamente la tendida y dilatada voz del clarín.

«Hay pocas poesías en la literatura francesa—dice

Max Nordau—comparables á la *Canción de otoño*, de Verlaine. La calma melancólica de la estación está expresada en versos ricamente candenciosos y llenos de música : >

« Les sanglots longs  
Des violons  
De l'automne  
Blessent mon cœur  
D'une langueur  
Monotone. »

Otra composición pudo tener también Chocano en sus oídos, tal vez sin darse cuenta de ello, y tal vez más simbolista y expresiva, la de *Ennuie*, de Maeterlinck, harto conocida :

« Les paons nonchalants, les paons blancs ont fui  
Les paons blancs ont fui l'ennui du réveil ;  
Je vois les paons blancs, les paons d'aujourd'hui,  
Les paons en allées pendant mon sommeil,  
Les paons nonchalants, les paons d'aujourd'hui,  
Attendre indolents l'étang sans soleil,  
J'entends les paons blancs, les paons de l'ennui,  
Attendre indolents les temps sans soleil. »

En lugar del aburrimiento, del fastidio, Chocano quiere despertar una cierta melancolía al recordar por la voz de los clarines, que :

« Ya pasaron las historias que eran cuentos de heroísmo,  
las audacias que eran timbres, los ensueños que eran lauros,  
los arranques imperiosos de la raza primitiva:  
ya pasaron... ya pasaron... ya pasaron...  
y lo lloran los clarines  
con acentos desgarrados. »

Siempre la armonía imitativa la tuvieron muy en cuenta los poetas... que pasaron; y de las extravagancias de los simbolistas ha quedado la confirmación doctrinaria y científica de este elemento musical de la expresión poética. Ha hecho muy bien Chocano en aprovecharse de él, si es que lo ha hecho cons-

cientemente; y si no, lo mismo da, son rastros de esa escuela que también pasó, los cuales quedaron en los oídos de todo artista, porque tienen una razón de ser estética innegable.

Fuera de esto, Chocano es declamador. Sus versos declamados, ó escritos sin división de líneas como la prosa, forman períodos prosaicos, sin dejar de ser por eso extremada poesía en la expresión metafórica del pensamiento, en el ritmo, aunque libre y suelto, no tanto como el de la prosa, en la ilación lírica y á saltos de las ideas, siguiendo al sentimiento más que al pensamiento frío y razonador.

El ideal y la estética de Chocano pueden resumirse en estos puntos. Cree que una cosa es la métrica y otra la poesía. Sólo quiere hacer poesía americana, en todas sus formas, antiguas y modernistas. Piensa que América puede y debe tener una poesía propia, con raíces españolas é indígenas. Finalmente, su poesía ha de ser objetiva, y en tal sentido, sólo quiere ser poeta de América. Todos estos principios ó los pone el mismo autor en su libro ó me los ha confesado á mí en particular. Pueden servirles de comentario estas palabras que le ha dicho Ruben Darío: « Su musa es la representativa de nuestra cultura, de nuestros anhelos, de nuestra alma hispano-americana actual. Lugones, Nervo, yo mismo, parecemos extranjeros. Y ante todo hay que ser de su tierra. » « Darío hace justicia á mis intenciones », me ha dicho el mismo autor. « Otros levantarán, añade modestamente, el palacio; pero yo he osado poner la primera piedra. »

¡ Graves problemas surgen aquí, no ya tan solo sobre Chocano, si ha acertado ó no en la ejecución de este su programa; sino además sobre la poesía en general americana.

Cuanto á lo primero bien claro se ve que Chocano ha tratado, no solo de poner en ejecución lo que se propuso, antes creo que llevado de su inclinación hizo

poesía americana y objetiva en metros antiguos y modernistas, con raíces españolas é indígenas, y que luego dedujo de su poesía sus principios. Cábele la gloria de haberse inspirado en las raíces de la civilización de su país, que son el pasado español y el pasado indígena, y por consiguiente de haber hecho poesía americana; sin por eso echar en saco roto lo bueno francés transplantable á América, como hemos visto de los metros y del simbolismo. Y en esto Darío y los demás, realmente, no pueden ser más que un eco lejano de América, puesto que se inspiran en el extranjero.

He dicho que la poesía americana estaba aún en estado balbuciente: es poesía por la mayor parte extranjera. Los jóvenes poetas han echado en el crisol todo linaje de metales y doctrinas estéticas traídas de fuera. Preciosista fué Gutiérrez Nájera; Casal y Silva fueron modernistas á medias; Lugones es simbolista decidido; Nervo neomístico á la francesa; Valencia parnasiano; Flores trovador popular á medias, y podría ser el poeta americano, si no fuera tan despreocupado de la cultura como del modernismo; Díaz es un huguiano trasnochado; Rubén Darío un modernista á la francesa, con ribetes de todas las escuelas vivas y ya fenecidas de Europa.

Chocano es el más americano de los poetas. Yo desearía que fuera la musa americana por excelencia; pero he repetido que la poesía en América comienza á balbucir, y Chocano, el representante genuino de esa poesía, balbuce y nada más.

No lo lleve á mal mi inteligente y buen amigo. Yo tengo un concepto algo más amplio y hondo de la poesía, y, sin saberlo acaso, también lo tiene el mismo Chocano; y si no, él me lo dirá en llegando á las inmediatas. Yo tengo, por lo mismo, mis esperanzas de que esa poesía americana que en sus labios balbuce tan solamente hoy, llegará con el tiempo á hablar claro y en su propio idioma poético americano. A no ser

así, habría que aceptar un hecho que contradice á toda la historia, y es que no hay pueblo medianamente culto, y aun estoy por añadir salvaje, que no tenga su poesía propia y nacional, más ó menos desarrollada y con ingenios de más ó menos subidos quilates.

Qué poesía haya de ser la americana, qué natural característico haya de ser el suyo, cuando sepa expresarse de por sí como nacida en América y no traída de acarreo de otras partes; ese es el punto capital del problema, y acerca de él podríamos discutir mano á mano Chocano y yo, si yo fuera tan artista y filósofo que tuviera algunos fundamentos para poder adivinar lo por venir.

Chocano cree resueltamente que la poesía propiamente americana ha de ser objetiva, y por eso él se tiene por «Poeta de América». Bien pudiera ser que tuviera razón; pero también cabe que no la tenga enteramente. Lo que me pone algún tropiezo para seguirle sin temor en su manera de opinar, es ver que la humanidad ha ya siglos que pasó de la infancia, cuando embobada con las objetivas hazañas de los hombres los convertía en héroes, y antes más embobada con los fenómenos naturales los había personificado al admirarlos y cantarlos. ¿Cómo una civilización tan adelantada como la americana va á volver á aquel primitivo embobamiento de lo humano objetivo? Con aquel pasmo y admiración faltábales á los hombres antiguos tiempo y reflexión para mirarse á sí mismos, para entrañarse en su propia alma y quedarse embelesados aún ante el espectáculo, que en ella se les ofrece á los modernos, del mundo psicológico. Los antiguos, como niños, lo objetivaban todo, y llevaban á lo exterior su antropomorfismo; los modernos, por el contrario, reducen todo el mundo visible á la propia personalidad, y en lo exterior no ven más que un reflejo que les permite estudiar y contemplar mejor su interior.

Me podrá argüir el señor Chocano que las Repúblicas Americanas son niñas, y que ya que no tengan héroes, salvo los antiguos españoles, que no los admiran, ó los antiguos indígenas, que no son de su raza, tienen ante sí un mundo nuevo lleno de maravillas con el cual juguetean mientras están en la cuna y se mueven con andadores.

Esa poesía de la naturaleza pudiera ser la poesía objetiva de los americanos. No sé si ellos se contentarán con esos muñecos, ni si en hecho de verdad podrán pasar por niños, por recientes que sean sus nacionalidades. Más bien se me antojan á mí niños bastante amocetados, zagalones con pretensiones de gente madura. Además, los pueblos primitivos que poeizaban la naturaleza creían firmemente que toda ella estaba animada, veían tras cada árbol una driada, entre las ondas de cada riachuelo una náyade, en el fondo de las minas y en los volcanes creían oír resollar á Vulcano, en el fondo de los mares encrespase y amohinarse á Neptuno, á Venus la admiraban entre las espumas del mar, á Apolo lo veían atisbar desde el sol, á Diana desde la luna, al padre Eolo lo fantaseaban soltando los vientos desde su caverna ó encarcelándolos y refrenando sus furoros. Nada de eso creen los americanos, por manera que esa poesía objetiva quedaría reducida á describir, ó digamos al arte ornamental, á cincelar el marco, dentro del cual el hombre moderno quiere ver alguna porción de su alma, y aun se deja de marcos y molduras y á su alma se atiende.

En Chocano el marco es, conforme á cierta moda, por extremo desmesuradamente grande; pero también encuadra algo de más humano y subjetivo. Por eso interesan sus composiciones, y se saborean; que á ser todo marco, no despertaran el poco interés que despiertan otros adocenados poetas americanos.

Ahora entenderá el Sr. Chocano por qué yo pido y

espero más de la musa de su país, y por qué no creo que esté del todo en lo cierto al suponer que la poesía americana haya de ser objetiva, en fin, por qué he repetido que esa poesía comienza á balbucir, sin hablar claro todavía. Los descubrimientos geográficos, los estudios físicos ó naturales, han traído la moda de dilatarse en esas enfadosísimas descripciones, hojarasca que ahoga toda la literatura moderna. Se siente, dicen, hoy mucho mejor la Naturaleza que en otros tiempos. Mejor, digo yo, la siente el salvaje y la sentían nuestros antepasados cuando dieron cuerpo á la mitología, que es el más elevado pensamiento del mundo, mirado á través de la poesía objetiva, que ha podido imaginarse. No creo sintiesen menos la Naturaleza Platón que enseñaba el aire libre, y Cervantes, que al aire libre pinta á su principal héroe; sólo que el alma humana les atraía más, y del arte ornamental no querían formar el principal asunto de sus obras. Ni creo que se contentarán con él los americanos. También ellos tienen su alma en su armario, y vendrán poetas, ¿quien lo duda? que sepan abrir el armario y ponerlos de manifiesto el alma americana.

Si Chocano lo ha entreabierto, como yo lo creo, será poeta americano, y su obra podrá intitularse *Alma de América* ó, como él dice poco castizamente, *Alma América*; si es que esto ha querido dar á entender; que tomado *alma* como adjetivo no veo claro, y aunque lo entreveo, no viene muy al caso.

Precisamente yo quería alabarle por el elemento lírico que se le desliza en su sereno objetivismo. Unamuno le ha dicho que es poco lírico, y es verdad; pero hay muchos lirismos. Chocano pretende solo cantar objetivamente la naturaleza; pero, como poeta que es, se le rezuma el lirismo de su alma, que aparece medio latente ante las asombrosas escenas de la naturaleza.

Es, pongo por caso, un precioso paisaje sin alma

viviente. ¡Bien! ¡muy bien!, ¿y qué? Alabamos la ejecución, lo bien remedado que está la naturaleza, lo bien idealizada, si se quiere. Añada el pintor una pareja en actitud de enamorados que se encuentran. El cuadro ha ganado infinitamente. Chocano pinta allá á lo lejos á él por un lado, á ella por otro: atisbos de lirismo; no llegan á encontrarse todavía, ni surgen los afectos del alma, pues no sabemos si son dos paseantes que se desconocen. Un paso más y el alma aparecerá en el encuentro.

Si Chocano no se atreve á juntar la pareja, no faltará quien la junte. Ello es difícil, lo confieso; pintar un alma ó dos no es tan llano como pintar uno ó dos países; pero ya vendrá quien tenga más delgados pinceles. ¿Acaso en América no hay mas que caobas y orquídeas, selvas y saltos, montes y mares, condores y boas?

Hay hombres y mujeres, almas vivientes y pasiones. La poesía entrará algún día por ahí, por las almas americanas, que todavía no conocemos. Ese día habrá nacido la poesía americana.

JULIO CEJADOR  
(ESPAÑOL)

## SECCIONES PERMANENTES

## REVISTA DE REVISTAS

### EUROPEAS

REVUE D'HONGRIE, *Organe de la Société littéraire française de Budapest.*—(15 Diciembre 1910).

Armand Vambéry.—Hermoso y de innegable espíritu de justicia el artículo que M. Louis Fóti, en correctísimo estilo, dedica á Vambéry, el decano de los sabios húngaros. El culto de los vivos ilustres es un exponente de alto y buen sentir por eso los pueblos que honran á los intelectuales, á los selectos, que son honra suya, también, tienen el galardón de un título, perfectamente conquistado, de benemérito. Y en Hungría—según el autor—se adora á los ilustres.

En ocasión del quincuagésimo aniversario del día en que Vambéry ingresó á la Academia Húngara, universitarios y literatos, en una ceremonia, más que oficial familiar, saludaron al viejo obrero del ta-

lento, dando al acto esa encantadora sencillez con que se saluda á un padre ó á un abuelo en los clásicos homenajes del cumpleaños.

La gloria de Armando Vambéry es el Oriente y es nuestro pasado. Sus valiosos trabajos sobre la primera edad de los Húngaros; su teoría sobre la formación del Estado y todas sus obras relativas á la lengua, no solamente son las mejores que se han escrito á ese respecto, sino que siguen despertando siempre un vivo y noble interés, cuando se trata de los orígenes de nuestra raza. Sus estudios del Oriente; el viaje heróico en Asia Central; sus folletos sobre los tan frecuentes é importantes movimientos de Islam, van más allá de los límites del cuadro de nuestras aspiraciones científicas y políticas; pertenecen al mundo entero y en particular á Inglaterra. De ahí que sean dos

los países que rinden homenaje al mérito y á la gloria de Armañjo Vambéry: Hungría, donde es, en materia científica, el sobresaliente de los contemporáneos, é Inglaterra, á la que tanto glorificó en sus sesudos trabajos periodísticos.

Infatigable misionero de la ciencia, Armando Vambéry tiene derecho legítimo á las glorificaciones de que se le está haciendo objeto: toda su difícil y matizada carrera es un esfuerzo de energía que no tuvo otro igual en el siglo XIX. Y la nota saliente de esa carrera fué, sin duda alguna, el viaje por el Asia Central, que tan célebre lo hizo en el mundo entero, aunque lo fué también la continua lucha que sostuvo para defender su vida y en pro de la ciencia.

El autor hace, á grandes rasgos, la biografía de Vambéry, de quien dice que fué, como tantas otras eminencias, de una precocidad asombrosa en sus iniciaciones. El pequeño Armando, sin maestro, y al precio de duras privaciones, llegó á poseer perfectamente el francés y el inglés á los quince años. Los azares de una revolución, en 1848, inutilizaron sus esfuerzos y sus ahínco en favor de los estudios comenzados con tanto entusiasmo y tuvo que dedicarse á vegetar, ganándose el sustento con lo que le proporcionaban las lecciones de húngaro á los ale-

manes y, á quienes querían, el francés, el inglés, el griego y el árabe. Enseñando, estas lenguas las aprendió á fondo, penetrando por ellas á los secretos de la literatura y de la filosofía. Siendo el propósito de Vambéry explotar por la ciencia los países desconocidos de Oriente, se lanzó á la aventura de aquel tan famoso viaje, fulto de recursos pero lleno de fervor y de valentía.

En Constantinopla, Vambéry recibió la primera caricia de la fortuna.

Sus altas condiciones intelectuales y su fuerza de erudito le abrieron las puertas de la alta sociedad turca. Como consecuencia lógica también se abrieron para él las de las escuelas secretas de la religión oriental Vambéry fué, de ese modo, el primer europeo que penetró aquellos misteriosos sitios, «mina fabulosamente rica, inestimable para la cultura, para la política y la economía de Occidente». Sus explicaciones notables del Korán le valieron el nombre de *Nesidí effendí* (el valiente).

Cuando se produjo el famoso primer movimiento de los jóvenes turcos, Vambéry desempeñó en él un rol importantísimo, con la propagación que hizo de las ideas modernas. Sus numerosas *Cartas de Constantinopla*, que fueron publicadas en los más grandes diarios húngaros y alemanes, lo hicieron celebrísimo y, en

los círculos diplomáticos, todos sabían que él era el único extranjero conocedor de tales cosas. Cuando decidió abandonar la capital de Turquía, se hizo todo lo imaginable para mantenerlo. Nada se consiguió y en 1861 salió de Constantinopla.

Otra vez en Europa, Vambéry se dirigió á Inglaterra. En Londres dió muchas conferencias á un público elegido, amigo de estudios orientalistas. Sus numerosos artículos aparecidos en las columnas del *Times* y en diversas revistas inglesas, marcan una etapa en la historia de los conocimientos orientales en Europa. «Daba una idea completamente nueva del Islam. Con una fantasía atrevida; con valiente franqueza, señalaba el lado práctico y político de la cuestión oriental y presentaba con clarividencia por donde la civilización europea podría entrar al continente asiático.»

Vambéry continúa siendo un coloso. Su actividad infatigable á los ochenta años sigue siendo asombrosa. Fotti dice—para coronar su artículo—que al dejar la sala de trabajo del maestro, una vez que fué á verlo, experimentó la impresión de que salía de uno de esos talleres donde se elabora un poco de la obra común del progreso.»

Politique, de Statistique et de Legislation). Enero de 1911.

La Protection de l'enfance au point de vue medical et social, por el doctor *Abd el Aziz Nazmi Bey*.

Debido á una gentileza del doctor Ramón López Lomba, Director general de Estadística del Uruguay, tengo sobre mi mesa de trabajo dos números de la flamante y ya notabilísima revista egipcio francesa. El que corresponde al recién pasado mes de Enero; trae en su magnífico sumario la primera parte de un estudio sobre el tópicó importante y hoy oportuno de que da cuenta el título más arriba enunciado.

«Uno de los rasgos característicos de este siglo está en el hecho de que los pueblos y los gobiernos civilizados van desarrollando, cada vez más, una creciente acción humanitaria y social. En la hora presente—puede decirse—no existe ningún pueblo, ningún gobierno bien organizado, que se sustraiga á la obligación de socorrer y proteger á los débiles y á los desheredados. De todos los seres humanos el niño es el más débil y más digno de interés. Alejandro Dumas dijo con sobrada razón que «en medio de todas las catástrofes que origina la ineptia humana, no hay mas que un sér que merezca, en todo momento, un amplio socorro

L'EGYPTE CONTEMPORAINE —  
Le Caire.—(Revue de la Société Khédiviale d'Economie

porque puede ser desgraciado, sin haber sido nunca culpable. Ese ser tan interesante es el Niño!

Las instituciones que actualmente se dedican con ahincos nobles y piadosos á la tarea regeneradora de preparar los hombres y las mujeres del porvenir, saben muy bien que el principio, la sólida base de su campaña está en la guerra á muerte contra las causas principales que hacen espantables las cifras estadísticas cuando se considera la mortalidad de recién nacidos y de «bebés», lo mismo que en Egipto en casi todo el mundo. Niño abandonado á su suerte es una víctima que devora el monstruo de la ruina física y moral. Por el contrario, el niño protegido puede ser salvado de muchas muertes.

«La protección de los ancianos, obligatoria en muchos países civilizados, es ciertamente una loable acción humanitaria, pero es menos «productiva» para la sociedad. La defensa del niño asegura el porvenir de una nación, aumentando el número de los ciudadanos. Es al mismo tiempo que una acción benéfica un exponente de previsión social de la mayor importancia.»

El autor entra enseguida al estudio de la protección de la infancia bajo sus dos fases principales: 1.º La protección física ó médica. 2.º La moral ó social; no tratando en el ar-

tículo que extracto sino de la primera.

Basado en los datos suministrados por el doctor Engel allí Director de Estadística sanitaria, inicia su manifestación de casos concretos. Cada año, solamente en el Cairo, la muerte arrebatada de brazos de las madres desgraciadas á cerca de 20.000 inocentes criaturas. Esto es enorme y convida á la meditación. El doctor Abd el Aziz, como resultado de sus observaciones llega á lo siguiente:

1.º La mortalidad infantil en Egipto, tratándose de criaturas de 0 á 10 meses, es casi igual á la que se constata en las ciudades europeas mejor organizadas.

2.º La mortalidad infantil crece brusca y rápidamente á partir del déclimo mes hasta el año tercero, pero llega al máximum hacia el fin del primer año y en el momento del destete.

3.º La mortalidad general de los indígenas en casi todas las etapas de la vida, es en proporción mucho mayor que la de los extranjeros (Legend).

4.º La mortalidad infantil, casi generalmente, aumenta en proporción de la crecida del Nilo, es decir, del 15 de Mayo al 15 de Octubre.

Con respecto á este último dice el articulista que tiene su clara explicación. Cuando el Nilo crece, madura una

gran cantidad de frutos de costosisima digestión, que las madres ignorantes dan á sus hijos, desarrollándose una verdadera epidemia de gastro-enteritis.

Manifestadas las diversas enfermedades que quitan la vida á tantos y tantos niños, entra el autor á la enunciación de los medios de lucha que, á su juicio, serán siempre eficaces. En primer lugar, considera imprescindible «enseñar á las niñas, durante su estadía en la escuela, su rol de futuras esposas y madres». Nada de geografía, historias, lenguas extranjeras, piano, bordado, etc. sinó elementos de fisiología, de higiene general y sobre todo, de puericultura.— Hay que crear también Maternidades, refugio de parturientas. Para que el cuidado del niño sea real, prudente es velar por su salud cuando está aún en el seno de la madre, mientras vive la vida intro-uterina.

Esto lo hace perfectamente la higiene física y moral de la madre durante el embarazo. Por eso es que muchos gobiernos han votado leyes especiales para la protección de las madres antes y después del parto.— El examen médico de

las criaturas; la observancia periódica de un paulatino desarrollo es otro medio poderoso de defensa. El proceso de una vida es llevado, de ese modo, á plena conciencia, permitiendo la adopción de medidas oportunas en los casos de vida anormal. En último término, habla Abd el Aziz de la creación de dispensarios para niños enfermos. Ya hay muchos en Egipto. Los más importantes son los fundados en memoria de Lady Cromer por filántropos nacionales y extranjeros y el levantado por la Sociedad protectora de la Infancia en su hospital de Dar el Ahmar.

Este dispensario, dirigido por cinco médicos, recibe todas las mañanas más de 300 niños enfermos: «Trabajando por un mismo y noble afán, y con la ayuda de médicos y filántropos, deben esas sociedades protectoras multiplicar sus esfuerzos para extender las nociones de puericultura y de higiene general, á fin de llegar á detener la marcha avasallante de la mortalidad infantil y á mejorar la suerte de la niñez desvalida. Tal es el objeto principal que perseguimos todos. Que Dios nos ayude!»

## A M E R I C A N A S

REVISTA CONTEMPORÁNEA —  
Santiago de Chile — Febrero  
de 1911.  
Nuestra crisis moral según

el doctor J. Valdés Cange,  
por C. Viuñá Fuentes.

Aquellos que saben de mi  
modo literario y de mis añ-

ciones al zamarreo crítico de las dolencias «buscadas» que nuestra sociedad, igual que muchas otras, padece, no extrañarán que me haya deleitado leyendo las pocas páginas que *Revista Contemporánea* dedica a las fenomenales palizas propinadas por el doctor Valdés Cange á una buena parte de la masa social chilena. Sean ó no del todo justas, hállese de ellas.

En 1909 aparecieron las «Cartas á don Pedro Monti sobre la crisis moral de Chile en su relación con el problema económico de la conversión metálica». El éxito fué negativo, no porque no tuvieran mérito—que les sobraba—sino por que estaban inspiradas en algo que tenía fatigado á todo el mundo, á fuerza de patrañas mentiras y sofismas.

En la primera de dichas cartas dice lo siguiente: «Más que la ceguera nos impide despegar los labios la cobardía... Esta falta de valor moral es el síntoma más alarmante de esta sociedad enferma; casi me atrevería á decir que, más que un síntoma, es la dolencia misma. En efecto, si se buscan las causas primeras de las prevaricaciones, los robos, los escándalos, las graves caídas, la prostitución de familias de buen tono, encontramos como principal y casi siempre único origen, la cobardía moral, en unos para afrontar dignamente las ad-

versidades en otros para resignarse á la condición modesta que les cupo en suerte y en los demás para *censurar los actos que repugnan á su conciencia*. La cobardía es contagiosa y nos ha dominado á todos. He ahí un hombre honrado y bueno, y que no obstante, no solo no dice una palabra contra los viciosos opulentos y los malvados de alto coturno, sino que transige con ellos, y les sonríe y se les inclina respetuosos, y les li-sonjea y se arrastra á sus pies.»

Vicuña Fuentes no está de acuerdo con Valdés cuando éste dice, tratando de métodos de la moral enferma, que la salvación debe venir de las alturas, las que más sufren el mal y porque allí se marcan y corrompen cuantos van de abajo, armados de generosos ideales, á purificar aquella atmósfera malsana.» La solución ha de venir de abajo, de los profesores, de los escritores, de los pensadores... La formación del carácter será el elemento primordial, pues cuando haya una falange de hombres resueltos, capaces de aplicar sin vacilaciones paucos el hierro candente á la úlcera gangrenosa, se verá, como por encanto, volver la salud y la vida á este cadáver de patria escarnecido.»

En la segunda carta entra de lleno al estudio del problema económico de Chile, en su as-

pecto monetario. El autor se inuestrá perfecto conocedor del asunto cuando hace psicología y va al fondo de los hechos, reproduciendo con hermosa claridad los detalles del drama que, desde el 78, «ha venido taladrando el estómago, oscureciendo el cerebro, atrofiando el corazón de los chilenos y llenando las fauces insaciables de la oligarquía agricultora y bancaria.»

En Diciembre de 1910 el doctor Valdés Conge lanzó á los vientos de la atención y de la crítica su nueva obra *Sinceridad*, con el subtítulo de «Chile íntimo en 1910». La prensa,—muy parecida á otras prensas—pasó por alto el grandioso éxito obtenido por el libro. Se llamó á silencio.

Debo seguir transcribiendo porque hay párrafos que es imposible extractar sin quitarles su magno interés. Ante la apatía de la prensa, dice el comentarista Vicuña Fuentes: «¿Cómo va á ocuparse esa altísima señora, de libros que tienen transcendencia social, cuando le roban sus columnas asuntos tan interesantes como las carreras de caballos y las sapientísimas palabras que caen de vez en cuando de boca de los políticoides del día? Este silencio no arguye nada contra el libro: al contrario, lo dignifica y exalta, pues indica claramente que ese libro está por encima de sus ignorancias, por encima de sus cobardías, por encima de sus envilecimien-

to moral, por encima de su mentecatez. El propio doctor Valdés Cange caracteriza á esta prensa cobarde y rastrera, en páginas que no son ciertamente inferiores á las que Ega de Queirós pone en la pluma lapidaria de Fradrique. (*Sinceridad*, págs. 213 á 219). Y no están allí todas las muestras del envilecimiento de la prensa, pues éstos son innumerables y se repiten á diario. No hace muchos días, un periódico de la capital dió con grandes letras la noticia de haberse recibido de abogado un joven de grandes vinculaciones sociales, pariente de casi todos los presidentes de Chile (aquí en Chile el que es pariente de un presidente, lo es, sin gran esfuerzo, de todos los demás). El diario, con una complacencia verdaderamente servil, dió dos veces, muy regocijado, la fausta nueva, y se hacía lenguas de los portentos del joven abogado (cuya memoria había sido una obra maestra) y agregaba, sin asomo de ironía, que el foro chileno hacía una valiosa, inapreciable adquisición. ¡Y, sin embargo, todos los que conocemos un poco la Universidad, sabemos que el joven aquel—que solo una complacencia inaudita pudo ungir abogado—es un pobre ser, por cuyo cerebro jamás, jamás ha atravesado una idea, ni por equivocación. Y ello no es todo. Otro diario que alardea de honrado y justiciero, publicó, no ha muchos

días, muy orlado de ditirambos laudatorios, el retrato de un joven político (sic) que ha llegado á los más altos puestos públicos después de haber dejado en las aulas fama de necio: jamás pudo pasar del segundo año de humanidades de un colegio de la capital, no por falta de recomendaciones ni por falta de contracción, sino por incapaz. ¡Y así hay un diario que con alborozo publica su retrato y lo endiosa y lo hace creerse, probablemente, el hombre representativo de la patria! No es de extrañarse, pues, si esta misma prensa sin ideales y sin honradez, se ha encogido de hombros, con un mohín de desprecio, ante el libro *Sinceridad*.

El doctor Valdés Cange estudia en el final de su libro la decadencia de los partidos y dedica sus últimas cien páginas á la difícil cuestión de las reformas urgentes que reclaman los males sociales enunciados. Vicuña Fuentes, gran admirador de Valdés-Figaro de la franqueza—concluye así su comentario: «El sembrador honrado de ideales y de verdad, merece bien de los hombres: el doctor Valdés Cange merece el cariño y el agradecimiento de todos los chilenos.»

REVISTA AMERICANA.—Río de Janeiro.

**Revelación Superior de los pueblos por el arte, por Francisco Félix Bayón.**

Breve capítulo de sociología

histórica americana, que el autor divide en cuatro pequeñas partes. Dice en la primera, comenzando su trabajo, que los pueblos se muestran superiores ó inferiores por el arte, del cual hasta en sus simples actos de la vida común tiene manifestaciones tangibles.

«Cuando en las calles de una ciudad vemos que sus veredas, sus casas son malas, designales, colorantes en grado llamativo; cuando no se preocupan sus autoridades de la limpieza, de que los peatones no tengan que descender de las aceras para dejar curso á un chagador ó á un verdulero, en cualquiera de estos casos falta arte, falta entonces superioridad intelectual. Porque los ciudadanos que no cuidan de la artística presentación de sus ciudades, revelan que la materialidad de la vida es la que absorbe sus días... La civilización, que no es más que un conjunto de medios, tiene en el arte su más alto exponente. Arte y Ciencia quieren decir perfeccionamiento del espíritu, pues, cuando éste se perfecciona, se mejoran la vida social y material; por eso los hombres artistas son delicados en sus modales y tienen una preciosa valentía para penetrar las cosas y los corazones humanos!»

Así como reza el aforismo de que «el genio nace, no se hace», el sentimiento artístico viene desde el seno materno: es el don del espíritu artista,

vale decir, el talento, que luego evoluciona, perfeccionándose hasta constituir los rasgos típicos de las personas. «El arte es hijo de la paz, como hijos de la paz han sido los más grandes genios literarios conocidos; es en las horas del silencio y la tranquilidad social que se conciben las más bellas obras artísticas y científicas, porque la paz como el amor son en la vida de los pueblos y de los hombres, los puntales de la felicidad. El que no sabe amar tampoco sabe olvidar y el que no perdona no es feliz. El culto del arte demuestra, en quienes lo ejercitan, un espíritu delicado y lleno de nobleza, que es incompatible con la menciandización de los pensadores vulgares, esos que pregonan que la economía es la base de la felicidad. Cuando Roma y Atenas brillaron por su inconfundible civilización, sus ciudades habían terminado la era de conquistas militares; las fronteras nacionales, extensas y seguras, se habían consolidado, y el alma nacional era el motor de los progresos materiales y morales. Se amaba mucho el terruño y á impulsos de ese amor sin manchas el arte nacional llegó á la cima de su grandeza. La patria revelaba su superioridad por el arte, y el arte conquistaba pueblos y conciencias como la espada de Alejandro y la palabra de Jesús.»

En las sociedades latino-

americanas, durante mucho tiempo, el sentimiento artístico vivió ahogado por el espíritu levantisco, guerrero, «el menos levantado de todos los espíritus.» Pocos estudiosos y plétora de barullentos, amigos de catástrofes y de hecatombes. Influenciados por esos afanes de eterna bellicosidad, el gaucho se hizo montero y el ciudadano revolucionario.

Hoy, la evolución hacia el bien, hacia el triunfo del buen gusto, va evidenciándose. En todos los detalles de la vida puede verse, sin dificultad, las manifestaciones de un progreso irrefutables. Todo se viste con ropajes en cuya confección entra un arte más ó menos refinado, más ó menos *arte*. Poco á poco se va vislumbrando el claror de las victorias supremas.

REVISTA HISTÓRICA.—Montevideo.—Diciembre de 1910.

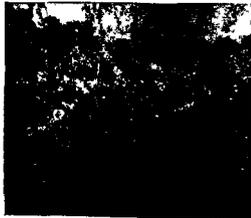
El importantísimo sumario que sirve de frontis al número 8 de la siempre interesante publicación del Archivo Histórico Nacional, es de una bondad irrecusable. Figuran artículos del Dr. Alberto Palomeque, Francisco J. Ros, Dr. Luis Melian Lafinur, J. Muñoz Miranda, Silvestre Mato. Sobresalen las páginas dedicadas al «Diario desde Montevideo al pueblo de Paysandú,» por el doctor Dámaso A. Larrañaga, con motivo de una comisión cerca del general Artigas.

ALFREDO VAREL

## LIBROS, ARTE Y TEATRO

### NOMBRES QUE SE VAN.

En la exposición de arte internacional celebrada en Buenos Aires con motivo del Centenario de Mayo, figuró un pequeño lienzo firmado por Máximo Sturla. Este nombre, casi inédito, nos recuerda sin embargo



M. Sturla. Almendros en flor

á un artista muerto en la adolescencia cuando disciplinaba en las academias europeas su noble temperamento de pintor.

Máximo Sturla, fallecido hace dos años, dejó algunas telas en las que reveló su temperamento honrado y una enérgica inclinación al estudio de la naturaleza. Vió bien el color, y ciertas veleida-

des bizarras sugeridas por la lectura de las revistas independientes y las tendencias en boga, no le impidieron pintar con sinceridad y conciencia. A no sorprenderlo la muerte hubiera sido un excelente paisajista, cuya garra dejó advertir en la pequeña tela «Almendros en flor», un cuadro muy vigoroso, lleno de espontaneidad y sentimiento.

### UN PROCESO CONTRA EL FUTURISMO.

El futurismo está en la mala. Apesar del brío con que prosigue su cruzada y del estrépito con que proclama su doctrina días ingratos han llegado para él.

El pontífice máximo de la escuela, el poeta Marinetti, ha sido condenado á prisión por una causa bien vulgar destinada á arrojar sombra sobre los cuarteles del flamante blasón futurista.

El poeta de la destrucción, de la velocidad y otras hierbas, ha sido acusado de pornógrafo por haber vertido al italiano su obra «Mafarka le Futuriste» escrita en francés, y la corte de Apelaciones de Milán ha obsequiado al bravo futurista con dos meses de cárcel en retribución á las bellezas que encierra el famoso Mafarka.

Claro que todos los futuristas se han conmovido ante la desgracia acaecida al maestro que deslustra tanta jornada heroica. Y no han podido menos de reunirse para protestar contra el atentado artístico.

Poetas, pintores y músicos futuristas, que de todo hay en esta exhuberante escuela han dirigido una comunicacion muy pintoresca á la humanidad literaria que no podemos menos de reproducir.

Es evidente que el planeta va á conmoverse también ante el atentado contra el futurismo y que el sínodo de Milán va á recibir millones de cartas de adhesión al vate de la velocidad, la aeroplanía, el automovilismo, la destrucción, el mafarkismo y otras curiosidades esotéricas.

He aquí el documento futurista:

Milán, 29 Enero de 1911.

Querido colega:

La corte de apelaciones de Milán, al condenar al poeta Marinetti á dos meses de presidio por la traducción italiana de su novela francesa *Mafarka le futurista*, ha querido herir mortalmente al futurismo.

El Ministerio de Obras Públicas, en efecto, ha atacado violentamente nuestro programa de heroísmo intelectual y de nacionalismo belicoso que se encarna contra la cobardía política, contra el reinado de las Academias, contra el culto del pasado y contra el mercantilismo artístico.

La sentencia fué acogida con un huracán de silbidos y de gritos, escándalo espantoso, cosa inaudita en la sala. Entonces el rencor panseísta de los magistrados se desbordó de repente, y dieron orden á los carabineros de cerrar las puertas é impedir la salida. Media hora después se dejaba salida franca á todo el mundo, por no detener cientos de personas.

¿Qué piensa usted de esta sentencia contra el poeta Marinetti, á quien los más famosos escritores de Francia han glorificado con sus elogios y á quien la justicia italiana acaba de condenar como á un vulgar pornógrafo?

Tenga usted la bondad de contestarnos en los diarios y en las revistas que estén á su disposición ó sinó en las páginas adjuntas.

#### LOS POETAS FUTURISTAS:

*G. P. Lucini, Paolo Buzzi, Federico de Maria, Enrico Caracchioli, Aldo Palazzeschi, Corrado Govoni, Libero Altomare, Luciano Folgore, G. Carrieri, M. Betuda, G. Matizellas Frontini, E. Cardile, Armando Mazza, etc. etc.*

#### LOS PINTÓRES FUTURISTAS:

*Umberto Boccioni, C. D. Carrá, Luigi Bussolo, Giacomo Balla, Gino Severino.*

#### LOS MÚSICOS FUTURISTAS:

*Balilla Pratela.*

#### ENRIQUE BORRÁS.

El actor catalán Enrique Borrás que actualmente trabaja en el teatro Urquiza de Montevideo, es una de las individualidades artísticas del teatro contemporáneo.

Su arte está hecho de sinceridad y fuerza ingénuas; no hay en él un movimiento falso ó preparado de antemano; se deja atormentar por la pasión ó el sentimiento de que debe ser intérprete y luego da rienda suelta al impulso natural que brota espontáneo. Por eso se conduce en las tablas como en la vida; cuando llora es un niño; cuando ruge un león; cuando sufre un hombre.

Hay en Borrás un talento complejo, lleno de rudas tonalidades y de imperceptibles *nuances*. El genio trágico le ha infundido alientos de gigante; en la tragedia y el drama violento triunfa sin esfuerzo y sin lucha; el público se entrega desde el primer momento arrestrado por la fuerza de la emoción que no reconoce límites. El grito, el gesto, la actitud, esas tres cuerdas tensas siempre en la acción dramática vibran con cruel intensidad en manos del actor.

Borrás ha hecho un detenido estudio del rostro humano y de las manifestaciones fisiológicas externas que acompañan á las grandes emociones y ha sometido su organismo á la ruda disciplina impuesta por un concepto naturalista del arte que á veces en su crudeza llega más allá del teatro de Antoine; nadie como él conoce el silencio que precede á las tempestades del alma; las palideces, los gestos breves, las rápidas congestiones, las manos que tiemblan, los ojos que se incendian, el cabello que se yergue, el cuerpo que se inclina, los nervios que se distienden, el reventar en fin de la pasión en el grito, el llanto, la mano que extrangula ó que hiere, la palabra que maldice ó la actitud que implora.

La acción de Borrás es en esos momentos un torni-

quete que lenta pero seguramente va apretando al corazón hasta quitar el aliento y provocar la queja. El murmullo de las grandes emociones brota entonces de la sala que vibra como un arpa herida por el viento.

Pero al lado de esos bruscos sobresaltos, factores de éxitos fáciles, existe la labor que no siempre alcanza al público, el comentario psicológico hecho de mil imperceptibles detalles que si no desgarran como aquellos, se hincan en cambio como agujas envenenadas, ó hieren como el estileto, cuya herida pequeña que no mana sangre es sin embargo mortal.

Ni aún Novelli subraya con más saña ciertos detalles demasiado humanos y demasiado reales, á veces un leve movimiento, una mano crispada, un baluceo, una mirada ó una simple sonrisa pueden más que el brutal rugido del hombre á quien se hiere en mitad del pecho. La sensibilidad vibra hasta estallar ante uno de esos gestos que encierran en su sobriedad dolorosa, un grito de pasión ó un aullido de dolor.

Todo eso, Borrás lo realiza sencillamente, casi con candor, con una sobriedad de movimientos y de gestos realmente extraordinarios.

Su voz llena, pastosa, de timbre sonoro, dócil, á la voluntad, es capaz de sufrir cien transformaciones. El actor domina su instrumento vocal y hace de él su elemento de éxito; facilmente la somete á distintos avatares: ya es la voz temblorosa de la vejez, ya es la sonora y viril de la juventud; ora el acento ronco y terrible de la cólera, ó el modular tierno y dulce de la pasión.

Su físico igualmente soporta los más opuestos cambios, sin traicionar el carácter del personaje que representa: durante cinco actos sostiene sin un instante de olvido la abrumadora carga del disfraz moral y material más contrario á su temperamento, complaciéndose y abrumando con la persistencia del detalle realista.

Por lo demás, todo es sobriedad en su acción. Huye de la exageración y en la tragedia llega al rojo blanco mucha veces, sin más recursos que la voz, la mirada y el gesto. Pero cuando también la actitud, el movimiento extertoroso, el sacudimiento total de la carne, deben acompañar á la labor puramente sugestiva, su acción es tan rica en detalles, en gradaciones, en tonalidades ya rudas ó delicadas, que el espíritu desconcertado se declara impotente para seguir en todos sus movimientos á aquella alma honda y móvil como el mar.—R. M. B.

#### † ANTONIO FOGAZZARO

Á los 69 años baja al sepulcro Antonio Fogazzaro, uno de los talentos más robustos y mejor nutridos de la Italia contemporánea.

El insigne novelista vicentino, de quien pudo decirse siempre que fué un apóstol de los humanos cariños más puros y dignificantes, revelaba la sublime grandeza de su alma en todos y cada uno de los escritos que ostentan, como invalorable marca, su firma de la más alta notoriedad. Precoz en su infancia, como casi todo los genios que fueron y son columnas sostenedoras de los grandes Templos del arte y de la ciencia, Fogazzaro llegó á la última etapa de su altruista vida cerrando el libro de una historia de grandes y múltiples beneficios: á la humanidad que estudia, con sus obras maestras de la literatura; á la humanidad que sufre, con el ejercicio contínuo y desinteresado de sus nobles sentimientos de filántropo. Y su filantropía era la más hermosa, la más encantadora, la más dulce y tierna de todas: la que busca, como objeto de su amor, al niño. Los asilos por él fundados en su ciudad natal son otras tantas casas de la Suerte para los que no la tenían en su entrada al mundo de los problemas insolubles y de las serias incógnitas. Desde

que la muerte arrebató á su hijo Mariano, de veinte años, Fogazzaro se dedicó, con mayor empeño aún, á sus queridos asilos, viendo en los pequeños desheredados otras tantas deudas que pagar, deudas de cariño y de consecuencia.

La labor literaria de Antonio Fogazzaro es una de las más notables y mejor saneadas de Italia. Es el pedestal más sólido, inmovible, del monumento que la posteridad justa levantará á su veneranda memoria.

—A. Varzi.

#### A. M. D. G. Ó LA VIDA EN LOS COLEGIOS DE JESUITAS

Este es el título de una novela que la biblioteca *Renacimiento* acaba de publicar en Madrid, original de un joven escritor llamado Ramón Pérez de Ayala. El libro ha conseguido levantar muy grande polvareda. La prensa llamada liberal, lo ha encomiado de todas veras, en tanto que la conservadora ha tratado de desacreditarle. Este es un precioso detalle que debe prevenir á los lectores contra la imparcialidad de la obra. Otro detalle, no menos precioso, es que el autor declara, ó deja por lo menos entrever, que él ha sido discípulo durante algunos años en un colegio dirigido por padres jesuitas. Aunque resulte esto raro, un discípulo no suele ser materia imparcial cuando nos habla de sus educadores, y menos aún, cuando habla en su contra, de un modo acerbo y rajante. Habría que empezar por estudiar los caracteres esenciales de la educación recibida por el discípulo con anterioridad á su ingreso en el colegio, con anterioridad á su sometimiento á un sistema pedagógico probablemente en pugna con su individualidad formada en otra esfera y con otros sedimentos. Hay más aún: el autor de la novela nos dice en varios pasajes de ella, que los jesuitas veían con malos ojos la llegada de las vacaciones, porque al entrar los niños á un nuevo curso notaban que volvían cambiados. Esto

podría no ser verdad, pero en el caso de que lo fuese, á la autoridad de diez niños que se nos declarasen disgustados en el colegio habría que oponer la de uno solo que se nos mostrase contento. No es mucho, por otra parte, lo que en contra de la seriedad del colegio nos demuestra el hecho de que los profesores se sintiesen disgustados ante las inmoralidades que los niños aprendían durante las vacaciones. ¿Es que las madres de los niños no tenían nada que agradecer á los jesuitas por un disgusto que honradamente debemos traducir en celo, dedicación y rectitud? ¿Perdería mucho la pedagogía contemporánea si en todos los establecimientos de enseñanza padeciesen los profesores de este linaje disgustos?

¶ Pero no acaba aquí el capítulo de los detalles preventivos que deben acompañarnos durante la lectura de este libro. El joven novelista se lo dedica á Galdós y en la dedicatoria declara haberlo escrito á la ligera, sin la debida sazón y madurez. En efecto, la novela es de una técnica lamentable. Sin dejar de contener algunas descripciones galanas y castizas, en general está compuesta de un modo confuso, plumizo, obscuro, desordenado. Es pesada y desigual. Hay capítulos insuficientes y otros innecesarios. A ratos es sobria y casta, y á ratos de una pornografía indecorosísima, vulgar, molesta, repulsiva. Carece de concepción, de idealidad y hasta de rumbo. Novela de circunstancia, actualísima, escrita probablemente en dos semanas con el deliberado propósito especulativo de caldear más y más la atmósfera con ocasión de estarse ventilando ahora en España la difícil cuestión de la ley de asociaciones religiosas, representa muy bien su cometido ante la multitud inconsulta, á pesar de su inecuanidad y de su pobre técnica. Esto es lo de menos. Basta con que los personajes se ofrezcan entallados al gusto de la galería. Pero la gente ecuanime, propiamente avanzada y liberal, no podrá leer

este libro sin sentir dolor. «La obra—ha escrito recientemente en «Nuevo Mundo» el periodista Sánchez Roja—es una sátira de la pedagogía de los colegios de jesuitas». Y luego ha agregado: «Yo no sé por qué ha de ser tan exclusivista el autor; su libro debiera ser una sátira de todas las pedagogías de todos los colegios. Quien esto escribe fué también colegial en su adolescencia; no fueron jesuitas sus maestros; pero sus recuerdos se parecen á los del señor Pérez de Ayala, como una gota de agua á otra gota de agua. Acaso, lo que le parece peculiar al sabroso literato asturiano de los hijos de San Ignacio es común á los pedagogos todos».

Pero el señor Sánchez Rojas se hace cruces, porque no ha querido ahondar bastante, hasta dar con el verdadero móvil de la novela. Esta no es solamente una sátira de la pedagogía jesuítica. Una sátira sutil y razonada podría ser una cosa noble y aceptable. ¿Quién se opone? Mas lo que puede haber de propiamente discutible en la educación social de estos colegios, queda en la novela sin ventilar, sin discutir, sin apuntar siquiera, para dar lugar á lo que constituye el nervio de la obra, que es la presentación de unos cuantos tipos de sacerdotes despreciables, hipócritas, viciosos y repulsivos. El padre Mur es un monstruo de odio y de sangre, que ordena al cocinero del colegio echar polvos nocivos en la comida, para que los niños padezcan agudos dolores; el padre Olano es un tipo libidinoso y sensual que incurre en prevaricaciones rigurosamente penadas con la excomunión; el padre Sequeros resulta un monigote huero y sentimental, que llora cuando los niños no quieren confesarse (!) y por culpa del cual se suicida un marido celoso; el rector es un inquisidor que no sabe ni hablar con la gente; el padre Atienza es un sabio chacotón, caprichoso y subversivo, que trata de tñ á sus compañeros, profiere heregías, da malos consejos al novicio Ocaña, se queja

de las comidas, escribe misivas levantiscas al Provincial, y concluye por irse de la orden sin decir esta boca es mía.... Y por este patrón está cortado el resto de los padres y legos que componen la novelesca comunidad. Esto resulta abiertamente absurdo é inadmisibile. Lo grotesco en la vida implica anormalidad, desorden, descoyuntamiento; la vida toda de la compañía y su fuerza categórica, indiscutible, están basadas en la disciplina, en el respeto mutuo, en la unidad colectiva, en la severa obediencia que todos sus individuos ponen en práctica, y no sin trabajos, á mayor gloria de Dios.

El autor de estas líneas ha leído la obra de Pérez de Ayala con entera frialdad, y declara haber obtenido en su lectura muy hondo aprovechamiento. No está de más que vayamos sabiendo á qué atenernos con respecto á las armas que algunos reformadores nuevos emplean en la difícil y larga empresa de resarcir á España de la pérdida de sus colonias—A. Soto.

## REVISTA DE AVIACIÓN

La semana de aviación en Montevideo.—Los vuelos de Cattaneo.—Un aeroplano monstruo.—Los precursos del aeroplano.—Los trabajos de Henson

Los anales históricos del país tendrán que registrar como acontecimiento magno las ascensiones efectuadas por el aviador italiano Cattaneo en el hipódromo de Maroñas en la semana iniciada el domingo 26 de Febrero.

El valiente aviador durante esos días se elevó en su monoplano Bleriot 2 y realizó las más difíciles experiencias.

Desde el vuelo tranquilo á pequeña altura, hasta la ascensión en espiral á varios cientos de metros y desde las rápidas y elegantes evoluciones hasta las largas excursiones en que recorrió más de 60 kilómetros, el bravo conquistador de la atmósfera demostró prácticamente por primera vez en este país la realidad del más pesado que el aire.

Además de este aspecto ge-

neral de nuestra primera semana de aviación, los vuelos de Cattaneo nos han ofrecido uno de los más hermosos y emocionantes espectáculos. Sin duda ninguna, el aviador Cattaneo es uno de los más notables profesionales. Su pericia, su serenidad y su audacia le han conquistado puesto de primera fila entre sus colegas de todo el mundo y su nombre se pronuncia junto con los de los más ilustres aeronautas.

La travesía del Río de la Plata realizada por Cattaneo hace algunas semanas, marca uno de los *records* universales. Nadie ha navegado durante mayor lapso de tiempo sobre el agua, ya que la distancia recorrida por el aviador italiano es casi doble de la que salvó Bleriot para atravesar el canal de la Mancha.

La navegación aérea busca ya el confort y se orienta hacia el sentido práctico. Los constructores de máquinas para volar sueñan ya con la gran nave aérea. Ahora se ha construido un monoplano monstruo que es objeto de admiración en Europa.

El monoplano Cooley, que es el mayor del mundo, pesa 1068 kilogramos y aparte de su estructura difiere del tipo corriente en que posee una cabina, tan cómoda y amplia como la de un yacht, donde van el piloto, el mecánico y los pasajeros.

La cabina muy semejante á la de un pequeño vapor tiene aberturas exteriores en forma de ojos de buey y puertas de acceso que cierran herméticamente. Los tripulantes van, pues, encerrados, como en la cámara de un buque.

Por lo demás el monoplano Cooley posee dos motores de dos cilindros y 90 caballos indicados, de poder, cada uno, con los que se le puede imprimir una velocidad de 200 kilómetros por hora. La superficie de sustentación cubre una aréa de 1.548 pies cuadrados, en un juego de cuatro alas independientes entre sí; cada una de éstas se encuentra colocada formando un ángulo de cinco grados con la contigua.

Esta máquina enorme mide 24.70 metros de largo por

12.80 de ancho. Los motores son puestos en movimiento por medio de resortes neumáticos accionados automáticamente, por lo que ha desaparecido la necesidad de «aterrar» para volver á poner en marcha el motor.

Jules Bordeaux escribe sobre aviación en La Revue Générale de Bruselas a propósito del «Salón de aeronáutica» de la exposición belga.

Con ese motivo recuerda los primeros ensayos de vuelos planeados; los trabajos de Cayley en los primeros años del siglo pasado; los de Henson en 1843; los de La Brois en 1856 realizados en Brest que tuvieron enorme importancia, y por fin los de Lihenthal verdadero precursor del aeroplano.

Enumera también los primeros trabajos de los hermanos Wright y los que simultáneamente realizó en Francia el capitán Ferber, á cuyos esfuerzos, combinados con los de Wilbur, se debe el actual aeroplano.

En 1871 Pinaud construyó en Francia el primer aeroplano accionado por un resorte de cautchou. Todas esas experiencias dieron origen al *châssis*, ó aparato para planear, el que pudo volar por sus cables cuando se inventó el motor á explosión de esencia cuyo combustible es el propio aire.

## REVISTA DE LA ACCIÓN SOCIAL

LA CAÍDA DE BRIAND — UN DIPUTADO SOCIALISTA  
EN LA CÁMARA

Briand ha caído de su alto puesto en el gabinete francés. Planteada la cuestión de confianza ante el Parlamento, la votación no satisfizo las aspiraciones del ministro, y ofreció su dimisión al Presidente de la República.

Con Briand, está algo más que la caída de un ministerio de las izquierdas. No es un conflicto de programa político lo que señala como única exteriorización la dimisión del gabinete: va en ello, la eficacia misma del parlamentarismo francés, puesta á debate por el acontecimiento, entre la opinión de los que defienden las ventajas del sistema, orientado hacia puntos fundamentales de alto gobierno, capaces de vincular los núcleos poco numerosos en acción armónica; y la de los otros, que no ven en la hora que pasa sino un signo más de la pequeña política transaccional, incapaz de hacer obra sana, dentro del choque de los partidos unificados sin éxitos para la salvación nacional.

La explicación de los primeros es interesante.

Las cámaras francesas divididas en gran cantidad de pequeñas agrupaciones autónomas, señalaron el fracaso del parlamentarismo en los ministerios anteriores á Waldeck Rousseau, que se sucedían con frecuencia alarmante, caían por motivos triviales, hacían obra de mi-

nutos, se reemplazaban sin renovar mayormente su composición interna, denunciando á todas luces la inadaptación al medio francés del gobierno de gabinete, sólo compatible con el juego regular de dos partidos orgánicos, que se sucedan armónicamente en la gestión de la cosa pública.

Sobre este concepto, como es sabido, descansa el admirable mecanismo de las instituciones inglesas, en las cuales el gobierno parlamentario tiene además todas las formas de un pacto de conciliación entre la tradición monárquica y los derechos del pueblo.

En Francia, el presidente, por un lado, reducido desventajosamente á las exterioridades de un monarca constitucional, y la cantidad de partidos representados en el Parlamento por otro, han hecho inadaptable el régimen inglés, formándose mayorías ficticias, fundadas por transacciones de interés momentáneo en los pequeños grupos, hasta el punto de oscilar la confianza del Parlamento á todos los vientos, y sucederse 34 ministerios, en un plazo que no alcanza á 25 años.

Pero aparece Waldeck Rousseau en escena, y la orientación cambia. Suprime la política pequeña, que no atrae las coaliciones sino por intereses raquíticos, plantea problemas fundamentales, que puedan aceptarse por un número elevado de sufragios, forma así una mayoría sólida por la alta exponencia de sus propósitos, y se lanza á la realización de un programa de reformas, que salva la institución vacilante del gabinete con una estabilidad, al parecer, inquebrantable y fructífera.

Al rededor del programa se ha constituido un *bloc* decisivo, y los ministerios Combes, Rouvier, Sarrien, Clemenceau han afirmado sobre esa mayoría el definitivo cumplimiento del propósito inicial. Concluido el programa, el *bloc* empieza á disolverse. Uno nuevo, con nueva plataforma política, igualmente orientada por principios fundamentales, sea sociales, sea financieros

etc, reemplazará mañana al que se disuelve hoy; y en esa forma fácil el Parlamentarismo francés asegurará sus mayorías y su estabilidad, quitándole al gobierno inglés el monopolio de las instituciones de gabinete.

La explicación tiene atractivos especiales.

Pero en el terreno de los hechos, el *bloc* de las izquierdas se liquida sin asegurar su programa. La Francia convulsionada por la agitación de las reformas, vencida por sus disoluciones internas, no ha consolidado la tranquilidad de los espíritus en la conquista de sus sonadas posiciones legales.

Realizada la obra del *bloc* actual, el reemplazante no aparece. La solución Waldeck-Rousseau es de ocasión: el mal de fondo persiste, y disuelta la actual situación de cosas, el viejo gabinete vacilante aparecerá, sin duda, á poco tiempo de distancia, y el parlamentarismo francés—todo lo hace prever así—regresará á su anarquía inicial.

\* \*

Nuestra vida parlamentaria, plácida y tranquila, ha sufrido una extraña agitación. Un diputado joven, recién ingresado, estrena sus funciones con una ruidosa interpelación, señala con sonada valentía los cargos concretos de su acusación, agita la barra con su oratoria cálida, y promueve un raro movimiento en la opinión pública, inusitado en las prácticas del país.

¿Qué novedad alarma la Cámara popular?

El partido socialista ha estrenado su representación. Por primera vez, una tendencia notoriamente principista ha sido llevada como tal al Parlamento, y si á eso se agregan los prestigios señalados del diputado interpelante, con la naturaleza especial de los cargos imputados, fácil es aceptar la alta conmoción que el hecho ha producido.

Fuera del caso en sí, la opinión ha querido descu-

brir el alcance de tal solución electoral frente al pleito de los viejos partidos, como liquidación final de la herencia política, que el caudillismo, el militarismo y las pasiones ofuscadas han acumulado en 80 años de vida independiente.

En ese sentido, nuestra jurisprudencia política, podríamos decir, tiene lecciones que pueden fundar una impresión.

A poco de andar nuestras instituciones después del año 30, el choque violento de los partidos despertó la idea de sus graves desventajas, estimulando soluciones en las figuras más altas de la época.

La idea de reformar los partidos antes que destruirlos, mereció las preferencias de algunos políticos, y especialmente de Juan Carlos Gómez, quien apesar de las tentativas desviadas de su Partido Moderador, proclamó la mejora de los partidos existentes como único medio práctico de orientar nuestra vida democrática:

La eficacia de semejante ruta está pendiente de sentencia final, pero todo hace prever que la reforma de los partidos tradicionales, reclama la eliminación de un acerbo serio de personalismo, pasiones extravíasadas, sentimientos de largo arraigo, todo ello de mejora á largos plazos.

Posteriormente, una nueva tentativa preocupó el ambiente.

Carlos Ramírez, y con él un núcleo distinguido de elementos jóvenes pensó en la desaparición de los pleitos viejos por medio del Partido Constitucional, cuyo programa principista, señalaba el más generoso anhelo de institucionalismo regular é imperio impropio de la ley.

La iniciativa ha quedado como un bello gesto romántico, lleno de abnegada ilusión principista, absolutamente noble por su intención y por sus proyecciones, pero demasiado abstracta para atraer la pasión popu-

lar, sobre todo cuando había que derrotar los ídolos pasados, moldeados en largas horas de discordia y de ofuscación política.

Por otra parte, el reinado de la Constitución, en términos generales, es plataforma de todos los partidos, y para la apreciación unilateral del pueblo, nada agregaba la nueva agrupación á los ya empeñados en el conflicto.

La tentativa actual, quita su calidad tradicional á las luchas políticas, teniendo al propio tiempo el carácter concreto de los ideales populares, capaces de estimular los sentimientos públicos.

En este sentido los partidos católico, socialista, liberal, etc, representan corrientes deseables en la lucha electoral. Y no puede creerse, como sostienen algunos, que la nueva filiación es redundante, desde que los partidos tradicionales ya orientan sus programas hacia los nuevos principios.

El partido oficial liberal y socialista, representa como partido colorado, una suma de tradición histórica, que puede resultar inaceptable para los liberales y socialistas, que no sientan para serlo, la necesidad partidista de recordar á F. Rivera ó Venancio Flores, primeros caudillos de la agrupación nombrada. Tal mezcla de tradicionalismo y principismo, solo representa una conciliación rara; impuesta por las exigencias del poder, que no excluye las corrientes libres de pasiones pasadas ni monopoliza la espontánea propagación de los ideales superiores.

La faz equívoca del punto, es que á fuer de fomentar la vida principista estimulamos partidos, que no responden á necesidades nacionales, y entonces provocamos el nacimiento de problemas que no existen, como sucede con la tendencia socialista, que planteará conflictos económicos, de los que, hoy por hoy, está libre la vida nacional.

DARDO P. REGULES.

## REVISTA ECONÓMICA

EL AUMENTO DE LAS TARIFAS DE ADUANAS YANKEES — LAS ENFERMEDADES PROFESIONALES — EL PROYECTO RAZOUS.

El aumento de las tarifas de Aduana en los Estados Unidos de Norte América ha producido verdaderos sobresaltos en la economía general de aquella poderosa nación.

Las nuevas tarifas han encarecido la vida, pues algunos de los artículos de primera necesidad han sido aumentados desde un 13 á un 50 %.

Las dificultades de la vida han provocado la agitación del personal empleado en los transportes y de las clases proletarias en general, al extremo de exigir aumento de salario á fin de restablecer el equilibrio del presupuesto doméstico roto por el alza de las tarifas.

Una huelga habría sido desastrosa para las compañías de vías férreas y no menos para los pasajeros y comerciantes, de modo que las empresas acordaron á su personal el aumento de salario pedido.

En la necesidad de ampliar ó perfeccionar su material las compañías han recurrido al crédito á fin de no perjudicarse moralmente reduciendo los dividendos. Obligadas además á compensar los desembolsos que implica el aumento de los salarios, no han vacilado en aumentar la tarifa de los fletes de mercaderías, ya que los

boletos de los pasajeros poco representan en los balances anuales.

El Presidente de la Unión Mr. Taft, se opuso decididamente al aumento de los fletes y vetó la nueva tarifa ferrocarrilera. Las compañías se vieron obligadas, pues, á renunciar á mejorar y renovar sus materiales y al mismo tiempo á aminorar sus reservas y utilidades.

Pero lo que es más grave aún, es que la difícil situación financiera les impuso la rescisión de sus pedidos á las industrias metalúrgicas y demás industrias auxiliares que proveen de material á las compañías ferrocarrileras.

Y como todo está vinculado en la vida económica de los pueblos, las fábricas metalúrgicas limitadas en sus ventas se han visto obligadas á despedir una parte del personal y á reducir los salarios.

Mr. Alfassa que comenta los hechos en «Le correspondant» termina afirmando que con el aumento de las tarifas de Aduana en Estados Unidos, sufrirá todo el mundo, sin exceptuar aquéllos á quienes parece favorecer el aumento dictado por el principio proteccionista.

Mr. Maurice Bellon ha escrito en «L'économiste français», un artículo muy interesante acerca de las enfermedades profesionales y de las tentativas de legislación al respecto.

Las dificultades opuestas á la definición de las enfermedades profesionales parecen haber sido resueltas por Mr. Paul Razous, funcionario del Ministerio de Trabajo de Francia. Mr. Razous, define «la enfermedad profesional, como la de una profesión ó grupo de profesiones determinadas, ó sea aquella, una de cuyas causas reside en el ejercicio más ó menos prolongado de las profesiones consideradas insalubres y á la cual

no están expuestas las personas extrañas á dichas profesiones.

Mr. Razous propone un sistema bastante ingenioso para determinar los casos en que corresponde indemnización, sistema que se dirige á amparar igualmente al obrero y al patrón. En cuanto á las indemnizaciones deben ser servidas por una caja administrada por el Estado, cuyo capital deberá ser integrado por los dueños de fábricas y talleres de industrias insalubres proporcionalmente á la importancia del establecimiento y al número de obreros empleados.

Mr. Bellon, duda sin embargo de la bondad del sistema Razous y propone en sustitución otro en que el autor ha tratado de armonizar todos los criterios y exigencias, sean de origen burgués ú obrero. X.

## BIBLIOGRAFÍA

CRONACHE MILITARI, impressioni sulle grandi manovre italiane del 1909, por *Enrique Patiño*.— Roma, 1910.

El mayor del ejército nacional, señor don Enrique Patiño, agregado militar de la Legación uruguayaya en Italia, ha recojido en este volumen las interesantes correspondencias remitidas á « El Día » de Montevideo, y verdadas al italiano por el señor Enrique José Rovira.

Las preciosas correspondencias del ilustrado militar han sido prologadas por el capitán del ejército italiano, señor Emilio Salari, quien afirma que mas que impresiones son estas páginas una vallosa contribución al estudio profesional.

El mayor Patiño, es efectivamente uno de nuestros más ilustrados militares. Su formación académica ha sido completada por el estudio superior y la observación. Espíritu curioso y analítico, su estadía en Europa ha nutrido su hermoso talento y lo ha preparado para altos destinos.

Aparte de este profesional cuyos conocimientos, pericia y sentido militar se advierten en estas páginas en que se describe y se estudia el complejo desarrollo de las maniobras italianas, Europa nos devuelve con él un hombre de letras y un escritor de estilo fácil, expresivo y pintoresco.

Las crónicas de este escritor tienen la encantadora sencillez que solo se adquiere cuando ha sido dominado el lenguaje. Narra con familiaridad, describe con vigor, comenta con cierta amena profundidad, que al mismo tiempo que hace pensar y educa, interesa y deleita.

El mayor Patiño es dueño de una de las plumas mas expresivas de la nueva generación literaria.— *R. M. B.*

L'URUGUAY AU COMMENCEMENT DU XX.<sup>e</sup> SIÈCLE, por *Virgilio Sampognaro*.— Bruxelles, 1910.

Otro libro que nos llega de Europa escrito en idioma extran-

jero por un autor nacional. Es labor de diplomático, también, pues el señor Virgilio Sampognaro, es Encargado de Negocios del Uruguay en Holanda. Escribió el libro con motivo de la Exposición universal de Bruselas y lo ofreció al comité de participación oficial del Uruguay, en el referido torneo, para que fuera publicado bajo sus auspicios.

La obra del señor Sampognaro, tiene, como lo dice el preface, á hacer conocer en Europa un pueblo nuevo. Los libros sobre el Uruguay, aún cuando numerosos, estan escritos en español y por lo tanto su difusión es limitada.

El autor ha escogido el idioma francés para trazar con estilo sobrio y elegante esta vasta monografía del país, que abarca desde sus orígenes históricos, hasta las últimas manifestaciones del progreso actual. La formación de la sociabilidad nacional, las comunicaciones marítimas, fluviales y terrestres, la agricultura, el comercio, la industria, las finanzas, el estado social, la beneficencia, la instrucción pública, constituyen la materia de este voluminoso libro ilustrado además con nítidos grabados, cuyas leyendas explican con verdadera oportunidad la imagen reproducida.

El hecho de ser esta obra un estudio principalmente económico del país, no impide que el autor revele su sólida preparación histórica, su exacto conocimiento del medio ambiente y su dominio de los problemas sociales que afectan al Uruguay. El estudio analítico de los hechos amenudo sugiere al autor observaciones de alto alcance sociológico y otras veces se traduce en juicios sentenciosos llenos de acierto y que acusan verdadera energía y originalidad de pensamiento.

Por lo demás, es este un libro de exposición y propaganda que llena su misión brillantemente, pues el autor ha sujetado su copioso repertorio á un plan verdaderamente inteligente y ha dado á su libro hermosa forma literaria que revela en este joven diplomático un hombre de letras á quien no es extraño el aticismo de estilo y la agilidad del lenguaje.— *R. M. B.*

CUESTIONES SOCIOLOGICAS. Lucha contra la criminalidad infantil, por *Washington Beltrán*.— Montevideo, 1910.

Este volumen de más de 200 páginas publicado por nuestro distinguido colaborador, señor Washington Beltrán, encierra el estudio de uno de los más graves problemas que preocupan á la sociedad contemporánea.

La importancia de este estudio y la brillantez con que ha sido tratado por el autor, están abonadas por el hermoso prólogo

escrito para el libro por nuestro colaborador, doctor don José Irureta Goyena.

En esa notable página de crítica social, el prologuista concreta los términos del problema y afirma la aplicación que el estudio del señor Beltrán tiene para nuestro país.

Este libro tiene además del interés del tema, el prestigio de la forma y de la preparación científica del joven autor. Expone el brillante escritor en el primer capítulo la magnitud del problema de la criminalidad infantil cuyas dos fases, la «previsión» y la «represión» dan materia para el hermoso estudio que realiza en los capítulos subsiguientes.

Las causas que motivan la delincuencia infantil, son aquí objeto de un análisis detenido cuyos resultados expone el autor en forma de esquemas sociológicos que se refieren al «ambiente de familia», al «medio social» y á la «biología».

Propone enseguida los medios de que debe valerse la terapéutica social para curar estos males y formula un juicio crítico acerca del proyecto de ley sobre protección á los menores desamparados sometido al Parlamento.

La parte consagrada al estudio de la faz preventiva, termina con una excursión á través del medio escolar, en la que expone la necesidad de dirigir el desarrollo mental y moral del niño hacia el odio á la delincuencia y el mal. Agrega algunas páginas acerca de las profesiones infantiles y de los medios que tienden á inmunizar al pequeño obrero contra la delincuencia.

La segunda parte que es la más práctica estudia la «represión». Hace la crítica de nuestra legislación vigente y prestigia la creación de tribunales especiales para la delincuencia infantil, cuya organización estudia. El autor pone aquí á contribución la psicología penal y se dirige con verdadera serenidad á través de las intrincadas cuestiones que se eslabonan en este grave aspecto del problema.

Estudia luego el régimen de los reformatorios en Suiza, Estados Unidos, Francia, Inglaterra y otros países, para proponer enseguida el sistema francés como el que mas conviene al Uruguay. «Bien vale la pena tener algunos Reformatorios más á cambio de algunas cárceles menos». Estas palabras del prologuista prestigian el propósito del libro del señor Beltrán, cuyas últimas páginas escritas con verdadera unción, son un noble llamado al Parlamento y al pueblo para que conjunta ó independientemente se preocupen en forma positiva del terrible problema de la delincuencia infantil y pongan el remedio indicado por la ciencia y la experiencia, dos palabras que si no son sinónimos bien pudieran serlo. — *R. M. B.*

MACACHINES, por *Javier de Viana*. — Montevideo, 1910.

Casi cincuenta cuentos breves ha reunido Javier de Viana en este pequeño volumen con que enriquece su bibliografía.

Casi todos ellos son bosquejos literarios escritos para los periódicos en que colabora el vigoroso escritor, pero apesar del apresuramiento periodístico de que puedan resentirse estos cuentos, en todos ellos aparece la garra poderosa del novelista. El fuerte temperamento de Viana, su poder de evocación, su energía plástica, la animación de su estilo y la ruda belleza de la forma, intervienen en esta colección de cuentos regionales, verdaderos esquemas naturalistas del ambiente campesino.

En todas estas páginas predomina la nota enérgica, el contraste rudo, el rasgo varonil, sin que falte á ninguna de ellas, cierto toque de viril melancolía, de origen pesimista.

Viana es uno de los más notables novelistas de América y acaso es el que ha dado mayor relieve y formas concretas á la novela nacional del Río de la Plata. Dueño de una admirable técnica literaria, su estilo personal y robusto vala páginas magistrales y definitivas. Espíritu analítico y maestro de observación, nadie posee un conocimiento más perfecto y extenso del medio campesino donde invariablemente ha buscado los elementos de su literatura.

Cualquiera sea su producción de futuro, la historia literaria del Uruguay recojerá su nombre, como el de un maestro del género puesto en boga por Acevedo Díaz.

Su nuevo libro «Macachines», además de enriquecer la bibliografía literaria, es una nueva contribución al estudio de las costumbres rurales, comentadas en breves bocetos psicológicos, los que apesar de su forma sumaria reproducen con verdadera fuerza de elocuencia las ideas y sentimientos que predominan en el medio ambiente campesino. — *R. M. B.*

### LIBROS RECIBIDOS

*Las instrucciones del año XIII*, por Héctor Miranda; *Los maestros*, por Eduardo Acevedo Díaz, hijo; *Los crepúsculos*, por Juan María Oliver, hijo; *Sombras*, par Angeles Vicente.

INDICE DEL TOMO I

N.º 1 - OCTUBRE - 1910

ANTONIO BACHINI. — Arte de Gobierno. — Ministros.....	Págs.	5
JULIO HERRERA Y OBES. — América para los americanos. — La doctrina de Monroe.....		9
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN. — Apuntes para una semblanza.....		26
JOAQUÍN DE SALTERAIN. — El ritmo eterno.....		37
PEDRO BUSTAMANTE. — Meditaciones.....		42
JOSÉ IRURETA GOYENA. — Discurso pronunciado en el banquete de los Delegados al Congreso In- ternacional de Buenos Aires.....		52
CARLOS VAZ FERREIRA. — La ilusión de experiencia.....		57
ABEL J. PÉREZ. — Recuerdos de otros tiempos. — Juan Carlos Blanco.....		63
LUÍS ALBERTO DE HERRERA. — La alianza de estancieros		75
JOSÉ PEDRO SEGUNDO. — El corazón abierto.....		84
LITERATURA EXTRANJERA		
SARATH KUMAR SHOSH. — Entre los devoradores de hombres.....		87
EMILE FAGUET. — La poesía religiosa. — Louis Le Car- donnael.....		106
SECCIONES PERMANENTES		
OCTAVIO MORATÓ. — Finanzas Sudamericanas.....		111
X... — Política Internacional.....		117
JULIO LERENA JUANICÓ. R. M. B.....	Libros, arte y teatro.—Judith Gautier, su salón y su teatro. — La producción teatral. — Síntomas de de- cadencia. — Artistas uru- guayos.— Camilo Giucci, hijo. — Ignacio Zuloaga	129

ALFREDO VARZI. — Revista de revistas.....	PÁGS.	138
*** — Bibliografía. — Los cabildos coloniales, por José Salgado; Fuentes, notas y concordancias del Código Civil del Uruguay, por Tristán Nar- vaja.....		143
N.º 2 - NOVIEMBRE - 1910		
JOAQUÍN SUÁREZ. — Correspondencia (1836-1841).....		145
MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA. — Poesías.....		159
JOSÉ PEDRO RAMÍREZ. — La tradición oriental.....		162
JOSÉ SIENRA CARRANZA. — La misión confidencial de 1873 á Buenos Aires.....		160
RAÚL MONTERO BUSTAMANTE. — Los pintores del Uru- guay. — Juan Manuel Blanes.....		185
EDUARDO ACEVEDO. — La conquista portuguesa ante la diplomacia europea.....		197
LUÍS CARLOS BERRO. — De nuestra casa.....		228
JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA. — Los gobiernos de Ellau- ri y de Varela.....		231
WASHINGTON BELTRÁN. — En tierra extraña.....		243
LUÍS TORRES GINART. — Asonancias.....		248
LITERATURA EXTRANJERA		
GIOVANNI PAPINI. — La última visita del gentilhombre enfermo.....		252
LIONIA SIENUCKA. — La música entre los forzados rusos		259
SECCIONES PERMANENTES		
OCTAVIO MORATÓ. — Cuestiones sudamericanas. — El con- cepto extranjero y el progreso de Sudamé- rica.....		271
B. M. B.....	}	Libros, arte y teatro. — Los pintores uruguayos en la exposición de Buenos Ai- res. — Aurelio Giménez Pastor. — Florencio Sán- chez. — «La Fuente de la vida», de Avicibrón. — Eduardo de las Muñecas.
DARDO ESTRADA.....		
J. M. FERNÁNDEZ SALDAÑA		
X... — Política Internacional.....		288
ALFREDO VARZI. — Revista de revistas.....		294
X... — Bibliografía. — Elegía pasional, por Carlos Ma- ría de Vallejo. — Libros recibidos.....		296
N.º 3 - DICIEMBRE 1910		
MARTÍN AGUIRRE. — La reforma de la Constitución.....		305

	PÁGS.
DANIEL CASTELLANOS. — El diálogo de las quimeras....	317
MELITÓN GONZÁLEZ. — Libro de mérito .....	327
RICARDO SÁNCHEZ. — El hada verde.....	332
GONZALO RAMÍREZ. — Física y Metafísica.....	335
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN. — Impresiones de Montevideo.....	339
GUZMÁN PAPINI. — El recuerdo .....	351
ALBERTO NIN FRÍAS. — Psyquis.....	354
FRANCISCO ALBERTO SCHINCA. — Páginas fugitivas. . . .	369
RAÚL MONTERO BUSTAMANTE. — El retrato de Catalina Strozi.....	373
LITERATURA AMERICANA	
JOSÉ RODRÍGUEZ ALCALÁ. — La poesía en el Paraguay..	377
VÍCTOR DOMINGO SILVA. — El regreso.....	381
LITERATURA EXTRANJERA	
IGNOTUS. — El día de gloria .....	383
IRAUZ AUSEL. — La casa de los escritores .....	390
JULIO CEJADOR. — Los poetas jóvenes de América.....	401
SECCIONES PERMANENTES	
ALFREDO VARZI. — Revista de revistas.....	413
R. M. B. ....	} Libros, arte y teatro. — Nombres que se van. — Proceso contra el futurismo. — Enrique Borrás. — Fogazzaro. — A. M. D. G. — La enseñanza en los colegios de jesuitas.....
ALFREDO VARZI..	
A. SOTO .....	
H. — Revista de aviación.....	422
DARDO P. REGULES. — Revista de la acción social.....	434
X. — Revista Económica .....	439
R. M. B. — Bibliografía. — L'Uruguay au commencement du XX <sup>e</sup> siècle, por Virgilio Sampognaro; Cronache militari, por Enrique Patiño; Cuestiones sociológicas, por Washington Beltrán; Macachines, por Javier de Viana; Libros recibidos .....	442
Índice .....	446